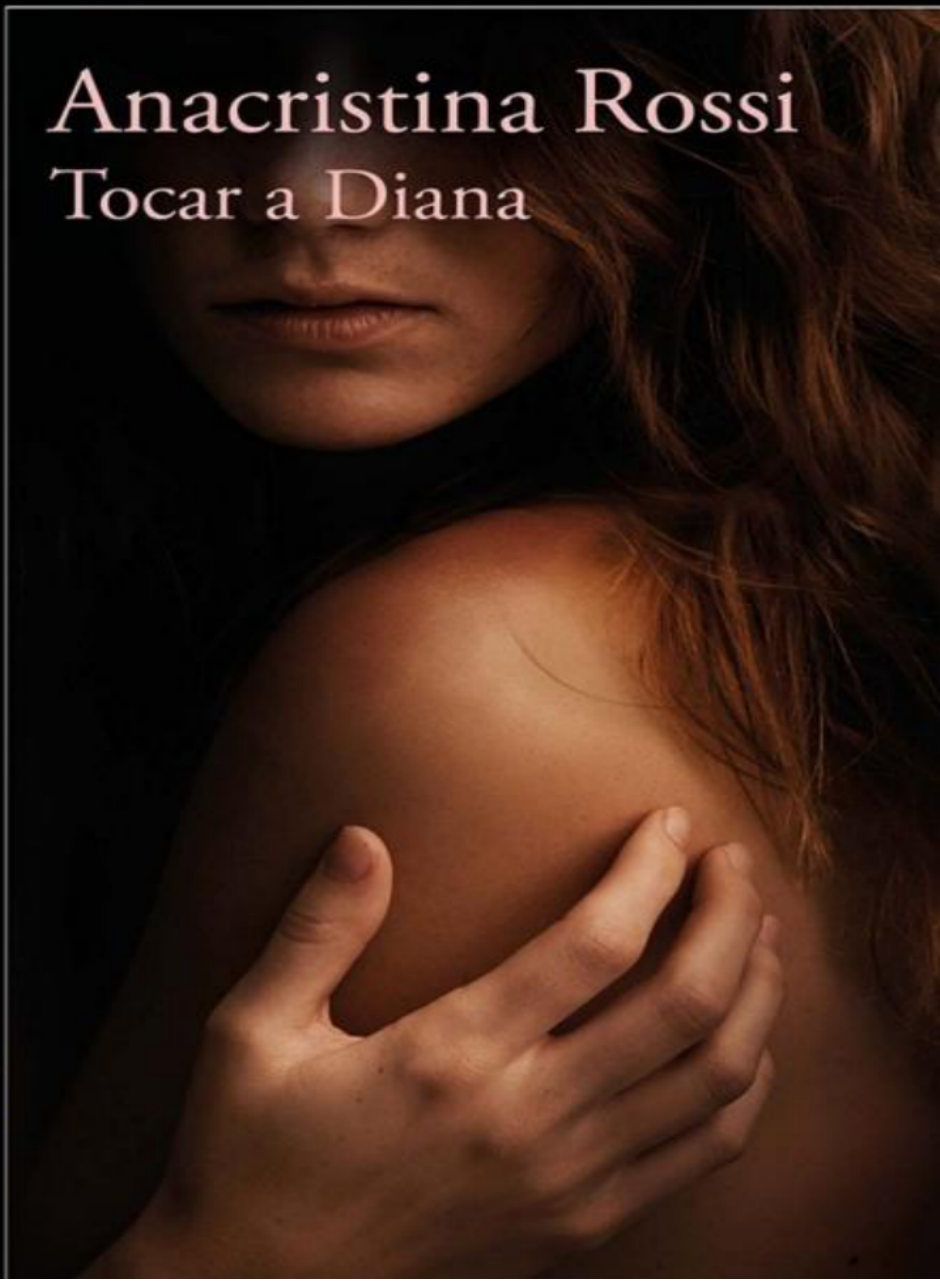
ALFAGUARA

Anacristina Rossi

Tocar a Diana



Narrativa Hispánica

Anacristina Rossi

Tocar a Diana

ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para mis psicoanalistas

Los personajes de esta novela son imaginarios.
Cualquier parecido con la realidad
es una coincidencia.

Psicoanalizarse es bajar al propio infierno.
Pero implica también volver de él.
¿A dónde regresa uno? A la noche del mundo, armado de las luces de las revelaciones de las verdades.
Uno no se salva de la noche del mundo por estar en análisis, pero se arma de otro modo para transitarla.

HELÍ MORALES, Seminario impartido en San José, Costa Rica, en noviembre de 1990.

I

—*¿Uno de ellos le gusta?*

—Sí, uno de ellos me gusta. Pero quiero hacer el amor con los tres, me comprende. Entregarme a los tres. Mostrarme. Ofrecerme desnuda y que ellos me besen, sobre todo entre las piernas. Sí, que me abran las piernas y me miren. Me admiren. Que me acaricien despacio y con paciencia todo el cuerpo. Que me metan la lengua caliente en el sexo y me chupen y me lleven al orgasmo. Y que después me penetren, primero el que me gusta y después los otros dos. Que se queden adentro de mí el tiempo que quieran. Y pasado eso, dormirnos desnudos, los cuatro abrazándonos, qué maravilla. En la última gira lo intenté. Salí de mi cuarto. Iba con una *t-shirt* y el calzón nada más, muy muy sexy, un calzón delgadito, mínimo. Pegué mi oreja a su puerta. Los oía hacer chistes, reírse. Estuve a punto de tocar y pedirles que abrieran y después, con humildad, rogarle, primero al que me gusta, que me hiciera el amor mientras los otros miraban. Y después, pedírselo a los demás. Sé que al principio se habrían espantado. Pero después habrían accedido, estoy segura. Se habrían enganchado en mi cuerpo, en mi pelo, en mis labios, mi piel. Porque sé que mi pelo largo y brillante les gusta, les gusta mi boca, y sobre todo mi cuerpo casi adolescente, lo he conservado así, delgado y musculoso a mis casi cuarenta, los he pillado observándome con admiración. Al final no me atreví. Me dio miedo que contaran y los directores de la ONG se enteraran y me despidieran. A mí me encanta mi trabajo. Pero además si no trabajo no como. Entonces cada vez que me muero de ganas de metérmeles al cuarto me digo: se enteran los jefes, me despiden y se mancha mi expediente laboral. ¿Quién va a querer contratar a una geógrafa zorra?

—*¿Y por qué usted acepta salir de gira si le causa ese problema?*

—Porque es lo mejor del trabajo de un geógrafo social: conocer el país. Estamos haciendo un estudio completo de seguridad alimentaria, región por región. Por eso salimos de gira cada quince días. No hay muchas geógrafas sociales, generalmente son hombres. Y en donde yo trabajo hay una: yo. Entonces me tocan giras con, digamos, tres o cuatro compañeros. Y a la hora de dormir ellos toman una habitación para los tres y a mí me dan una pequeña, yo sola. El problema es que entonces no puedo dormir.

—*¿Por qué no puede dormir?*

—Pues por eso que le dije. Porque me entran unas ganas horribles, tremendas, de irme a meter a su cuarto y que me hagan el amor. Todos. Juntos.

Se lo conté a mi psicoanalista el primer día que me tendí en el diván, en noviembre, y a lo largo de las sesiones a menudo lo repito, variando tal vez las imágenes o el tono. Se lo digo de hecho cada vez que voy de gira y regreso exhausta, no por las caminatas, que son larguísimas pero me fascinan, ni por las entrevistas y el trabajo con la gente, que también me gustan mucho. Regreso agotada de desear por las noches entregarme a los dos, a los tres, inclusive a los cuatro, si son cuatro. Regreso de las giras exhausta porque en esas noches no puedo dormir, el deseo no me deja.

Mi psicoanalista generalmente permanece callado, pregunta uno que otro detalle. Hasta que por fin un día me dice:

—*Lo que me llama la atención en esto que usted me cuenta repetidamente es que hay una especie de mandato. Es como un imperativo de estar con varios hombres. Dígame, ¿lo ha hecho?*

—Sí, sí. Lo he hecho.

—*¿Cuándo la primera vez?*

—Tenía dieciocho años.

—*Cuénteme.*

—Tomaría muchas sesiones.

—*Para eso vino acá, Diana. Para saber qué está en juego.*

—Vine acá para cambiar. Para que no me echen del trabajo.

—*Vino acá para cambiar, sí. Una cura en el diván implica saber qué se juega. Hábleme de esa primera vez. Tomará las sesiones que sean necesarias.*

—Es una historia larguísima.

—*Por eso mismo, empiece ya. Hable. Diga cuándo y cómo fue.*

—Fue con Sergio. Cuando estaba con Sergio.

—*¿Quién es Sergio?*

—Sergio era… bueno, es mi primo segundo. Lo veíamos todo el tiempo pues le encantaban las tierras del Caribe donde tenían fincas mis abuelos Tazio y después papá y tío Arnoldo que las heredaron. Lo invitaban a las fiestas y tertulias familiares como si fuera primo hermano. Mi padre lo adoraba porque Sergio, después de terminar agronomía y zootecnia, había sacado una maestría en administración de negocios, abriéndose así al futuro, según ellos. Estábamos en mil novecientos ochenta, la Thatcher había cambiado el orbe —para mal, opino yo— y un año después Reagan reforzaría el cambio y, aunque

en Centroamérica las cosas llegan tarde, ya se veía venir que hacer negocios y ganar montón de plata iba a ser lo único esencial. Pues ese muchacho abierto al futuro, como decían papá y tío Arnoldo, participaba en nuestras fiestas, pero desde sus veintidós, veinticuatro años, del lado de los adultos. Tenía diez años más que yo.

Fue en una reunión familiar donde el tío Arnoldo. Acababa de cumplir yo catorce y andaba muy incómoda pues me habían empezado a crecer unos botones en el pecho antes liso; dos botones que no sólo me estorbaban sino que eran cuernecitos sensibles que con sólo que algo los rozara me provocaban terribles ansiedades: ganas de correr llorando, de nadar desnuda, de montar a caballo sin los pantalones, de oír canciones de Lola Beltrán. Mamá me compraba camisetas ceñidas con el pretexto de que papá estaba pasando una pésima racha en sus negocios y eran las más baratas. Con eso era imposible disimularlos. A la fiesta donde tío Arnoldo llegamos papá, mamá, mis hermanos y yo directamente de la estación de tren, veníamos de nuestra finca predilecta: Santamaría, en el Caribe. Yo les rogué que me llevaran a la casa para cambiarme la camiseta por un vestido suelto, flojo, pero papá había dicho: "¡No! ¡Ya estamos atrasados!"

Mi vergüenza no les importaba en lo más mínimo.

Recuerdo que saludé y me fui a encerrar en el estudio de tío Arnoldo. Tomé *Orlando furioso* y me recosté en el sofá y abrí el libro. Siempre agarraba el mismo libro, ilustrado por Doré. Empecé a hojearlo, echada.

El estudio daba a un cuarto de baño y alguien salió.

Era Sergio. Debía haber salido por la otra puerta —ese baño, como todos los de la casa, tenía dos puertas— pero él escogió salir por la del estudio. Me senté. Puse el libro en el sofá y traté de cruzar los brazos para ocultar los pechos porque Sergio se había detenido. Pero lo que obtuve al rozarme los pechos fue un ramalazo quemante. Levanté la vista y me topé con sus ojos.

Yo sabía que eran unos ojos extraordinarios. De un color claro, casi miel, llenos de luces y sombras. Le miré los ojos despacito y me di cuenta de que las sombras no estaban en la pupila, que era toda marrón y llena de luz, la sombra estaba en las pestañas. Sergio tenía las pestañas más largas del mundo, además no eran lacias como las mías sino que se encrespaban casi hasta tocar las cejas. Son tan negras como si se pusiera rímel, pensé. Las de abajo eran igualmente espesas y crespas y el resultado de tan bonitos ojos era que Sergio parecía siempre estar soñando. De pronto me di cuenta de que Sergio me miraba los pechos y sentí sobre ellos el golpe de esa ensoñación. Y

supe también, de golpe, que Sergio me gustaba.

Se sentó a mi lado y me preguntó qué leía. Le enseñé el *Orlando*, que por lo demás no estaba leyendo y poco leí, lo que me fascinaba eran las ilustraciones. Se lo dije. “Dejame verlas”, me pidió, y se acercó aún más. Estiró un brazo para señalar no sé qué y sin querer o queriendo me rozó los pechos y una corriente peligrosa se unió a las sensaciones que ya conocía. Creí que me iba a disolver. Porque no me rozaba los pechos, me los tocaba: su brazo se había quedado allí señalando un dibujo y al mismo tiempo apretando mis cuernecitos. La sensación intensísima que me provocó no se limitó a mis pechos, me electrizó completa. Sergio no retiraba el brazo, más bien al contrario, yo sentía que presionaba y que eso le gustaba mucho. Luego de observar la ilustración me miró con los ojos entornados y después los cerró pero dejó los labios entreabiertos. Presionó más fuerte con su brazo y sin abrir los ojos murmuró: “Ay, Diana”. Así se quedó. Al rato se levantó y me preguntó por qué no estaba en el salón con los demás. Yo me ruboricé, no me salía la voz, no lograba creer que me hubiera apretado los pechos cerrando los ojos y diciendo: “Ay, Diana”, él, con novia y con veinticuatro años y terminando la universidad. Entonces me guiñó un ojo y salió del estudio y se integró a la fiesta, dejándome totalmente descuadernada.

Era la primera vez que me gustaba un muchacho. Catorce años y no había tenido novio ni me había sentido nunca atraída por nadie.

Me dio por pensar todo el día en Sergio. Y de pensar en Sergio se me quitó el hambre y no podía dormir. “Muchacha, estás horrorosa”, decía papá, “flaca como perro callejero”. Pero no podían quejarse mucho porque aparte de la inapetencia y el insomnio en lo demás yo era normal: obediente, estudiosa, sacaba las mejores notas de la clase.

Cuando llevaba meses desganada e insomne me llevaron al médico. “Es la pubertad”, dijo el doctor. Recetó vitamina B12 y unos comprimidos de valeriana para dormir —se llamaban Neurinase—. Con eso la enfermedad de amor pasó de aguda a crónica. Más tarde se atenuó sin desaparecer. Se atenuó porque íbamos a la finca Santamaría donde estaba una yegua increíble que me había regalado papá: Rosa, y a pesar de que la llovedera del Caribe le botaba el pelo, para mí era el animal más hermoso del mundo: una pasitrotera muy joven, recién amansada. Montarla me ponía feliz. Además, el aire tibio y húmedo del Caribe me relajaba.

Pasó ese año, cumplí los quince, me estiré. Los cuernitos pasaron a ser pechos verdaderos, redondos y duros. Mamá me compró por fin sostenes, sacándome de la vergüenza.

A partir de los quince viví dos años de semitranquilidad en que la

gana espantosa de estar con Sergio solamente me quemaba cuando lo veía: en las reuniones familiares y cuando iba a casa a consultarle a papá detalles agrícolas o de negocios. Entonces yo me tapaba los ojos para no sufrir.

Durante esos dos años de casi equilibrio la vida fue una sucesión de imágenes, sí, la vida se parecía a los dibujos de un libro de cuentos. Hasta la caminata matinal para ir a tomar el bus del cole era como un teatro de marionetas: divertida, predecible. Es decir, tenía diecisiete pero me encontraba aún en la infancia. Además, mi hermano Renato, que había aprendido a tocar desde los diez, se abstraía en nuestro único lujo: un piano Steinway vertical. Oírlo tocar el *Claro de luna* de Beethoven me solazaba.

Todo parecía estar bien, mis hermanos menores quietecitos, Renato extendiendo su música por la casa y mamá sin enojarse. Los fines de semana lluviosos en la finca leía todo lo que me recomendaban en el colegio: Sartre, Camus, *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir. Algunos los conseguía en la biblioteca del cole, otros me los robaba de las librerías porque, aunque no fuera siempre cierto, papá decía perennemente estar en mala situación y aullaba cada vez que yo le pedía plata para libros.

Yo quería mucho a Abu, mi abuela paterna, que era viuda —mi abuelo Tazio había muerto amansando un caballo que lo botó y le quebró la espina dorsal—, y vivía sola y nos acompañaba a veces a Santamaría. Una tarde, viendo a mamá acercarse, me confesó: “Coralia jamás debió casarse con tu papá, un hombre tan frágil. No solamente la metió en dificultades económicas. Tampoco pudo salvarla y salvarlos a ustedes de…”

“¿De qué, Abu?”

No me contestó. Pocos meses después Abu murió y fue como si el mundo se resquebrajara. Abu quedó para siempre detenida en el minuto antes de decirme un secreto que aparentemente nos concernía a todos; quedó inmóvil y fija mirando con lasitud la belleza angustiada de mamá.

Abu murió y yo me quedé sin saber y se rompió también el equilibrio. Pero el equilibrio y las imágenes de libro de cuentos se rompieron también por otras cosas: en la última reunión de familia los adultos habían discutido fuertemente sobre unas inversiones que papá había hecho con dineros comunes —entre ellos la plata de Abu— pero sin consultarles, y el problema era que los negocios en los que papá había invertido se habían ido a pique.

Mi psicoanalista interrumpe:

—*Hábleme de su relación con Abu.*

—Abu era una lectora voraz y me enseñó a leer cuando yo tenía tres años. En unas vacaciones en Bijagual. A veces ella venía con nosotros a Bijagual.

—A ver, esto se está complicando. En la primera sesión usted mencionó Bijagual. Allí conoció a su único marido.

—Marido no. Jamás me casé. Se puede decir "marido de hecho" porque vivimos en unión libre cinco años.

—Como usted quiera, pero ¿qué es Bijagual?

—Una finca chiquita de mis abuelos maternos en un lugar muy remoto, el norte de Guanacaste. Durante mi infancia estaba sembrada de arroz. Tenía unas playas magníficas de arena blanca y mar azul. Pero a mí no me gustaba.

—¿Por qué?

—Guanacaste es la provincia seca y a mí me molestaba el sol ardiente. Me encandilaba, me agobiaba. En Bijagual Abu me enseñó a leer, pero esa alegría la asocio con Abu y no con la finca. Me estoy acordando de algo raro: cuando nos acompañaba a Bijagual Abu siempre estaba con nosotros, sus nietos, no nos dejaba nunca solos. Bueno, prosigo; después de que Abu murió y salieron a relucir las malas inversiones donde se perdió la herencia que ella nos había dejado, a papá se le diagnosticó otra vez depresión…

—Hábleme de las depresiones de su papá.

—Siempre eran por quiebras, por problemas de negocios. Se metía en la cama. Pero a veces se tambaleaba al borde de la bancarrota y no le daba depresión. Muy raro.

—¿Y por qué Abu decía que su papá era frágil?

—Era frágil cuando huía del mundo y se metía en la cama. Y tal vez también por eso que no me llegó a contar que papá no había podido salvarnos de algo…

—¿Qué asocia?

—Las casas. Porque lo que sí pasaba, en todas las quiebras, era que nos teníamos que pasar a vivir a la casa de mis abuelos maternos. Y cuando mis abuelos maternos murieron, a una más pequeña y más barata. La casa en que vivíamos en el tiempo que le estoy contando, cuando yo me enamoré de Sergio y después Abu murió y papá quebró y se deprimió, era la casa diminuta a la que nos habíamos pasado en la anterior ruina.

—¿Y por qué era angustiada la belleza de su mamá?

—Mamá era preciosa físicamente, pero ya tenía en la cara un rictus trágico. La habían desmoralizado las quiebras, verse obligada a volver a casa de sus padres.

—Hábleme de ellos, sus abuelos maternos.

—Ahora no, por favor. Perdieron la vida en un accidente de avioneta cuando yo tenía trece. Escúcheme: en mi última gira de trabajo pasé despierta toda la noche, no me permití dormir. Me dio miedo metérmeles al cuarto sin darme cuenta, sonámbula. Déjeme seguir con la historia de Sergio para llegar a lo sexual, que es lo que me martiriza.

—*Está bien.*

II

—Papá se deprimió por mal invertir la herencia y lo había afectado también la muerte de su madre. Se desentendió de las fincas y de los demás negocios. Se metió en la cama.

—*¿Qué otros negocios tenía su papá?*

—Negocios navieros, representaciones y correduría marítimas. Pero lo que él amaba sobre todas las cosas eran las fincas del Caribe.

—*¿Y esta quiebra en cuál de sus negocios fue?*

—En ninguno. Sus negocios eran sanos, pero los sangraba.

—*¿Los sangraba?*

—Sí, los desfinanciaba, les sacaba la plata para meterla en aventuras locas. Una vez sembró medio Santamaría de cardamomo pero los técnicos escogieron mal, las plántulas murieron. A partir de esa quiebra tío Arnoldo le exigió que le consultara siempre las inversiones, después de todo las fincas eran de ambos. Yo no sé cómo tío Arnoldo aguantaba a papá, lo de la plata de Abu no lo consultó y la perdió. Ahora déjeme seguir con la historia de Sergio. Pues papá se volvió a deprimir y a mí me entró un agotamiento horrible. La última vez que nos había llevado a Santamaría yo había visto a la yegua Rosa enferma, flaquísima, el pelaje opaco por el exceso de lluvia y me había dado lástima montarla. Mi cansancio era intenso, pero emocional: temía que se muriera Rosa, y estaba obsesionada con mi primo.

Faltaba a clases. Mamá sentenció: "O está imitando a su papá por zángana o ya le va a venir la regla". No supe qué decir. La menstruación no vino y yo seguía agotada, llena de agua podrida. Traté de hablarle a alguien, alguna compañera del cole. Pero no tenía ánimo ni para eso.

Solamente tenía fuerzas para leer.

Metida en el baño, o en el cuarto que compartía con mis hermanos Renato, Daniel y Vanessa, leí, leí. Terminé los dos volúmenes de *El segundo sexo* y todo *En busca del tiempo perdido*, de Proust. A lo lejos —en realidad no tan lejos, en esa casa diminuta el piano estaba en un pasillo— oía a Renato tocar *Para Elisa*. Sí, Renato tocaba piano desde los diez. Cuando se me acabaron los libros interesantes me fui a las bibliotecas públicas y de la universidad y me quedaba allí, leyendo. Encontré a Freud, Jung, Fromm y hasta Marcuse. Yo estaba en un colegio de monjas gringas en pleno destape: se quitaban el hábito o le

subían el ruedo, salían al mundo, y una que otra tuvo novio. En todo caso, para filosofía y estudios sociales habían contratado profesores de izquierda, destapados también, y eran ellos los que nos recomendaban esas lecturas.

La tos del psicoanalista interrumpe el relato. Interviene: —*Es curioso. A los dieciséis, diecisiete años, usted era infantil afectivamente, pero intelectualmente no. Tenía la capacidad de comprender lecturas muy difíciles. Prosiga. Estaba hablando de las bibliotecas…*

—Sí, en las bibliotecas empecé a aliviarme. Allí pude llorar, dándole cauce al agua podrida de mi amor por Sergio y la falta de Rosa. Habré llorado litros de abatimiento ocultando a las bibliotecarias mis ojos hinchados. Me desahogué en los anaqueles, acogida sin amor y sin odio por un seno disponible. Me dejaba sosegar por las voces calladas, por los números y las clasificaciones y, finalmente, por los libros. Las bibliotecas eran diuréticas, depurativas. En esos sitios tomaba fuerza, me llenaba de silencio para enfrentar la furia de mamá: "Ese colegio tan caro y usted no lo aprovecha, ¿a dónde se mete? ¡Esto va de mal en peor!"

Papá se desentendió totalmente de Santamaría. Era su mejor finca y no quería acercarse ni llevarnos. Pero yo necesitaba ir. Necesitaba a Rosa. Quebré el chanchito de barro donde tenía mis ahorros y con ese dinero me escapé.

Hacía buen tiempo, el río Dos Lunas llegaba pesado, henchido de sol. Respiré con delicia el aire tibio del Caribe. Pedí a dos peones que me ayudaran a levantar un cobertizo. Volví a la capital contenta de tener ese cobertizo. Encontré a mis padres iracundos. "Ya sabemos dónde se mete, Kate nos llamó. ¿Pero usted qué cree, chiquita, que puede hacer lo que quiere?", me gritó papá. Y yo les avisé, tranquila, que de ese momento en adelante iba a ir todas las semanas a Santamaría, de viernes a domingo. "¿Y el colegio?", increpaba mamá, "tenés que terminar el bachillerato, es carísimo ese colegio trilingüe. ¿No ves lo que nos cuesta pagarlo ahora que estamos en tan mala situación?" "No lo paguen", les dije, "de todas maneras no voy a volver".

Ante mi rebeldía pusieron una cama en el cuarto de trastos y allí me encerraban con llave los jueves después del colegio. Pero era fácil escaparse por la ventana y yo me escapé para ir llevando al cobertizo mis libros. Ni cuenta se dieron. Ellos tenían una actitud muy curiosa. Parecían estar muy pendientes de mí, pero en realidad yo no les importaba. Quizá sólo les preocupaban los chismes, las habladurías, el qué dirían de ellos en su círculo social si se enteraban de mi

independencia o si me sucedía algo malo.

Kate, la mulata del valle de Dos Lunas, que había sido mi niñera, había regresado a vivir con sus hijos muy cerca de la casona de Santamaría. Papá la contrataba para cocinarles a los técnicos; ella se acongojaba muchísimo al verme. Deambulaba reclamando: —Me van a acusar por culpa suya, Dianita, me van a echar a la policía, entre en razón, usted es menor de edad, vuelva a su casa.

—Pero, Kate, estoy en mi casa de lunes a jueves. Además en cinco meses cumpliré los dieciocho y seré mayor de edad.

—Dianita, eso no le da la mayoría de edad. Sólo si sus papás la emancipan.

—Pues van a tener que emanciparme.

Le enseñé el frasco de Valium. Creyó que era una medicina, no entendió. Me acarició la cabeza con manos temblorosas.

El domingo, cuando volví, mamá y papá me declararon delincuente: como ya no tenía ahorros les quitaba a escondidas la plata para el tren; además, en algunas librerías me habían agarrado robando y ellos tuvieron que negociar —con muchísima vergüenza— para que no me denunciaran a la policía. “Usted no se va a escapar a ningún lado mientras sea menor, ¿entiende?”, aulló papá, “ya le pusimos doble llave a la ventana y a la puerta del cuarto de trastos”.

La noche de ese domingo preciso caminé muy silenciosa a la cocina. Llené un vaso con agua y eché todo el frasco de Valium. Diluí las pastillas poco a poco y me las tomé despacito. Al limpiarme la boca con el revés de la manga oí a papá llamándome con voz de víctima. Ah no, papá, me dije interiormente, ahora la víctima soy yo. Pero acudí. Me senté al borde de su cama. Tuve que oír uno por uno sus problemas. Su depresión no tenía que ver con personas, emociones, sentimientos, no. Sólo tenía que ver con su falta de plata y los errores cometidos en los negocios, errores que, según él, ya no tenía fuerzas para enderezar. Había hipotecado Santamaría.

—¿Tío Arnoldo y Pauli saben? —le pregunté.

—No saben, no —dijo papá moviendo la cabeza. Yo me empecé a reír.

—Diana, sos un monstruo —me dijo agraviado.

Al monstruo se le estaban aflojando las piernas y el juicio. El monstruo se desmadejó.

Papá se llevó un susto. Yo oía todo lejos, lejos. De muy lejos oí que llamaba a mamá: —Coralia, vení. Apurate que Diana se está desmayando.

Oí sus tacones y su voz acercarse:

—Ningún desmayo. Es puro cuento ¿Vas a dejar que te manipule?

—Coralia, me parece que esto va mal.

—Encargate vos —dijo mi madre y se fue. Su taconeo fue lo último que oí.

Me desperté en una clínica privada. En ocho horas me habían puesto fuera de peligro con lavado de estómago, suero, sustancias para subir el azúcar y la presión. El doctor le estaba diciendo a mamá: “Es un intento de suicidio. Tienen que hacer algo”. “Qué va a ser un intento de suicidio, lo que tuvo fue un envenenamiento, debe haber comido algo en la calle. Mire qué bonita que está ahora, ella que es tan morena, tan india, mírela ahora qué bonita, qué blanca”. Eso dijo mamá. Pero el doctor le insistía: “Tienen que hacer algo”. “Hacer qué”, dijo mamá, “no sabemos lo que quiere”. “Pues pregúntenle, hablen con ella”.

—Lo que yo quiero —grité desde la cama, pues había estado oyendo el diálogo—, lo que yo quiero es que me dejen estar en Santamaría. Y que me compren libros.

—¿Cómo vamos a dejarla sola en la finca? Tiene diecisiete años, es menor de edad.

—Dentro de seis meses cumplo dieciocho —anuncié.

—Para que no repita el intento de suicidio déjenla que vaya donde quiera. Y apenas cumpla los dieciocho emancípenla —dijo el doctor.

Mi psicoanalista tose antes de intervenir:

—*¿Qué la hacía huir de su casa?*

—Era un ambiente horrible. Me hacían dormir en una bodega minúscula y llena de chunches o en un cuarto diminuto con mis tres hermanos.

—*¿Qué edades tenían en ese momento?*

—Yo diecisiete. Renato uno menos que yo: dieciséis. Daniel catorce. Vane diez.

—*¿Siempre durmieron juntos?*

—Los varones y las mujeres sólo dormíamos separados en las buenas rachas, que eran pocas. Y, como le dije, a pesar de que papá había salido bien de la quiebra anterior, no había querido pasarse a una casa más grande.

—*¿Cómo era el resto de la casa?*

—No tenía antecomedor, sólo un comedor pequeño y una ridícula sala de estar donde apenas cabíamos para ver televisión.

—*¿Había jardín?*

—No. Y el cuarto de la empleada era una prolongación del cuarto de lavar la ropa. El piano de Renato hubo que ponerlo en un pasillo. Ah, bueno, y la minúscula bodega donde me encerraban. Continúo…

Papá había tenido que vencer la depre y salir de la cama para llevarme a la clínica y se quedó acompañándome hasta saberme bien. Mientras él y mamá estaban conmigo en el cuarto, el doctor entró para pedirles que lo acompañaran un momento. El momento se prologó cerca de una hora y cuando volvieron me dieron permiso de ir a Santamaría los fines de semana. “Usted comprende que esto va contra mí misma”, me dijo mamá, “dejar una chiquita al garete es exponerla a mil riesgos. Me imagino que sabrá lo que le quiero decir. Le habrán dado en el colegio alguna educación sexual”. “Pero mamá”, contesté, “usted sabe muy bien que no tengo la regla, que a las mujeres de la familia nos viene muy tarde. Si eso es lo que le preocupa”. “Diana, no es solamente un embarazo. Están las enfermedades, la violencia…” “Ay, mamá, usted ve sátiros y violadores en todas las esquinas. Yo me sé defender. No tenga miedo”.

Y papá:

—Haciendo un gran sacrificio económico le vamos a pagar a Kate un extra para que se quede a dormir en la casona de Santamaría, acompañándola. Que no sólo les cocine y les lave a los técnicos, que la cuide a usted y los domingos la lleve a Limón y la deje sentada en el tren de vuelta. Porque me imagino que va a seguir yendo al colegio y estará en Santamaría de viernes a domingo.

—Gracias, papá. Sí, de viernes a domingo. Sólo faltaré al colegio los viernes, y me pondré al día.

—Quiero que sepa lo ingrata y lo injusta que es. Vea el desperdicio que hace de ese colegio tan caro —insistió papá—.

—Pero hace rato les dije que no lo pagaran, que me voy a pasar a uno público. Ya aprendí lo principal: inglés, francés, filosofía, matemática, ciencias. Muchas gracias por eso, papá. Ahora estese tranquilo.

III

Kate me iba a esperar a Limón todos los viernes y en el aire tibio y delicioso tomábamos el ramal de Dos Lunas. El compromiso de mi parte era ir a clases de lunes a jueves. En el colegio público que escogí me sentía bien, sin presión. De la bodega me pasaron otra vez al cuarto diminuto con mis hermanos.

En Santamaría fue una época de temporales furiosos. El gamalote se había comido los repastos. El cacao estaba lleno de hongos. Encerrada en mi cobertizo, entre lectura y lectura veía las vacas esqueléticas. Qué horror, pensaba yo, pobrecitas vacas, cualquiera sabe que este clima es fatal para el ganado lechero. Y la pobreza, que me había perturbado desde niña. Papá decía que en Dos Lunas la gente vivía bien. Yo entraba a las desvencijadas chozas. ¿Cómo sería dormir en esos catres viejos, con los colchones rotos, sucios? ¿Cagar en letrinas alejadas? Bueno, por lo menos no andaban descalzos. Todos, hasta los chicos pequeños, tenían botas de hule.

Papá salió de la cama y la depre cuando me tomé el frasco de Valium, pero al poco tiempo se había vuelto a hundir. A desinteresarse de todo. Yo veía los resultados: los peones que se iban porque nadie les pagaba, los técnicos que primero venían de vez en cuando y luego no volvieron más. Meses de temporales, meses de abandono, meses en que bajo el diluvio y con tremenda desesperación busqué a la yegua Rosa, que no estaba en la cuadra pero tampoco aparecía en ningún potrero.

Mamá sólo me daba para el pasaje de tren. Kate no aprobaba mis huidas, pero me ayudaba porque lo que había empezado como distracción una tarde lluviosa en que yo andaba tonteando con un machete entre troncos caídos, botados por el viento de los temporales, se había convertido en un gusto: esculpir. Con plata de Kate compré en la capital un cincel, una gubia, un formón, limas, sierras, un cepillo y un mazo. Y cuando por fin amainó el temporal, en esos atardeceres del valle de Dos Lunas en que todos los pájaros se solidarizaban conmigo, esculpía el retorcimiento de la angustia.

Papá seguía desentendido de todo. Pero Santamaría era una finca demasiado fértil para ser abandonada. Por siglos o quizás milenios el río Dos Lunas le había depositado capa tras capa de sedimentos nutritivos en periódicas inundaciones.

Un martes en la noche llegaron a mi casa tío Ricardo —el hermano de mamá— y tío Arnoldo, ambos con sus esposas. Como la casa era tan chica todo se oía; además, conforme se enojaban, subían la voz. Tío Arnoldo argumentaba que la única manera de salvar Santamaría era hipotecando o vendiendo Bijagual. Tío Ricardo administraba Bijagual, que estaba sembrada de arroz, y de las ganancias le daba a mamá un porcentaje. Pero el tesoro de Bijagual eran sus playas majestuosas. "Vender nunca", gritaban mamá y tío Ricardo. Finalmente estuvieron de acuerdo con una hipoteca. Yo respiré aliviada. Me daba terror perder Santamaría. Tranquila me dormí escuchando sus planes.

Los técnicos volvieron, recontrataron a los peones. Yo esculpía o leía sin atreverme a salir del cobertizo, sin atreverme a preguntar por la yegua. No quería estorbar, temía que el permiso de estar allí los fines de semana se desvaneciera si alguien se quejaba o hablaba de mí.

—*¿Qué tipo de cosas esculpía usted, Diana?* —pregunta mi psicoanalista.

—En esa época, al principio, cosas atormentadas. Esculpí en madera un rostro malvado que me salía en sueños y no tenía ojos. Hice también en madera una cara que podía ver y oír pero era muda, sin boca. Sigamos con Sergio, el que me llevó a la delicia de entregarme a varios hombres a la vez. La clave es el amor.

—*¿El amor la lleva a coger con varios hombres al mismo tiempo? Explique.*

—No lo puedo explicar. Sólo puedo contárselo. Sigo…

Con los peones y los técnicos regresó la salud. Curaron el cacao, las bestias y las vacas.

Me enteré de que alguien había logrado que se diera a los peones el sueldo que no habían recibido en los meses de desidia.

Se insinuaba el corto verano del Caribe, la lluvia dio paso a una leve garúa. Y un día buscando a Rosa la encontré en el establo, flaca, sin pelo, con una albarda vieja. Estaba garuando y la persona que la había ensillado probablemente esperaba que escampara. Agarré un impermeable y le fui a preguntar al técnico que llamaban Pirú por qué la yegua estaba tan espantosa. Pero a medio camino me distraje. En los meses de abandono los repastos habían desaparecido bajo una espesa alfombra de arbustos, arbolillos, breñales y esas hierbas bellísimas que la gente da en llamar malezas, pero en realidad son un prodigio. En los bordes de la capucha la garúa me estaba mojando el pelo. Respiré hondo y feliz porque las malezas, los matorrales, la lluvia y el aroma agreste que salía del bosque eran la mejor parte de

mi vida. Me quité la capa. Abrí los brazos y me tiré de bruces entre los matojos. Amaba el charral, el sabor de la tierra y el olor de los cambios de lluvia a sol. Amaba las plantas de cuello largo y duro y miles de hojas llenas de pelitos, los árboles de castaña y frutadepán, los de manzana de mono, las flores de los árboles de saragundí. Enfrente estaba el río como un crótalo grande siempre bisbiseando, con su piel de culebra y sus humores de serpiente, el gran río tempestuoso y en su desembocadura, el mar. ¿Qué tenían que ver las aves del río, los caprichos del mar, estas colinas densas de flores extrañas y el mareante olor de los lirios silvestres con el dolor del mundo? Nada, evidentemente. Por eso en ellas y en el aire tibio me desplomé, agradecida, mojándome.

Volví a la casa. En una silla estaba la chaqueta de Sergio, el corazón me brincó. Tomé la toalla y corrí a cambiarme, a esconderme. Pero no podía esconderme. ¿Qué estaba haciendo aquí Sergio? Después de cambiarme salí.

—Tu padre me pidió ayuda —dijo con voz tranquila sentado en el corredor— Kate hizo limonada, ¿querés?

—No, gracias, tengo el pelo empapado y ya no hay toallas secas, lo que necesito es tomar algo caliente. Sergio, ¿vos fuiste el que insistió para que a los peones se les diera la plata que no les pagaron cuando el abandono?

—¿Por qué querés saber eso?

—Porque salvo Kate, que tiene ahorros y una pensión, esta gente es muy pobre.

—Diana, se ve que no has visto la miseria rural en las demás provincias. Sí, fuimos tu tío Arnoldo y yo.

Le iba a responder que conocía la miseria rural del Pacífico y que no era un argumento válido para justificar la pobreza de los peones de Dos Lunas, pero no quise discutir. Tenía frío. El pelo aún me chorreaba por la espalda y me mojaba la blusa. No me había puesto sostén porque no había ninguno seco. Sergio me miraba. Veía cómo el agua de mi melena iba haciendo transparente la blusa y dejando ver mis pechos, esos que él había tocado cuando eran cuernecitos.

—Andá a secarte —sugirió.

—Ya te dije, no hay con qué. No te preocupés por mí. Sergio, ¿ibas a montar a Rosa?

—Iba, es la que tiene el paso más suave y seguro, pero renquea de una pata y no pude.

—¿Renquea? ¿Qué tiene?

—Una infección. ¿Es tu yegua?

—Es mía, sí, me la regaló papá. Yo le puse el nombre. Has visto

que es rosada.

—Sí, una rosilla rosada. Carísima. No entiendo por qué la descuidaron.

Me sentí aludida. Me enojé.

—Yo no tengo la culpa. No pude meterla en cuadra porque no aparecía. No estaba en ningún potrero, todos los peones se habían ido, nadie me podía ayudar.

—No te enojés. ¿Vamos a verla?

Olvidé el pelo mojado, me puse de nuevo el impermeable y caminamos hasta el galerón. Rosa estaba desensillada.

—Debió ponerse en cuadra hace mucho —dijo Sergio.

—Lástima que no te llamaron antes —respondí con sorna.

Tenía una infección en una pata delantera. Sergio fue por su maletín y la inyectó. Me dijo que debía quedarse en cuadra, comiendo concentrado.

—¿Con qué plata voy a comprar el concentrado? Si le pido a papá me contesta que no puede, siempre me dice que es un hombre pobrísimo.

—No. Ya le pasó la mala racha. Ya salió de la ruina. Gracias a tus tíos Ricardo y Arnoldo. Y a tu mamá.

—Pues a mí me sigue diciendo que es pobrísimo.

—Sin concentrado y sin cuido la yegua no va a curarse —aseguró moviendo de lado a lado la cabeza.

Abracé a Rosa. Qué me importaba Sergio. Tenía la espalda empapada pero Rosa me daba su calor.

—Así es papá, Sergio. Compró esta yegua carísima y ahora se desentiende.

Sergio se quedó en silencio. Tendría sus lealtades. Papá era su tío y el que le pagaba. Los odié a ambos. Abracé de nuevo a Rosa. Luego lo miré a él, que miró el reloj.

—¿Tenés que irte ya, Sergio?

—En el tren de las seis.

Tenía que irse. Magda lo estaría esperando. A mí me quedaba otra vez la ausencia, la envidia. Yo era una muchacha triste, sin novio. Sentí el pelo empapándome la blusa, comprendí el deterioro en que estaba la yegua. Sergio me miraba con sus ojos de siempre soñar. A ver si soñaba ahora con una solución.

—Bueno, Diana, yo le voy a comprar el concentrado a Rosa, y daré órdenes de que se mantenga en cuadra mientras se cura. Vos asegurate de que no la echen al potrero. Ahora ayudame a ponerle bactericida.

Le alcé el casco y Sergio le puso bactericida.

—Seguila sosteniendo, voy a tantear.

Palpó toda la zona de la infección y también tocó mis dedos, los que sostenían el casco. Sentí su respiración agitarse. El olor de la yegua era fuerte pero lo tenía a él tan cerca que también sentí su olor, como había sudado mucho me llegaba directo, inconfundible, delicioso. Antes de levantarse se limpió de las manos el bactericida, alargó el brazo y me tocó los pezones que se transparentaban bajo la blusa mojada. Los acarició de una forma hábil, con un movimiento redondo. Solté el casco de Rosa. Casi metidos bajo la panza de la yegua me abrió la blusa, me miró los pechos y luego acercó su boca a uno y lo saboreó con la lengua y después lo chupó. Lo succionaba con delicia, y luego hizo lo mismo con el otro. Pero la yegua intentó dar una patada y sacó a Sergio del trance. Miró el reloj.

—Dianita, me volvés loco, esto es una locura, sos menor de edad.

Recogió su maletín y se fue sin despedirse.

Esa noche no dormí. Culebras de oro tibio se enroscaban en mis piernas, me apretaban la cintura. Los pezones se me encrespaban al recordar la lengua caliente de Sergio. Se me habían puesto duros, me dolían. Las cálidas culebras me querían abrir los muslos, buscando algo.

La visita de Sergio debía alegrarme por mi pobre Rosa y sí, me alegraba muchísimo que curara a la yegua pero tampoco me podía engañar, Sergio había regresado y con él la tortura. Si la tortura se pone muy fuerte, pensé, me tiro al río. Pero allí me costaría morirme, yo nadaba bien. Para ahogarme debía caer en la desembocadura, donde chocaban río y mar en fragores potentes. No quería otro frasco de Valium. ¿Morir? ¿Vivir?

Esperé el viernes con afán.

Llegué a la finca y corrí a la cuadra de Rosa. La vi muchísimo mejor. Pirú me dijo que desde el lunes le estaban dando un alimento especial y antibióticos.

Ya era el mediodía del sábado y Sergio no llegaba.

Traté de esculpir y no pude. El cielo estaba gris pero no llovía. Iba a venir Sergio pero no venía. Pasó el sábado y Sergio no llegó. Kate me regañó porque no pude comer. Tenía un pleito de perros en el estómago.

Eran las diez de la mañana del domingo. Yo tenía que tomar el tren del mediodía. A las once le dieron a la yegua el alimento especial “por orden del jefe de los técnicos”, dijo Pirú. “Por orden de Sergio”, dije yo. ¡Cómo me gustaba repetir su nombre!

Al regresar a San José tuve que recurrir de nuevo al Neurinase. Ahora la enfermedad de amor era más grave porque en las noches el

cuerpo se me retorcía con sólo acordarme de Sergio chupándome los pechos y no quería que mis hermanos en el cuarto diminuto se dieran cuenta. Triple dosis de Neurinase para atontarme, y prohibición de pensar en lo que me había hecho Sergio. Decía que yo lo volvía loco. Pero tenía novia. ¿Por qué no dejaba a su novia por mí? ¿Porque yo era menor de edad? En tres meses iba a cumplir dieciocho y mis papás tenían que emanciparme, lo habían prometido.

Las semanas siguientes no conseguí plata para ir a la finca y además había exámenes en el colegio. Perdí dos fines de semana estudiando. Llamé a Kate y me dijo que Rosa seguía mejorando.

Pasaron los exámenes. Regresé a Santamaría. La gente se veía contenta y a Rosa le brillaba el pelo.

Estaba en la casona leyendo *El extranjero*, de Camus, y oyendo gotear el jarrón de porcelana que filtraba el agua cuando oí su voz. "Vamos a ver a tu yegua en un dos por tres. Tengo que irme en el tren de las doce. Me trajeron los de la autoridad portuaria en avioneta."

Acompañé al galerón a un Sergio recién bañado, recién rociado con agua de colonia, ni trazas de aquel otro olor, de los olores que en la noche me hacían revolcarme. Sergio se agachó a revisar a Rosa.

—La pata está casi curada y ella se ha repuesto mucho, tiene el pelaje brillante —dijo con voz de autoridad que suavizó luego—: ¿Siempre te quedás aquí, Diana? Qué moderna tu familia.

—No es eso, no entendés. Tuve que suicidarme para que me dieran permiso.

Sergio se ríe como si no supiera, claro que no sabe, lo ultrajante que es un lavado de estómago.

—Qué largo tenés el pelo, Diana. ¿No te lo vas a cortar?

—No. Están de moda los pelos largos y lacios.

—Me han dicho que a vos no te importa la moda. Que sos la rebelde de la familia.

—Veo que te tienen informado.

El dos por tres se prolongaba porque tenía que ponerle el último antibiótico y mientras conversábamos él trajinaba sin encontrarlo en su maletín. "Yo te lo busco", le dije. Agarré el maletín.

Mi pelo negro y largo se bambolea mientras revuelvo papeles y medicinas. El sol entra por las rendijas y hace como una aureola alrededor de mis piernas largas y delgadas, ando en shorts, con tenis y medias sucias. Me quito la mitad del pelo del rostro para decirle a Sergio: "aquí no está". Sergio se agacha a buscar, dentro del maletín están nuestras cuatro manos revolviendo. "Así no, Diana, con orden, me estás haciendo un desastre". Sergio mira mis manos largas y delgadas, mis uñas sin pintar. Mis dedos afilados buscan y rebuscan

como queriendo dar con otra cosa. Y claro, inevitablemente en ese revolver y revolcar toco sus dedos y una corriente me electriza, es raro que sus manos sean tan suaves trabajando entre animales y matojos, las yemas de sus dedos son lisas y aterciopeladas. Paso mis dedos lentamente por los suyos para sentir de nuevo el correntazo. Me parece que Sergio va a echarse atrás ante mi atrevimiento, que va a sacar la mano del maletín. Pero disimula. Atraviesa un momento de turbación, sigue buscando, adolescente atrevida, pensará. No me importa lo que piense, no me puede dar vergüenza porque Sergio no me ve, la cortina de pelo me protege, apenas distingo, iluminadas por el sol que atraviesa los maderos irregulares de la cuadra, sus manos que toman un frasco. Sergio dice: "Ésta es". Agarra la jeringa y mi cabeza queda triste y doblada sobre el maletín. Alzo la cara. Sus manos diestras están manipulando la jeringa, manipulando a Rosa, diciendo: "Eso, eso". Retira la jeringa con un gesto rápido, toda su estampa tiene aire de "ya me voy". Mi estructura es una cosa adolorida, él se da cuenta, me pregunta: "Qué tenés". Me entra una rabia infeliz, una rabia familiar y salvadora. Me quito el pelo de la cara con un gesto brusco y despectivo: "Qué suponés vos que tengo" respondo desdeñosa, sé que a Sergio le ha dolido mi tono humillante, al padre lo salvamos por milagro de la ruina y se permite ser tan altanera, pensará. Yo me alzo en mi estatura delgada y ajuncada, en mi media sonrisa hay algo cruel, lo miro cortante, vuelvo rápido dos veces la cabeza y lo golpeo con mi cabello, shass, shishh, puedo ver en sus ojos que le atraigo pero debe estar diciéndose a sí mismo que lo último que le faltaba a Carlos Tazio es una hija rebelde.

IV

Sergio se fue ese sábado sin aspavientos, sin intentar tocarme los pechos ni decirme que yo lo volvía loco. Pero le había acariciado las manos y se había dejado, y pasé el día rememorando, haciéndome preguntas. ¿Así sentía su novia cuando lo tocaba? ¿Cómo lograba ella vivir con toda esa electricidad?

Hacía verano. Le dije a Kate que iba a nadar. Su carácter protector la llevó a remendar calcetines junto al río.

Primero chapoteé y asusté a todos los gallitos de agua. Después me hundí para ver si en el fondo había sosiego, un remedio contra la pesadumbre y la ansiedad. Pero sólo encontré mojarras, guapotes y los bellos minerales arrastrados desde la naciente en la montaña altísima. Y en las márgenes, tocando el agua, las profusas indomables matas de la zona, siniestras hojas negras liquenadas, cuevas lacustres por donde nos encantaba conducir la embarcación cuando éramos niños y papá venía, cuando papá decía: “Diana, sin el sombrero te vas a poner aún más morena”; y mis hermanos repetían: “Diana se va a poner aún más morena”.

Me puse aún más morena. Kate gritó que en una hora teníamos que volver. El cielo estaba completamente azul y daba al río su insoportable transparencia. La transparencia en ciertas partes de la orilla hacía un ruido monótono de viaje. Nadé y nadé y me cansé para reducir la electricidad en las yemas de los dedos, una electricidad lenta, lánguida, ansiosa. Nadé hacia donde estaba Kate. Me tendí al sol en las matas de la vera. Le pedí el radio y me puse a oír canciones para enamorados. Me dormí. Kate me despertó. “A vestirse, Diana, tengo que hacer el almuerzo, no nos podemos quedar para siempre aquí”.

No nos podíamos quedar para siempre allí.

En la noche me puso a escoger lentejas. Alzando la voz para hacerse oír por encima de las canciones para enamorados Kate gritó:

—¿Verdad que Sergio está muy guapo? ¿Quién es la novia?

—¿Guapo?

—Claro, guapísimo. ¿Usted no se ha fijado en los ojos que tiene?

—Parecen de mujer —le contesté con rabia.

—¿Quién es la novia?

—No sé. Uy, qué linda canción. Hace años que no la oía.

Puse el radio al máximo volumen, única manera de callar a Kate que me hacía un daño monstruoso sin darse cuenta. Pero por más que la música era atronadora Kate no se callaba:

—Me gustaría conocer a la novia, le dije que me la trajera, ahora parece que se van a casar.

—¿Quién le dijo que se iban a casar? —apagué el radio.

—Creo que fue el técnico, don Rodrigo, ese al que le dicen Pirú.

Afortunadamente tenía libros, me había robado muchísimos. Por dicha me prestaban en las bibliotecas. Felizmente todavía era la época de Sartre, de *La náusea* y de *El infierno son los otros*. A lo serio del noviazgo de Sergio con Magda debo buena parte de mi cultura filosófica y literaria. O en todo caso, mi precocidad intelectual.

Varias semanas más tarde, en la capital, amorfinada por Sartre o por el Neurinase que me tomaba desde las seis, oí a papá como de lejos cuando dijo:

—Pasado mañana Sergio se compromete. En enero del año entrante se casan.

El viernes caí desolada en los brazos de Kate que me arrulló, me prometió quinientos bebedizos, sopa de rata para fortalecerme…"¡No! ¡Eso jamás, qué asco!" "Pero, criatura, dígame qué tiene. Está llevando su vida por mal camino. Prefiero verla esculpiendo —aunque dé un cincelazo cada media hora— que en ese llanto. Ay, Diana, qué difícil es usted".

—*¿Cincelazo? ¿Ya había pasado a la piedra?* —pregunta mi psicoanalista.

—Sí. Lo primero que me pidió piedra fue el rostro malvado; adquirió peso. Después un caballo que ya había salido en madera. Pero eso se lo contaré después. Sigo. "Katecita, ¿le molesta que yo venga acá?", le pregunté. "No, no. Usted es difícil pero me gusta tenerla. Hace rato que su papá no me paga y la cuido igual". Me dio una vergüenza muy grande. "Le prometo que algún día yo le pagaré lo que él le debe, Kate". "No voy a aceptarlo. Sólo lo dije para que vea cuánto la quiero. Ahora acompáñeme a coger frijol de soya. Parece que esa siembra fue idea de Sergio. Ese muchacho va a llegar lejos". "¿Sembrando soya?" "Ay no sé, Diana, en general. Venga, póngase las botas, vamos".

El fin de semana que siguió, en la mañana del sábado estaba yo ensillando a Rosa para dar un paseo cuando Sergio abrió la puerta de la cuadra. Entró con él la presencia de la selva, ese aroma vegetal penetrante que el buen tiempo conjura.

Andaba acelerado, como si el río lo hubiera puesto a fluir rapidísimo. Sonreía. Yo no lo quería ver. Bajé el rostro y me concentré en el apero.

Bajo la cabeza con un gesto brusco y mi pelo cae pesado, como una cortina, protegiéndome del olor de la montaña y del fluir acelerado del río. Sergio mira mis piernas morenas y duras, los músculos del interior de los muslos se arquean en esa forma torneada y peculiar de los que montamos a caballo. Me dice: "¿En qué momento te hiciste una mujer?" No le respondo.

Sergio observa ahora mis brazos delgados y fuertes alzar la montura. Se acerca, despacio. Está muy contento.

—¿Viste qué bien va la finca? ¿Y viste cómo esta yegua se recuperó?

—Sí, gracias por comprarle el alimento, gracias.

—Por qué estás triste, Dianita.

—No estoy triste —respondo enojada.

—Te la voy a ensillar —ofrece Sergio.

Levanto bruscamente la cabeza y digo:

—Okey.

Al levantar el rostro me golpea el vaho vegetal, el olor característico de Santamaría cuando hace buen tiempo, un aroma que se mete por la puerta de la cuadra que Sergio no cerró.

Sergio mira asombrado mi cara que husmea el aire porque al husmear sonrío y mi expresión cambia. Mira mis ojos oscuros, la forma pronunciada y carnosa de mis labios, mi nariz recta dilatada en el husmeo. Sé por su expresión de asombro que me está comparando con un jaguar hambriento y con la modelo que sale a menudo en la portada de una revista que compra Magda, una modelo provocadora, el cuerpo semidesnudo, delgado y grácil. Me dice:

—Diana, qué raro, me parece que te estoy viendo por primera vez.

—Debe ser porque andás medio borracho.

Sergio se acerca. Yo me acerco a Rosa. Sergio, que huele a wiski y huele a parranda, está junto a mí y yo junto a la yegua. Se acerca aún más y toma la montura de mis manos. No me dice: "perdón" para que me quite y le ceda el lugar. Trajina con la cincha sin siquiera pedir un "compermiso".

Le pone la montura a Rosa conmigo prácticamente entre sus brazos pero estirándolos mucho, entonces casi no me toca. Yo miro el suelo. Debo irme. Lo odio. Debo salirme de este sánguche, agacharme y escaparme porque no podrá apretar la cincha conmigo entre la yegua y él. Voy a pasar bajo sus brazos. Es un hombre comprometido, se va a casar, está ebrio. Es un patán, un hijueputa. ¿Se lo digo antes de irme?

No quiero gritar y que me oigan los peones.

Sergio era un bestia, un pendejo, pero olía delicioso a sudor y a tragos y yo seguía atrapada entre él y Rosa. Tomé impulso interno para salir y mandarle una retahíla de insultos pero antes de agacharme alcé el rostro y lo miré. Había satisfacción en sus ojos amarillos y combados, en sus pestañas llenas de indolencia. Entonces cambié de opinión. Me quité el pelo de la cara y decidí observarlo a gusto porque estaba comprometido, se iba a casar y sería la última vez que lo tendría tan próximo.

Sergio había soltado la cincha, desentendiéndose de ensillar a Rosa y puso ambos brazos sobre la montura con un gesto tranquilo pero acortando la distancia entre él y yo, apretando más el sánguche. Andaba sin rasurar, parecía al mismo tiempo contento y cansado. ¿O era el efecto de la barba crecida, de tantas despedidas de soltero? Su camisa estaba sucia, descuidada, entreabierta. “Compermiso”, le dije sin dejar de mirarlo intensamente, “por favor dame campo, voy a salir”.

Pero no se quitó. Levanté aún más la cabeza y me envolvió su aliento equívoco. Habría estado tomando mucho, inclusive ahora, temprano en la mañana. El aire se puso denso, el aire estaba como plomo y nos pesaba en los párpados, en los brazos. Yo seguía prensada entre él y Rosa. Bajé la mirada, me puse a observar el serrín del suelo. Sergio, confiando completamente en la buena disposición del animal, se acercó haciéndome retroceder hasta apretarme contra la yegua. Me tomó la barbilla para obligarme a levantar los ojos. Sergio estaba comprometido, se iba a casar y hacía lo que estaba haciendo porque era lícito en los días de despedidas de soltero. Me volvió la ira. Yo tenía aún en la mano la talmeca que le iba a poner a Rosa, una pieza de metal grande y contundente que todavía no había ensamblado en las riendas de cuero. Alcé la mano diciéndole: “Tomá, gran cabrón” y le volé un golpazo en la mandíbula. Sergio gritó, la yegua se sacudió y relinchó, Sergio se agachó y se cubrió la cara. Cuando se levantó se tocaba el lugar del golpazo y yo me sentía muy contenta. “Movete que me tengo que ir”, le dije aprovechando su debilidad. Pero no había debilidad.

—Tenés toda la razón, soy un patán, un pendejo. Pero no me voy a ir. Y no te voy a dejar irte. Y si me lo pedís, no me caso. Sólo estoy comprometido. No soy un hombre casado, soy un hombre libre, el compromiso es sólo un rito social.

Yo no supe qué hacer porque el odio feroz que me invadía se había empezado a desvanecer con el talmecazo y se estaba convirtiendo en otra cosa al sentir su cuerpo apretarse contra el mío y sus labios

rozando mis labios. Sus piernas temblaban. ¿Temblaba de deseo por mí?

Su boca estaba sorprendentemente mojada y tibia, ofrecida, como una fruta que se abre. Sus dientes mordieron despacio mis labios, su lengua se enredó en mi lengua. ¿Entonces eso era besar?

Nos alejamos de la yegua, Sergio me llevó a un lado de la cuadra. La delicia de sentir sus labios de nuevo abriendo mis labios, su lengua tibia y mojada buscando la mía, las caderas de Sergio y un bulto grande en la entrepierna apretándome contra los tablones. Tenía que estar borracho para poder besarme tanto y tan deliciosamente con la mandíbula golpeada por un buen trozo de metal, casi una manopla.

Pero de pronto se apartó. Sacudió la cabeza e hizo ademán de irse, de "perdón, linda, son los tragos". ¿Así que era cosa de tragos hasta lo que me acababa de decir, que no se casaría con Magda si yo se lo pedía? La reacción de Sergio tuvo la virtud de devolverme la furia y le pegué en la nariz, ahora con el mero puño.

Sergio bajó la cabeza con un gemido ronco.

Como si él no estuviera en la cuadra continué ensillando a Rosa.

Terminé de socarle la cincha y Sergio seguía allí. Me rogó: "Perdoname". Tenía la nariz y una mejilla hinchadas.

El olor de la selva. El río que fluye.

Rosa estaba lista y yo estaba lista también. Lista para caerle al río en su desembocadura, desemboca, quemadura, tu boca me ha hecho una quemadura, Sergio, por qué no te vas. Qué hacés ahí parado sucio y borracho, un patán hijueputa mirándome con ojos de ternero.

—No te montés dentro de la cuadra. Es peligroso —dijo Sergio y caminó disimuladamente hacia donde yo estaba, una niña con sus tenis y sus *shorts*, estaría pensando. Avanzó lentamente.

Sergio avanza hasta ese lugar en que tiro de los estribos para corroborar que la hebilla está en el sitio justo. Sergio mira mis dedos oscuros y largos dando tirones, mis brazos con los músculos tensos por el esfuerzo. Cuando amarro las riendas de Rosa en la argolla que está junto al pesebre y me dispongo a ir por mis botas y a cambiarme de pantalón, Sergio me pone una mano en el brazo y sonriendo me dice: "Por favor, esperate". Me lleva otra vez contra la pared de la cuadra y me vuelve a pedir: "Esperate". Va a aflojarle la cincha a la yegua.

Contra todo lo que pienso, una languidez me inunda. Se me va la ira, le hago caso y espero. Espero diez siglos. Espero mientras sus manos me abren la blusa y se zambullen bajo el sostén y me acarician, con una lentitud enloquecedora, los pezones. Espero mientras sus caderas empiezan a empujarme contra los tablones de la cuadra.

Nada me había preparado en mi pinche vida para el efecto de sus

dedos metiéndose por la orilla de mis pantalones cortos, llegando a mi sexo, abriéndolo. Nada. La indigestión de lectura de los últimos meses no me había preparado para enfrentar sus ojos deseantes, los ojos con que me miraba Sergio mientras sus dedos se hundían en un sitio baboso. Sergio me estaba diciendo que nunca había vivido nada igual. Me abandoné a lo que Sergio quería hacerme. Cerré los ojos. Con los ojos cerrados lo oí murmurar: "Primita, qué tenés en la piel, que tenés en los pechos, qué tenés en el coño, primita".

Nada ni nadie me había preparado para el golpazo que era *sentir*. Pero mis pechos habían crecido para Sergio desde mis catorce, desde que él los había tocado en el estudio de tío Arnoldo. Estos pechos se formaron para vos, Sergio, y ahora por fin te alcanzaron. Lo más seguro es que sólo te vayan a alcanzar un día, hoy, porque hoy terminan tus despedidas de soltero. Sos un hombre comprometido y te vas a casar y ese asunto de que no te casás son palabras de borracho. Sos un hombre comprometido con otro cuerpo, con otras costumbres, con otra mujer. Y, sin embargo, hubiera sido más triste y terrible que, habiéndose formado para vos, nunca lo supieras, nunca los besaras y se quedaran vírgenes de tus manos y tu boca.

Y como los pechos eran suyos, decidí dárselos. Y decidí darle también esa otra parte que ahora había tocado, pero desde hacía tiempo se revolvía con sólo pensar en él. Con suavidad me aparté y fui a cerrar con tranca interna la cuadra. Le dije: "No me pongás ni un dedo encima. Sólo veme". Empecé a quitarme la ropa. Me solté el sostén por detrás sin dejar de mirarlo y sin dejar que me tocara. Me quité los pantalones cortos y el calzón y me quedé desnuda. Era imperioso que Sergio me contemplara. El crecer de los pechos había sido un proceso incómodo, laborioso, casi humillante. Y la justificación y el objetivo final de ese proceso eran la mirada de Sergio un único día.

Todo Sergio temblaba cuando lo dejé venir a mí. "Primita", murmuró entre jadeos, "sos como un milagro". Sergio acarició largamente mis pechos, el milagro que ahora podía aceptar. Después ya no. Una vez casado con Magda pasarían años antes de que se atreviera a serle infiel. Hoy aún era lícito permitirse decir, como me dijo: "Esto no lo voy a olvidar nunca". Y luego ya no habló. Su cuerpo se estremecía como con cuarenta de fiebre porque yo había rozado con mi mano su bulto grande y duro.

Le había provocado a Sergio una reacción tan intensa que me dio temor. Porque lo que yo estaba haciendo allí en la cuadra era darle unos pechos que se habían formado y habían crecido para él y por eso le pertenecían. También le estaba entregando un amor que había

nacido y crecido para él. Del resto yo no sabía nada.

Pero no era verdad. Había sentido cada noche culebras en los muslos y unos anillos de oro, tibios, que me apretaban las caderas con sólo recordarlo. Entonces, ¿las caderas y los muslos también eran de él? ¿Y era suyo, totalmente suyo, el animalito baboso en mi entrepierna? ¿Por qué? ¿Qué quería decir?

Fue el último pensamiento, la última reflexión que pude hacerme porque Sergio estaba tomando la iniciativa y me hundía en una serie de catástrofes. La primera eran sus labios chupándome el cuerpo, la sorpresa de su lengua mojada y caliente en mi ombligo, en mi vientre. Su lengua bajaba. Sergio se quitó la camisa y me tomó una mano y me pidió que le acariciara los pezones y la nuca. Sergio, con la mejilla y la nariz hinchadas por mis golpes, me besaba interminablemente y el cuerpo ya no me pertenecía. Entonces así era, todo mi cuerpo era de él y lo que él sentía por mí era como opio, un analgésico total porque ni la mejilla ni la nariz parecían dolerle. Se puso de rodillas, me dirigió una extraña mirada y me dijo, mientras sus manos volvían a tantear mi entrepierna: “Dianita, sé que sos menor de edad, no debería estar haciendo esto, espero que algún día podás perdonarme. Es que no me quiero controlar, no me voy a controlar. En contra de mis principios lo voy a hacer”.

Sus dedos me tocaron hasta ponerme a gemir, dieron la vuelta, los sentí en las nalgas. Sergio abrió mis nalgas, se chupó un dedo y con dulzura rodeó mi ano. El esfínter cedió, se abrió para él. Después llevó la otra mano hasta el animalito chorreante y baboso. Y como estaba de rodillas su lengua tibia lo probó.

Sergio me hizo acostarme sobre la burucha y me abrió el sexo y dijo que nunca había visto nada tan hermoso. Me pidió permiso para besarlo de nuevo.

Cuando sentí su lengua caliente en esas partes que se habían dilatado tanto que me hubiera sido imposible levantarme y caminar; cuando sentí su dulce y hábil lengua dándome un placer inmenso, me convertí en otra. Me disolví. Me fui.

Pero Sergio continuó y continuó. No se detenía ni siquiera al ver que me faltaba el aire y que sin decidirlo yo me había puesto a gritar. Sergio murmuraba palabras obscenas. Se desnudó. Yo estaba demasiado perdida, convulsionada, excitada para temerle al pájaro largo que avanzaba, un pájaro que me acosaba y que yo quería. Me abrió mucho las piernas olvidado de la yegua que hacía gala de calma infinita. Murmuraba: “Diana, estoy completamente loco, me volvés loco, yo sé que no te ha venido la regla, yo oí a tía Coralia contárselo a mamá, no puedo entonces dejarte embarazada, y te aseguro que no

tengo enfermedades, confiá en mí, no voy a hacerte daño". Antes de penetrarme me chupó otra vez y cuando me volví a arquear de gozo me penetró. Y mientras Sergio rechinaba los dientes y pedía que lo perdonara, que nunca había probado nada igual, yo supe que todos mis años de infancia y de pesadumbre, toda mi vida difícil y rebelde, todos mi recorridos y mis galopes y todos los olores y sabores que había disfrutado desde que nací, todo el llanto, todas las texturas y las alegrías, los poemas en francés y las novelas y los libros filosóficos o feministas, las desgracias, la incomprensión de mi madre y los enredos de papá y todo el barro, la montaña, las aves del río, el perfume de las siembras y los matojos, venían a desembocar íntegros a ese instante.

Sergio olvidó definitivamente dónde estábamos porque mucho me besó y lamió y chupó y mordió y gimió. Quitó con el dedo la sangre del himen roto que manchaba su pene y la saboreó. Me dijo que me amaba y que ese día nunca lo iba a olvidar y repitió que si yo se lo pedía rompería su compromiso de bodas.

Horas después, y todavía en la cuadra, ya se le estaba bajando la borrachera y yo sabía lo que eso quería decir. Me tiraré a la desembocadura, pensé concentrándome en los tablones. Pasado mañana seré un pececito plateado, uno que asoma el lomo y brilla cuando le da el sol.

Empezaron a sacudirme los sollozos. "¿Por qué estás llorando?", preguntó Sergio en un tono tan de todos los días que peor me puse. "Porque me voy a morir", le dije, "y me da miedo". "¿Por qué te vas a morir, por tu familia? ¿Porque no te dejan venir aquí?"

"Sí me dejan, ya ves que ahora me dejan, no seas bruto".

—Andá, dejame a la barra donde chocan implacables mar y río, ya no quiero saber nada de esta finca ni del puerto ni de las mareas que empujan a los tiburones; y además me hiciste tantas cosas que no podría levantarme ni caminar.

Sergio se conmovió y me tomó en sus brazos, me consoló: "Arrorró, arrorró, pero es que ella es una niña, una chiquita preciosa, no diga esas tonterías de morirse y no llore, que alguien nos puede oír". Esa frase me devolvió a lo inmediato y al odio: "¿Pero vos sos tan ingenuo o tan bruto de pensar que los peones no han oído nuestros alaridos y nuestros jadeos? No van a decir nada porque no lo vieron, no se atrevieron a asomarse por ninguna rendija, no dirán nada porque vos sos la mano derecha de papá y yo la hija del patrón. Pero en estos momentos ya todos lo saben".

Sergio, al oírme, me abrazó aún más y se puso valiente, sacó pecho y alardeó: "Estoy dispuesto a todo. Si le cuentan al tío Carlos doy la cara y me caso con vos o nos ponemos de novios, lo que sea

necesario”.

¡Ajá!, pensé, está dispuesto a ser mi novio si le cuentan a papá. Pero como los peones son timidísimos, todo les da vergüenza, no encontrarán siquiera las palabras para decirle a mi padre lo que saben. No hablarán. Y Sergio seguirá de novio de Magda.

—¿Le vas a contar a Magda esto? —le pregunté despechada—: Decime, ¿tu novia es virgen? ¿Vos tenés sexo con Magda?

—Dianita, no preguntés esas cosas. Ahora sólo quiero pensar en vos.

Sergio me abrazó y me cantó y me contó chistes y así logramos que mi sexo dilatado se redujera y me dejara levantarme y caminar. Desensillamos a Rosa y salimos. Me fui a bañar para que Kate no me viera con la ropa sucia, el pelo en total desorden, oliendo a sudor masculino y a sexo y para colmo llena de serrín.

Pero Kate no apareció. Me dio tiempo de serenarme, de lavarme el pelo, restregarme largo rato, ponerme ropa limpia y convertirme otra vez en la niña de diecisiete, inocentona, flaca.

Años más tarde me daría cuenta de que cuando ocurre un evento dichoso el resto de las cosas se alinea en complicidad, favoreciéndola a una que tiene estrella porque la vida le dio algo hermosísimo, único, por unos días o por unas horas para tener que perderlo después.

Sergio también se había duchado. Luego, sentados en el corredor de la casona, le dije: “Yo hice lo que hicimos porque te quiero. Porque estoy enamorada”.

Mis palabras lo tomaron por sorpresa. Se pegó un buen susto.

Sergio está corrupto socialmente como casi todos los machos latinoamericanos, pensé, por eso hizo lo que hizo, pero tal vez tiene buen corazón. Me preguntó, preocupado:

—¿En serio me querés?

—Pues sí.

—Pero cómo, ¿en un día?

—No, no. Desde hace tiempo.

—¿En serio? ¿De verdad? ¿Desde cuándo?

—Desde que cumplí catorce. Desde una vez que entraste al estudio de tío Arnoldo y yo estaba leyendo, o mirando unos dibujos, y vos te sentaste y me tocaste los pechos.

—¡Dios mío! ¡Desde hace tres años! ¿Yo te toqué los pechos?

—Sí. Con el brazo. Para ver las figuras del libro de Ariosto. Y para sentir.

Entonces Sergio, sin importarle quién nos viera, me tomó por los hombros y volvió a besarme largo, largo, y al separarse me pidió perdón porque lo que sentía no lo podía explicar. En eso oímos la voz

de Kate llamando al almuerzo.

Le preguntó por qué tenía la cara hinchada. Sergio, riendo, contestó: “Pues me caí. Hoy ando muy torpe”. Kate se alzó de hombros. Tal vez notó que Sergio olía a alcohol, a mujer, a despedidas de soltero.

Yo me había vuelto a poner triste. Cada vez que me pedía perdón yo me ponía fatal porque significaba que no iba a dejar a Magda. Pero me había repetido que la dejaba si yo se lo pedía y que si papá se enteraba nos haríamos novios. Entonces, ¿qué tenía que perdonarle?

No sé si ese primer día prodigioso Kate se dio cuenta de mi cuerpo radiante y magullado. Después del almuerzo Sergio se fue a trabajar. Yo me fui al cobertizo, pero no pude hacer nada. En el almuerzo no había probado la comida y eso había puesto a Kate en guardia. Esa tarde no pude esculpir ni leer y allí me di cuenta de que yo estaba jodida, yo no era normal. La gente normal se enamora y coge y puede seguir adelante. Perder la virginidad con el hombre al que se ama y que eso la trastorne a una es algo patológico. Hay personas chifladas, yo era una de ellas. Lo había leído en Freud y en Fromm. ¿Tendría una personalidad obsesiva? ¿Era neurótica o psicótica? ¿Quién era yo? Mi anormalidad, ¿la había heredado de mi padre que tenía depresiones y rarezas?

Sentada en el cobertizo me asediaban las preguntas. Y para quitarme la pensadera no podía ni siquiera montar a caballo, la entrepierna me dolía. Llevé a Rosa al potrero y después me fui a tirar entre los matojos junto al río. Viendo el agua exquisita fluir, recordé paso por paso, minuto a minuto, todo lo que acababa de experimentar, eso que había partido mi vida en dos mitades: la infancia y Sergio.

Sí, mi vida se había partido en dos mitades desiguales: la infancia y Sergio. Aquí no había ni hubo jamás trazas de adolescencia.

La voz detrás de mí interrumpe el relato:

—*¿Qué es eso tan importante en su infancia que sólo se puede comparar con lo que le hizo Sergio, o lo que Sergio y usted hicieron ese día?*

—No entiendo su pregunta.

—*No es que no entienda, Diana, es que no quiere entender. Si no hay adolescencia, sólo infancia y Sergio, usted me está entregando una ecuación, pongamos infancia igual Sergio. Lo de Sergio era lo mejor y lo más fuerte y más maravilloso que usted había vivido hasta ese momento, y si es equivalente a su infancia, porque usted, no yo, ha eliminado la adolescencia, yo le pregunto: ¿qué pasó en la infancia comparable a lo de Sergio?*

—Ya entiendo la pregunta. No, en mi infancia no hubo nada que se

pudiera comparar. Por eso le dije mitades desiguales. Su ecuación no funciona. No hay infancia igual Sergio. Hay infancia desigual Sergio.

—*Diga lo primero que se le pase por la cabeza.*

—Creo que su ecuación no sirve. Déjeme seguir.

Al agotarse la luz regresé a la casona esperando no verlo: se habría ido ya o estaría a punto de irse en el tren de las seis.

Cuando lo vi tuve un mareo. Casi me descompongo. Me desmadejé en las gradas. Sergio acudió. Le dije que por distraída me había tropezado.

Entramos juntos a encender lámparas de canfín, afuera estaban picando bravo los zancudos. Kate se disculpó porque casi no había cena. "No sabía que usted se iba a quedar la noche, don Sergio, y sólo hice algo para Diana que come como pajarita".

Llevamos la comida al corredor, detrás de los cedazos. Sergio estaba serio, como retenido, con la barba crecida, la mejilla y la nariz ya deshinchadas pero con moretes, y arrugada la camisa. "¿Andabas en tus despedidas de soltero?" Sergio asintió. Kate vino a decirnos que se iba a su casa. Sergio le dijo que no había necesidad de que viniera a dormir, que él se iba a quedar y me cuidaría. Kate probablemente se alegró de poder estar con su familia. De Sergio podía tener sospechas pero ninguna prueba para desconfiar.

Cuando Kate se alejó, Sergio dijo:

—¿Vos nunca te has preguntado por qué será tan culta, por qué habla tan bien?

—Qué ignorante sos. Kate es culta porque fue una dirigente sindical que cayó en desgracia. Mamá, que no podía sola con lo doméstico, las quiebras y la prole, la contrató.

—Me sorprende que, siendo tan joven, sepás tanto de la gente.

Fue a su cuarto y regresó con una botella de wiski. Le dije que yo no quería.

Cómo hablarle de las noches de culebras. De hoy en adelante iba a ser peor. Conseguir algo más fuerte que el Neurinase. Pedirle a Pauli, mi primo psiquiatra, recetas para neurolépticos. También podía robármelos del botiquín de papá, como me robé las Valium. Dichosos los simbolistas, pensé, tenían a mano láudano, opio, absenta.

El wiski iba haciendo su efecto en Sergio. ¿Le iba borrando la imagen de Magda? Magda que seguramente tiene baúles con el ajuar, sábanas con las iniciales de ambos entrelazadas. Magda que cumplió apenas veinticuatro, pero parece una señora, siempre vestida elegante, el cabello peinado de salón. Conforme imaginaba los preparativos del matrimonio me iba enojando más y más. Contuve la rabia para que las preguntas salieran tersamente.

—¿Cuándo te tenés que ir, Sergio?

—Mañana, como vos.

—Yo me voy cuando quiero. No tengo convenciones que me amarren.

—Has estado leyendo mucha tontera. Me contaron que eras fiel discípula de los existencialistas, *La náusea, La nada*.

—Ah, por lo menos conocés los títulos. Pero si además los hubieras leído te habrías dado cuenta de que no son tontera.

—También me dijeron que estabas leyendo a Marx.

—Estoy preparándome para leer a Marx. Necesito saber más de economía para poder entenderlo. Estamos en octubre de 1983, no sé si te enteraste de que a principios de 1970 hubo una gran lucha para impedirle a la trasnacional ALCOA explotar Costa Rica.

—¿Vos fuiste a la conmemoración de los trece años de esas manifestaciones ahora en abril?

—Sí, claro. Tiré piedras y ladrillos con la demás gente. Este pueblo tiene que despertar de nuevo.

—Cierto que estás en un colegio de izquierda.

—Estaba. Me pasé a otro. Pero sigo siendo de izquierda. Vos sos un burgués redomado pero les pagaste a los peones el retroactivo y supe que les aumentaste el sueldo. Un burgués con cierta sensibilidad social.

—Pues mirá, si fueras realmente de izquierda estarías luchando para que el campesinado, que es la gente más pobre de este país, tome el poder. Y no estarías aquí conmigo.

—Son mis contradicciones. Fallo en la praxis, pero eso no me impide ver la injusticia. No como vos que estás tan autosatisfecho.

Me di cuenta de que mis celos de Magda eran tan grandes que me iba a poner cada vez más cabreada y lo iba a insultar horriblemente, arruinando mi primer y último día con el hombre de otra. Yo, la rebelde Tazio, quería que la dejara a ella y se casara conmigo. ¿Una rebelde que busca el matrimonio? ¡Qué rebelde más farsante! ¿Pero en verdad quería yo eso? No sabía. Quería que no se casara con Magda. Porque así como estaban las cosas, él ya comprometido pero haciéndome el amor sin freno, yo tenía la sensación de ser desechable. Una fruta ya casi podrida, ya casi rechazada. De pronto Sergio dijo:

—La verdad es que a mí me gusta tu manera de ser. Y me gusta tu melena. Me dan ganas de jalártela y de envolverme el sexo en ella. Te la jalé tan duro que me asusté.

—Sí, me la jalaste durísimo. Me dolió.

—¿Y te gustó?

—Sí. Me gustó.

—Es inexplicable. Me parece que estoy hablando no con una nena de diecisiete sino con una mujer de treinta.

—Dejá de decir diecisiete, en dos meses cumplo dieciocho, es como si ya los tuviera. ¿Qué edad tenés vos?

—Veintiocho, ¿no te acordás de que en junio fue mi cumpleaños?

No quiero acordarme de ese cumpleaños porque estabas con Magda. Te saludé y enseguida me fui. No quería verte. Pero no te lo digo. En lugar de eso, respondo:

—Me acuerdo.

Apagó la lámpara.

—¿Por qué la apagaste si aquí adentro no hay zancudos, Sergio?

—Para tocarnos, amor, sin que nos descubran.

Sergio se puso de pie y me levantó. Me metió unos dedos férreos en el cuero cabelludo y después de apretarme el cráneo los fue resbalando hacia abajo. Después me tomó la cintura y se pegó contra mí. Me mordía el cuello, me arrancó la blusa.

Incrédula, sentía su pecho, sus piernas, su estómago liso y vibrante. Así que hacer el amor era esto, un remolino mortal en la poza de un río, la exigencia —que uno no sabe de dónde le sale— de juntar boca con boca, lengua con lengua, morderse los labios; unos dedos que se mueven solos buscando los agujeros, los orificios, la manera de llegarse al interior, de ver, tocar, amar, sentir, chupar las vísceras, unas manos que sin que yo me haya dado cuenta ya están apretando su pene, hurgando entre sus nalgas.

Sergio me desvestía. Cuando me tuvo completamente desnuda me dijo: “Quiero llevarme mañana tu sabor total. Dejame chuparte toda, del pelo a los pies”.

Sergio me chupó toda, del pelo a los pies. Metió la lengua hasta en los huecos de la nariz y se comió mis mocos. Lamió todo mi cuerpo, diciéndome a qué sabía cada parte que chupaba. Metió su lengua en mi ombligo y luego en mi sexo de una manera tan hábil que me hizo sentir un espectacular terremoto que él ya había nombrado: orgasmo. Prolongó mis contracciones al meter la lengua dura y caliente en mi culo, que se relajó y se abrió. Después me lamió las piernas, desde la raíz de los muslos hasta los dedos de los pies. Yo pensaba, ¿cómo va a besar a Magda después de hacerme esto?

Entonces me pidió que le hiciera lo mismo. Yo comencé por su boca, su mejilla golpeada. Fui bajando lenta.

Cuando le iba chupando la parte interior de los muslos me vine otra vez. ¿Cómo era posible? Lo que nos hacíamos era demasiado fuerte. Era como una responsabilidad que nuestros cuerpos adquirían al entregarse así.

Pero Sergio se iba mañana con otra y su cuerpo no adquiría ninguna responsabilidad. ¿Cómo podía ser yo tan estúpida de darme a él de ese modo? ¿Cómo podía ser tan imbécil de lamer su ano, de buscar sus vísceras con todo el amor del que yo era capaz? ¿Cómo podía yo entregarme totalmente a un hombre que iría el lunes a la joyería más cara a comprar su anillo de boda?

Dejé de lamerlo. Me levanté. Me puse rígida y fría. Sergio no podía creer que yo me hubiese levantado, Sergio quería penetrarme, venirse dentro de mí. Pero lo detuve.

Sergio no podía creer que yo lo hubiese detenido.

—¿Qué pasa? —gimió.

Yo ya me estaba vistiendo y amarrando el pelo.

—Cómo, qué pasa. No te hagás el idiota, Sergio.

Rígida y controlada, miro la noche luego de encender las lámparas de canfín mientras Sergio se viste, estas manos nunca han tocado a Sergio, estos labios no saben besarlo, no lo han besado nunca, estos ojos no miran su cuerpo desnudo, estos ojos están fijos en el bisbiseo del río más allá de la ventana.

Sergio ya vestido intentó acercarse. Con un gesto firme lo paré. Dormimos en cuartos separados.

Al amanecer Sergio entró, se sentó en el borde de mi cama y dijo:

—Diana, tengo miedo.

—¿De qué?

—De que ahora, cuando nos separemos, vaya a estar todo el tiempo pensando en vos. Tengo miedo, no quiero volverme loco de pensar en vos.

Quise responder: “Bueno, es muy fácil, entonces no nos separemos. Rompé tu compromiso y esperamos los dos meses que me faltan para ser mayor de edad”.

Pero no le dije eso. No le dije nada. Lo que le dije al día siguiente cuando tomamos juntos el tren, cuando el tren agarró la curva y atravesó el puente Bailey, fue que el río en la barra se mostraba excepcionalmente tranquilo.

V

—*Diana ¿tenemos que dar tantos rodeos para llegar a la escena en que usted se entrega a varios hombres?*

—Sí. De otro modo usted no entendería lo que hice, lo que hago.

—*Está bien. Siga.*

—Durante las noches de ese mes de octubre, las culebras de oro se multiplicaron. Le rogué a mi madre que me dejara vaciar la bodega y hacerla de nuevo dormitorio. Me dijo que jamás. Pauli, mi primo psiquiatra, me recetó somníferos modernos, benzodiacepinas de última generación.

El 3 de diciembre cumplí dieciocho. Me emanciparon, pasé a ser mayor de edad. Mamá: "Diana, ¿qué se va a poner para el matrimonio de Sergio?" Porque Sergio se casaba pronto. En enero.

Tenía dos meses —desde octubre— de tomar las maravillosas pastillas calmantes que compraba con receta cuando Sergio me llamó. No quise atender. Vanessa, mi hermana menor, me perseguía: "Que dice Sergio que le urge hablarle, Diana".

En diciembre se habían terminado las clases. No había querido presentar el bachillerato. Mi estado emocional no me lo permitía. Sergio seguía llamándome. Yo no le contestaba. No tenía cuarto para encerrarme y que me dejaran en paz. Me encerraba en el baño.

Me fabriqué un escondite en la bodega que me habían negado como dormitorio. El caradura de Sergio me mandaba recado con quien atendiera: Mari la empleada: "Diana, es Sergio"; mamá: "Diana, salga, usted se esconde y a Sergio le urge decirle algo"; mi hermana Vane que proclamaba a voz en grito: "Diana, venga, dice Sergio que es él".

Los maravillosos ansiolíticos y antidepresivos que me recetó Pauli no solamente me hacían dormir, también reducían el deseo, le quitaban a la ansiedad el filo cortante. Descubrí en ese momento que hay drogas paliativas contra el mal de amor, y tiempo después supe por qué los neurólogos dirían que el apego está en el cerebro reptiliano, en la dopamina y en la oxitocina, y que los antidepresivos eliminan el deseo sexual.

Pero ojalá. Ojalá los antidepresivos, al menos los que había entonces —nos acercábamos a 1984 y a la boda de Sergio—, hubiesen eliminado mi deseo sexual. Lo amellaban, sí, pero yo seguía enganchada a pesar de que Pauli me había recomendado uno

fuertísimo.

Un viernes de diciembre que no fui a Santamaría, como yo estaba en la casa pero no quería atender, cuando sonó de nuevo el teléfono a mamá le dio el ataque. Exasperada gritó: “¿Pero qué le pasa a Sergio con esa llamadera? Y Diana, vos, ¿por qué no le querés hablar? ¡Nos va a volver locos a todos!” El problema de ese viernes fue que llamó mientras cenábamos. Eran terribles las llamadas de Sergio a las horas de comida, los ojos de la familia caían sobre mí, los de mis hermanos con sorpresa, los de mis padres, consternados y luego enojados. Ese viernes papá no aguantó más, se levantó y gritó: “Diana, vaya y atienda inmediatamente a Sergio. ¿Se puede saber por qué se está negando?”

Ay papá, si vos supieras. Si vos supieras lo que hicimos Sergio y yo, cómo me dejó marcado el cuerpo para siempre ese hijueputa, ese cabrón, ese pendejo malparido.

—No me estoy negando. Estoy comiendo. Dígale que apenas termine lo llamo. Pregúntele si lo llamo a su casa o donde Magda —repliqué con saña.

Papá se levantó a atender. Quién sabe qué le dijo Sergio. No pronunció una sola palabra y no colgó, regresó advirtiéndome:

—Dice Sergio que tiene que ser ya. En estos dos segundos.

Extrañas eran las lealtades entre ellos. Yo no quería hablar con Sergio, yo quería gritar: “Lo único que pido es que no se case, él lo tiene que saber, está a un mes de la boda, pues que la cancele”. Pero ¿cómo decir eso? Lo que dije fue otra cosa, que también era verdad:

—Papá, son caprichos de Sergio, ¿usted no se da cuenta? ¿Usted no se da cuenta que un hombre a punto de casarse no debe estar llamando así?

—No son caprichos. Debe ser algo importante. Sergio es un muchacho muy sensato.

—Sí, por cierto. ¡Sensatísimo! —les dije subiendo el tono, casi gritando.

Papá me levantó de la silla y me dio un empujón violento en la espalda. “Vas a ir al teléfono. ¡Ya!”

En el teléfono, del otro lado Sergio, yo no podía hablar, sólo llorar. “¡Hablá, estúpida!”, gritaba papá. Mamá rogaba desesperada: “¡Hable, hija mía!” Registré la mirada de supremo odio que le dirigió mamá a papá.

El teléfono se me cayó de las manos.

Como a los veinte minutos Sergio llegó.

Al sentir el empujón violento de papá yo había sabido que ya no

podía seguir viviendo en esa casa. Entré al cuarto que compartía con mis hermanos. Sergio me siguió. Me senté en la cama sin hablar. Mis hermanos se durmieron y Sergio continuaba allí conmigo. Era ya la medianoche. Me abrazó y me acarició. Yo le acepté el veneno. "Tontita, tontita, ¿por qué no querías contestarme?", susurró, "lo único que quería decirte es que ya no me caso".

Sobre esa noticia dulce me dormí. Al día siguiente oí la voz de mamá: "Magda acaba de llamar para decir que su boda con Sergio se pospone".

¿Se pospone o se anula?, quería preguntar, pero no podía preguntarles eso ni a mamá ni a Magda. Ni siquiera a Sergio, que por lo visto mentía bien.

Mi psicoanalista me interrumpe:

—*Me llama la atención tanto detalle inútil, tanto rodeo para llegar al momento en que usted hace el amor con varios hombres a la vez. Usted no quiere enfrentar esa escena, me parece.*

—No son detalles inútiles. Tienen que ver con el amor. Sin el amor esa escena no se entiende.

—*¿Qué asocia a la mirada de odio que le dirigió su mamá a su papá?*

—Mamá odiaba a papá por las quiebras. Porque nos teníamos que pasar de casa.

—*¿A dónde se iban a vivir?*

—Pero ya le conté eso, a un lugar donde no hubiera que pagar alquiler. Cuando vivían mis abuelos maternos ese lugar era su casa o la remota finca Bijagual, pues estábamos pequeños y no teníamos que ir al kínder o a la escuela.

—*¿Cómo se llamaba su abuelo materno?*

—Le decíamos Checho. Y a mi abuela Eva, Abeva.

—*Usted nunca los menciona.*

—Porque murieron hace mucho, ya le dije, cuando yo tenía trece. A Checho yo lo adoraba. Me enseñaba francés y me introdujo a los poetas simbolistas. Leíamos juntos a Rimbaud. Su familia, los del Cid-Gutiérrez, se creían la crema y nata. Mi abuelo había ido a escuela y colegio en París, y en México estudió carrera militar. Al volver tuvo que ponerse a estudiar contaduría porque aquí el ejército era muy pequeño, como de juguete, por eso fue tan fácil abolirlo en 1948. Con la depresión económica de los treinta la inmensa fortuna de los del Cid-Gutiérrez, generada siglos antes, con el añil, había desaparecido casi por completo y mi abuelo empezó a dirigir el primer banco del Estado. Aunque ellos pretendían una nobleza imposible, no se podía negar que eran una rama culta y con poder: presidentes, historiadores, gobernadores. Sí, yo adoraba a mi abuelo materno, pero el lado

prodigioso de mi familia seguía siendo el de los Tazio. Ellos compraron las fincas del Caribe: Santamaría y El Inocente. Amaban los animales, sobre todo los caballos, y nos enseñaron a montar desde pequeñitos. Abu, mi abuela Tazio, murió llevándose un secreto…

—*Sí, un secreto que tenía que ver con que su papá no había podido protegerlos de algo. Dígame qué asocia.*

—Las quiebras. Vivir en casa ajena.

—*¿Cómo se llamaba su abuelo Tazio?*

—Paulo. Por eso a mi primo le pusieron Pauli. Pauli es hijo de tío Arnoldo.

—*¿Cuándo murió Checho?*

—Ya se lo dije, cuando yo tenía trece años. Con su esposa. En un accidente de avioneta. Mamá y su hermano heredaron Bijagual.

—*¿Usted es pariente de Sergio por el lado Tazio?*

—Sí.

—*Prosiga.*

—Los días siguientes a la visita de Sergio no supe qué hacer. Qué mierda, pensaba, soy mayor de edad pero no sé cómo ganarme la vida, ni siquiera presenté el bachillerato. Tampoco tengo amigos. Sólo ese montón de libros que están casi todos en Santamaría, un cobertizo donde experimento con materiales y una yegua amada y leal que se enferma a menudo porque es fina y su salud es melindrosa.

No tengo amigas, quiénes. Las compañeras del colegio caro se olvidaron de mí, además nunca fueron verdaderas amigas, a mí me exasperaban por burguesas y ellas me temían. ¿Qué logré tantos años en ese colegio selecto y de vanguardia? Un excelente inglés, ídem el francés. Y profesores de filosofía e historia que depuraron mi visión del mundo y me impulsaron a ser fiel a lo que yo quería. A lo que yo era. A lo que soy.

Qué bien me caería ahora un amigo con carro o que agarrara el carro del papá, porque esta vez no me voy de maletín, me voy de valija.

Sí, antes de Navidad me escapé. Salí de la casa de mis padres a los dieciocho. Emancipada, ellos habían cumplido su promesa. Salí con una maleta medio vacía. Hubiera querido llenarla con el resto de mis libros pero entonces no la hubiera podido cargar.

Aquí voy, con una plata que le robé a papá de su caja fuerte en un momento en que la dejó entreabierta y se descuidó, aquí voy, a las siete de la mañana, arrastrando la maleta, haciendo señas a los taxis. Encontraré uno. Me llevará a la estación del Caribe. En el baño inmundo me cambiaré, me pondré bluyines mugres y una blusa vieja. Me darán ganas de abandonar la ropa elegante con la que salí de casa,

dejarla como un despojo. Pero no he de dejar rastros, viejas pieles que pudieran delatarme porque esta vez se trata de esconderse de un padre que cuando se da cuenta de que existo y no soy la que él quisiera pierde el control, un padre siempre entrando y saliendo de las depresiones, y de una madre demasiado débil y con taras sociales. Esconderme de Sergio y de su boda porque Sergio no la canceló, sólo la aplazó: "la boda se pospone", dijo Magda. De Sergio, ese mal bicho, ese caradura, ese pendejo, de él me voy a esconder.

Mi psicoanalista vuelve a interrumpir:

—*¿Cuáles eran las taras sociales de su mamá?*

—Era un ser endeble para quien solamente contaba el color de la piel, el dinero, la alcurnia. Le parecía que las mujeres no debíamos estudiar, solamente ser bellas y estar calladitas. Anuló su inteligencia. Todo le daba miedo. Y si papá me agredía gritándome o dándome empujones, no era capaz de defenderme porque para ella socialmente yo era su fracaso: una hija catastrófica.

—*Está bien. Siga.*

—Agarré el tren de Limón y luego el ramal de Dos Lunas y caí en Santamaría con mis pocos chécheres.

"Diana, aquí no se puede quedar", me está diciendo muy nerviosa Kate, "don Carlos recién llamó para decir que contra usted hay orden de captura porque tiene dieciocho años, es verdad, pero ellos anularon la emancipación y ahora se tiene que esperar hasta los veintiuno. Sigue siendo de ellos, quiero decir que tienen sobre usted la patria potestad. Me ordenaron devolverla a San José. Claro, ahora es tardísimo, se devolverá mañana".

—No, Kate. A mi casa no vuelvo. Papá me dio unos empujones horribles. Mamá no me puede defender. En el fondo no me quieren. Se preocupan porque les da vergüenza social que yo sea un bicho raro. Kate, usted sabe que esa es la verdad.

—Sí, sí, pero Diana, me pone en una posición difícil. Bueno, voy a esconderla en mi casa sólo por un tiempo, mientras usted decide qué hacer con su vida. Porque tiene que hacer algo con su vida. ¿No cree?

—Sí, gracias. Mire, que los peones me ayuden a llevarme el cobertizo más adentro.

—Sí, sí, mañana lo metemos bien adentro del bosque.

—Y que me busquen piedras y troncos para esculpir.

—Bueno.

Kate me abrazó con fuerza.

Tres días después:

—Diana, a esconderse. Ahí vienen los detectives y la policía.

—Kate, las esculturas.

—Es de noche. El cobertizo está en el bosque, no las verán.

—¿Y mañana?

—Yo me aseguro de que ya mañana esos brutos no estén.

Hui río arriba con una señora experta en plantas medicinales. Subimos en lancha de motor a Penshurt aprovechando la noche. Subimos el río en la noche, la noche del río.

Santamaría fue revisada por policías y detectives. Según Kate lo husmearon todo. El cobertizo no lo descubrieron porque los peones y los hijos de Kate lo habían desmontado y vuelto a armar más arriba, en la pura montaña. Y ahí habían escondido las esculturas. “Por dicha sólo eran dos”, dijo Kate, “lo más difícil fue llevarse la piedra, la madera, eso que usted llama sus materiales. Husmearon, revolcaron, preguntaron. Como de usted no había trazas, se fueron. Pero volverán”.

VI

Dicen que Sergio entró en el edificio viejo situado en uno de los barrios más ruidosos y feos de la capital. Dicen que entró diciéndose: ¿en cuál de todas esas oficinas oscuras estará el tío Carlos? Tío, que tiene tanta plata aunque siempre se haga el pobre, debería pasarse a un edificio moderno, lleno de luz, más acorde con sus nuevas y exitosas inversiones industriales. “Don Carlos no está, anda en el puerto, en Limón”, le dijo una secretaria, “regresa el lunes”. “No puedo dejar esto para el lunes”, le dijo a la secretaria. “¿En dónde en Limón?” “Se está hospedando en el Hotel Park”, le respondió ella.

—Hola Sergio, ¿qué te trae por aquí? Sergio, este es Thorvald, con él estamos iniciando un nuevo negocio de transporte marítimo. Thorvald, este es Sergio, como un hijo, mi mano derecha: agricultura, ingeniero, *business administration*, sí… Sergio, ¿ves ese barquito blanco allá en el puerto? Transporte de papel *US Gulf*-Centroamérica. Por cierto, ¿para cuándo es tu matrimonio? Una esposa da estabilidad.

—No sé, quiero decir, más adelante. Tío, quiero exponerle unas cosas…

—Dejame terminar este desayuno con Thorvald. Llegá en cuarenta minutos a mi oficina, al edificio nuevo junto al tajamar.

—Pasá, Sergio, sentate. Buena persona ese Thorvald. Un verdadero lince para los negocios. Bueno, lince no, vikingo. A ver, muchacho, qué querés.

—Tío, necesito hacerle una propuesta.

—Bien, te escucho.

—Quiero dejar Santamaría. Está funcionando perfectamente. El cacao se recuperó. Hay que pensar si no convendría quitar todas las vacas y cambiar el cacao por banano, pero allí se lo dejo, como posibilidad. Los precios del cacao están inestables, hay demasiada competencia. Y a las vacas la lluvia les cae pésimo. Bueno, piénselo, tío. Ahora quiero dedicarme a otra de sus fincas, la que está más arriba, El Inocente. Usted la ha tenido muy abandonada.

—Es terreno forestal. No es como Santamaría, que ha acumulado el sedimento del Dos Lunas por siglos. El Inocente es más difícil. Pura montaña.

—Sí, tío. Yo tengo un plan. Arborícola: teca, limón mesino, copra. En Santamaría queda fijo Pirú, y los demás agrónomos van una vez por semana. Yo siempre les podré echar una mano.

—Sergio, ¿estás seguro de que Santamaría ya está lista? Es mi mejor propiedad.

—Sí. Y le aseguro que si dentro de unos meses usted se decide a cambiar el cacao por banano, yo le meteré el hombro.

—No entiendo, hijo, por qué te vas de Santamaría ahora. ¿Qué te ocurre?

—Ocurre que quiero poner mis energías en un proyecto más difícil.

Tío Carlos se alzó de hombros pero accedió.

—El Inocente necesitará otros agrónomos si vas a implementar esas propuestas que decís.

—Tome, tío Carlos. Aquí van los detalles de cada proyecto con las ganancias estimadas, los estudios costo beneficio.

—Gracias, a la hora de almuerzo los leeré.

—Ya seleccioné a los agrónomos. Pasado mañana le voy a dejar sus currículos profesionales para que usted diga sí o no. Además, yo me trasladaré a El Inocente.

—¿Y tu novia?

—Tenemos mucho tiempo.

—Me parece una respuesta sensata. Más bien demasiado sensata. En fin, si es lo que más querés y si me prometés que no irá en detrimento de Santamaría ni de tu matrimonio con Magda, hacé como te parezca.

Dicen que salió de la oficina muy aliviado, celebrando la garúa.

Dicen que al ratito papá reaccionó: “Qué tirada, ya se me fue ese muchacho… Lorena, Lorena, andá corriendo a alcanzar a Sergio, debe ir camino a la estación, me dijo que hoy mismo se devolvería. Decile que se me olvidó preguntarle una cosa”.

Sergio vuelve.

—¿Sí, tío Carlos?

—Es una pregunta indiscreta. Decime, ¿qué hay entre vos y Diana?

—Nada que deba preocuparle, tío.

—¿Estás seguro?

—Totalmente seguro.

—A veces me enojo demasiado con ella. Se ha fugado. ¿Lo sabías? Por eso no estaba en la cena de Navidad.

Dicen que papá se cubrió el rostro con las manos.

—…

—¿Qué opinás de esa fuga, Sergio? —preguntó bajando sólo una mano.

—Cada padre tiene el derecho de educar a sus hijos como cree mejor. Mi opinión no procede. Y estoy seguro de que los problemas se arreglarán.

—¿Y esta decisión de trasladarte a El Inocente no tiene nada que ver con mi hija?

—¿De qué modo podría tener que ver con Diana? Ella no está en el Caribe, en El Inocente la buscaron hasta el cansancio.

—Bueno, me quedo en paz.

—Hasta luego, tío Carlos. Me voy ya a la estación.

Dicen que Sergio iba pensando algo así: Ay, tío Carlos, no puedo decírselo pero la verdad es que no quiero estar en Santamaría porque ahí está escondida Diana. Además, es el lugar que Diana adora. Tío Carlos, usted no sabe, ni siquiera sospecha, cuánto ama Diana esos bosques, los cacaotales, el río. Diana piensa que yo soy un tipo superficial, común y corriente, falto de cultura. Lo que ella no sabe es lo hondo que ha calado en mí, cómo he llegado a conocerla, y cuánto me atrae, por ella estoy dispuesto a cualquier cosa y eso es un peligro grande, la debo evitar. Yo le prometo evitar a su hija y por eso me voy de Santamaría a El Inocente. A Diana no le gusta El Inocente.

“Diana, a veces cuando usted está allí en el cobertizo puliendo la madera parece una mantis, con esas piernas largas y los pantalones cortos y los tenis y el pelo que le tapa la cara, no sé cómo logra ver. Son tan incomprensibles las cosas que usted hace. Diana, usted es tan rara. Además, se le va a joder la vista de estar esculpiendo a media luz”. “Ay Kate, ¿por qué me dice eso? Kate, por favor, acépteme esta platita”.

Despertar en la mañana con el pájaro chillón. Despertar en este territorio húmedo y que la contraseña sea eso: la humedad. Las matas agobiadas por el peso del sereno y de la bruma, los potreros invadidos por una nube blanca, un vaho vapor. En el delicioso aire tibio atravesar los potreros que llevan de la casa de Kate al cobertizo y entonces empaparse, la piel se pone rugosa por el contacto con las hojas ásperas, la humedad lleva olor a medicina, a humus. La humedad.

Kate fue a Limón y me consiguió unas botas de hule altísimas, dice que me protegerán de las culebras ahora que tengo que meterme en el bosque denso, donde los peones movieron el cobertizo para que yo pueda esculpir sin que nadie vea ni oiga. Guarda suero antiofídico en la nevera, es una cajita azul. Me ha pedido que por el momento no monte a caballo porque debo pasar totalmente desapercibida y a la

casona de Santamaría llegan varios agrónomos. La orden de captura se mantiene, por tres años, hasta que sea mayor de edad.

La primera vez que llegaron a buscarme a Santamaría no estaban los agrónomos, los peones no me habían visto y yo había subido en lancha a Penshurt, por eso no me encontraron, nadie tuvo que mentir. A la segunda ya varios peones sabían, pero no me delataron. Muy previsora, Kate los convocó y también al técnico Pirú y consiguió sus lealtades no sé cómo. “Pero es mejor no restregárselos a la vista”, me dijo. Por eso salgo de la casa de Kate antes del sol, cuando la bruma cubre el pasto, me adelanto al trajín de la finca, al ordeño de la madrugada, los peones que vienen y van con Pirú. Parece que van a quitar todo el ganado por orden de Sergio. Ayer vi irse un vagón lleno de terneras finas, muchas de ellas enfermas. He oído comentar a los hijos de Kate que la idea es dejar Santamaría sólo para cacao y tal vez, pronto, banano. “Son órdenes del técnico don Sergio”.

A mí ya no me hace gracia oír ese nombre.

“Diana, vea el periódico”, dijo Álvaro, un hijo de Kate, “volvió a salir eso de que usted se fugó de la casa y la siguen buscando. Con seguridad van a volver los detectives. Mire, no descartan la posibilidad de que usted esté muerta y su cadáver en el fondo del río. Diana, mi mamá me ha explicado que usted es diferente porque es escultora, y yo sé que su papá, cuando no le gusta algo, puede ponerse violento. Sí, se ha puesto violento con algunos peones. No es que sea un hombre malo, al rato ya se le pasa, es su carácter. Pero no me gustaría que supiera que la estamos escondiendo aquí. Por eso le propongo hacer un cobertizo todavía más arriba, en El Inocente, y que se vaya a vivir a esa finca. Le llevaremos sus piedras y sus troncos, allá no la van a buscar más, ya estuvieron varias veces; al principio en esa casa enorme no había nadie pero la última vez ya estaban los técnicos y entre cerveza y cerveza los policías hasta se quedaron a dormir. Pero a los técnicos no les gusta ver detectives merodeando y me dijeron con alivio que estaban seguros de que en El Inocente ya no la buscarían más. Dejemos que rebusquen aquí cerca del río hasta que se cansen; mientras tanto la tenemos a usted arriba, segura”.

El Inocente. El Inocente tiene cierto desperdicio: cacaotales viejos llenos de murmullos sordos como las iglesias. Y el resto, bosque primario, bosque virgen. A El Inocente vamos. Álvaro y otros dos hombres dejan mis piedras y troncos debajo de la casa. “Los técnicos se van a enterar, habrá que convencerlos para que me cubran”, le digo a Álvaro. Ando con el pelo en un moño y vestida con ropa de la hija

de Kate, nerviosa pero valiente, haré lo que sea para no regresar con mi familia. Álvaro me contesta que los técnicos no están todo el tiempo, que acaban de nombrar a un jefe de agrónomos y él es el que se queda la semana, los demás van y vienen, no tendrían por qué verme: "Hay una señora, se llama Beatriz, es la que limpia y cocina, ella es la única que tiene que saber. A este señor, el jefe, cómo es que se llama, jamás ni insinuarle que usted está aquí, ese de fijo le cuenta a don Carlos. Duerma en el cobertizo, se lo dejamos a prueba del peor temporal, y vaya a comer a la casa de Beatriz, así sólo ella la ve. ¿Le parece? Espéreme, ya vengo". "Sí, me parece", le digo y me siento en las gradas de la casa. Álvaro sube. Yo miro el cielo medio nublado, hace fresco, una brisita mueve las hojas, por trechos sale el sol. Me tiemblan las manos porque estoy casi segura de que el jefe de los agrónomos es Sergio.

Álvaro vuelve: "Doña Beatriz me dice que ninguno de los técnicos, ni siquiera el jefe, regresará antes de quince días, que usted puede ir a comer a su casa mientras no la meta en problemas con la autoridad. Diana, hay que darle algo a Beatriz".

Por dicha le robé plata a papá, espero que lo eche a cuenta de su propio descuido. Para alguien como él, que puede ganar millones de dólares en una semana y perderlos a la semana siguiente, los doscientos mil colones que le quité son boronas. Le digo a Álvaro que claro, compraremos el silencio de Beatriz. Saco unos billetes. Álvaro se los lleva. Cuando baja trae otra noticia: "Dice Beatriz que en el fondo de la casa hay un cuarto, no quiere que usted duerma en el cobertizo, en el monte, con tanta culebra. Que si usted sube por la cocina nadie la verá. Que ahí tiene las sábanas y ya le alista todo". Le digo a Álvaro que acepto, que seré discreta. Agradecida le doy también varios billetes y le digo "no me queda más". No es verdad, me queda aún. Pero mejor evitar tentaciones. Álvaro es muy honrado pero en períodos difíciles la necesidad hace al ladrón, la tentación al chantajista.

Álvaro se despide, titubea.

—No se preocupe por mí, Álvaro. Voy a estar bien.

Regresar donde mis padres, nunca.

Tomo mi bolsa pesada y camino. Abro la puerta despacio, con un "uuuuuupe". Doña Beatriz responde: "Paaaaaase".

El Inocente es un lugar sin pies ni cabeza. No hay río ni mar, solamente cacaotales abandonados y selva primaria. La selva es de lo más hermoso que he visto en mi vida. Junto a la casa hay un cedro tan enorme, tan alto, tan grueso y tan viejo que seguro vio llegar las naves

de Cristóbal Colón.

—En esta bolsa, doña Beatriz, tengo mis herramientas. Por ahora voy a meterme debajo del piso, allí donde Álvaro dejó unos maderos, y voy a trabajar. Qué suerte que las casas estén sobre pilotes altos.

—Es por las inundaciones, Diana. Y por las culebras. Porque hasta las montañas altas pueden inundarse con los temporales. Y las culebras bajan en nudos, qué feo.

VII

Dicen que Sergio tuvo con doña Beatriz el siguiente diálogo, o algo parecido:

—Disculpe que no le avisara de mi llegada, Beatriz. Usted sabe lo difícil que es comunicarse con El Inocente.

—Mire don, voy a hablar claro. Trajeron a una muchacha rarísima. Por un tiempo, dijo Álvaro, el hijo de Kate. Lleva días debajo de la casa dándole martillo a unas piedras y tallando unos maderos. Quédese quieto y ya va a oír. Le dimos el cuarto chiquito, sí, el de atrás. Si la güila le estorba le digo a Álvaro que se la lleve para el monte. Es que me da lástima que duerma en el monte, con tanta culebra.

—No, Beatriz, no me molesta. ¿Está debajo de la casa, dice?

—Sí.

Sergio se acercó sin ruido a pesar de las botas o fue que yo no lo oí porque estaba concentrada.

No, no lo oí, pero claro, lo sentí, si yo estaba segura de que el técnico superior en El Inocente iba a ser Sergio, pero no podía negarme este refugio ni desbaratarle los planes a Álvaro y a Kate. No tenían otro lugar donde esconderme, la señora de Penshurt no quiso cuando mencionaron detectives y que yo había vuelto a ser menor de edad. Los hijos de Kate querían meter en bolsas mis libros, piedras, tocones, cinceles y demás instrumentos, y enterrarlos, “así es más fácil esconderla” dijeron. Pero me opuse: “Si no tengo libros y no puedo esculpir, mejor me meten de una vez en el asilo de locos”.

—Dianita.

—Hola, Sergio. ¿Para cuándo pospusieron la boda vos y Magda?

—Diana, por favor.

—No me toqués, Sergio, porque te doy un martillazo.

—Dianita, oíme, creeme que no me voy a casar, la boda no fue pospuesta, fue cancelada, es Magda que dice pospuesta porque decir cancelada la humilla socialmente. ¿No lo entendés?

—No me interesa. ¡De cuentos estoy hasta aquí!

En el momento en que levanto la mano en el gesto de hastío Sergio me la atrapa. Sin ninguna violencia, suavemente, y me obliga a mirarlo. Yo bajo los párpados porque encontrar esos ojos, esas pestañas inmensas, es perder la voluntad. Y lo que necesito ahora es

toda mi voluntad, un gesto definitivo. “Diana, volveme a ver.” “No, no, dejame, ya me has dañado suficiente”. “Animalito chúcaro, yo debí desde el primer momento regresar a tu casa y explicarte por qué Magda decía lo de posponer la boda. Pero no pude, Diana”.

—¿Me tenés miedo, Sergio?

—Sí. Y me tengo miedo a mí mismo cuando estoy con vos y no me voy a casar con Magda por la simple razón de que te encontré, tengo sentimientos por vos muy extraños y hondos y estoy confundido. Te quitaron la mayoría de edad y eso también me asusta.

Miré a Sergio. Parecía sincero. Se hincó y besó la tierra por mí. Fue muy hábil porque derritió mi voluntad.

“Yegüita chúcara, mirame, voy a soltarte la cola”.

Sergio me suelta la melena, lo está invadiendo algo como paludismo porque no deja de temblar. Se le pone la voz de borracho cuando dice “Dianita”, y tiene ojos de borracho también, pero sé que no ha tomado. Yo podría hacer algo sano como pegarle con el cincel o con el martillo, que se caiga o se desmaye para que se asuste y me deje tranquila. O puedo hacer algo enclenque, enfermo, sumiso, como dejar que me levante la camiseta aquí debajo de la casa y busque mis pechos, que me desvista arriesgándonos a que nos vea doña Beatriz, y yo arriesgando mi seguridad y mi escondite. Cuando quedo sin ropa me tira sobre el piso de tierra compactada. Se pone a cuatro patas, empieza a husmear, a olerme. Con cuidado abre mi sexo y dice que nunca ha visto un sexo más hermoso, que debería ser fotografiado y exhibido, que por favor lo deje besarme exactamente allí. Y después me da una orden: “Masturbate”. Yo le digo que no sé hacer eso, que nunca lo he hecho. Sergio no me cree. Lo repito, me alzo de hombros y cuando Sergio ve que me estoy desinteresando, que me estoy aburriendo, que ya voy a vestirme y ponerme a esculpir, me dice: “Yo te enseño, Diana. Mirá, masturbarse es buscar uno mismo su propio placer”. “¿Cómo?” “Pues cómo va a ser, con los dedos. Primero voy a besarte, a chuparte, a poner ese clítoris grande aún más grande, listo para que vos lo toqués, lo amasés, le pongás tu saliva y cerrando los ojos e imaginando lo que más te excite, encontrés cuáles son los movimientos que te llevan al clímax. Mientras tanto yo te miro, te puedo chupar los muslos o los pezones, pero lo que quiero es ver cómo vos te tocás. ¿Sí, Diana?”

Le hago caso, es la primera vez que me masturbo y estoy muy excitada, no puedo cerrar los ojos, quiero verlo mirándome. Poco a poco voy encontrando cómo empujar al animalito, cómo darle vuelta, cómo restregarlo despacio para que suba la crecida de la excitación y por fin me vengo de una manera total. Sergio me tapa la boca para

que no grite mientras él se baja el zíper, se abre el pantalón y se pone encima de mí para penetrarme, me dice que los espasmos de mi vagina lo van a hacer venirse demasiado rápido. Sergio tiene un orgasmo enorme y me muerde el hombro para no gritar. Cae a mi lado. Y una vez recuperado su aliento anuncia en forma rimbombante que me ama.

Después del amor —lo ha dicho, lo puedo llamar así— me pongo la ropa y él decide que salgamos un rato a conversar, quiere contarme lo que va a hacer con la finca. Pero yo no quiero pasear ni conversar, se ha adueñado de mí la parsimonia. Voy a ponerme a esculpir para protegerme de la obediencia a Sergio, de esta insania como un gran pozo oscuro que es su cuerpo o el áspid avellana de sus ojos.

Sergio me sigue como si yo fuera simplemente a liquidar algo antes de ir a caminar con él, me sigue a donde está la pieza que estoy esculpiendo y mientras yo limo la forma, él busca en la bolsa de su camisa un cigarrillo. Se me cae el instrumento de las manos, es tanta la sorpresa:

—Sergio, vos fumando. Una vez te oí decir barbaridades contra los fumadores.

—No fui yo el que las dijo sino Magda —aclara Sergio mientras efectúa los gestos estereotipados del fumar que he observado desde niña en mi padre y en mis tíos y en sus amigos de tragos y voz ronca.

—¿Qué es eso que estás esculpiendo, Diana?

Yo no sé responder. Empezó como una bestia alargada, en madera, casi como un alebrije, mitad yegua mitad ave pero sin alas. Hasta que poco a poco me fui dando cuenta de que era un caballo saltando un obstáculo. ¿Cómo explicar?

—Pues parece un caballo saltando —le digo.

Sergio ha tomado el objeto y murmura: “Un caballo sí es pero ¿dónde está el jinete?”.

Sergio no es tonto. Un caballo saltando un obstáculo tiene jinete. Éste no. Podría ser un caballo sin jinete que se topa un muro y salta. Sergio se sienta en un tronco y, fumando, me mira esculpir.

Me digo a mí misma que podría haber un jinete. La pieza no está terminada.

Mi psicoanalista interrumpe:

—*¿Qué asocia a ese caballo?*

—Ahora lo asocio a una foto enmarcada que había en Bijagual. Era de Checho saltando un obstáculo cuando era cadete, en México. Pero en ese momento no tenía ni idea, no me acordaba de la foto.

—*Es una asociación que debemos retener para más adelante. Continúe, por favor.*

—Mientras limo la parte de atrás de la pieza pregunto: Sergio, ¿Beatriz siempre se queda a dormir en la casa?

“Cuando yo estoy no se queda”.

De ese modo estableció nuestros encuentros íntimos.

VIII

Cuando regresé a Santamaría ya habían pasado los detectives y los policías peinando la zona, por un tiempo iba a tener tranquilidad. Pero además estaba tranquila por otra razón y era una tranquilidad más inquietante que nada que hubiese vivido hasta ese momento.

Estaba tranquila porque creía haber conseguido lo que deseaba y ahora que lo había conseguido estaba cada vez más inquieta.

Casi no tenía tiempo para dormir porque además estaba esculpiendo seriamente, averiguando el humor del material. En tres semanas terminé dos esculturas: la del caballo alargado, a la que no le salió nunca jinete, y otra que era un pedazo de río detenido en el fluir. Quería tomar la más bella, la del caballo, ir a Limón y mandársela a mamá para que supiera que yo no era una floja, que yo trabajaba. Pero era un acto insensato, el correo o la encomienda les darían la pista.

"¿Conocés los corales?", me está diciendo Sergio con voz todavía amodorrada, con voz de hacerse el remolón, esta voz que tiene ahora Sergio parecida a sus ojos, tan distinta a la que tiene cuando está con Magda y tan diferente a la del primo mayor en las reuniones de familia. Una voz que Sergio hizo nacer para mí.

Es una mañana de sábado y estamos en el cobertizo. El sol a través de las tablas mal puestas nos dibuja rayas en la cara. No está tan bien hecho como Álvaro aseguró, cuando cae el chaparrón algunas cosas se mojan, tengo los libros y las esculturas envueltas en plástico. Sergio se está haciendo el perezoso, los sábados también tiene que levantarse temprano y dar órdenes, revisar las siembras nuevas. Preguntó por los corales y yo contesté "No". "Pues chiquita, te falta conocer la mitad del mundo. Esté lista a las doce", dijo y fue a bañarse a la casa de El Inocente y luego a trabajar.

Regresó antes, diciendo que el bote saldría más temprano.

Cruzamos el río Dos Lunas en silencio, solamente se oían los remos cortando el agua. Del otro lado tomamos un *pick up* al que le habían puesto sillas en la batea. Nos dejó en Cahuita. El pueblo tenía las calles de arena clara y casas amarillas, verdes, rosa, de arquitectura caribeña inglesa.

El mar era azul y verde, tranquilo como una laguna. En el

horizonte se alzaban olas de espuma blanca. “Esa es la rompiente del arrecife exterior”, me dijo Sergio, “apenas se oye porque está apacible. Vamos”.

La playa era dorada y el sol le sacaba reflejos. Al borde crecía la selva pero la vegetación era muy diferente a la de Santamaría: pétalos de colores cubrían los senderos y frutos que yo no conocía pendían de árboles marinos. Me eran familiares los ilán ilán porque había en Limón, pero no los majaguas ni los árboles de uva. De esos racimos morados me hizo comer. Amé de inmediato la playa de oro resguardada por la barrera del arrecife, amé ese mar encerrado que no escapaba, sin embargo, a furias y rabias, flujo y reflujo sobre la arena perfecta. Caminamos despacio. Soplaba brisa.

“Hay alisios”, dijimos al mismo tiempo. Sergio señaló: “Los jardines de coral empiezan allá”. La caminata era larga. La playa estaba cortada transversalmente por ríos rojos y helados que había que vadear, yo sabía que no estaban sucios por estar rojos, tenían el color té fuerte que dan las hojas del yolillo, esos ríos salen de los pantanos, de los yolillales. Tras el horizonte marino y dentado se acumulaban las nubes pero el sol brillaba sobre la línea de espuma del arrecife. Sergio corrió hacia un río. Por la posición supe que estaba orinando. Me arrodillé y abracé sus piernas abiertas. Al sentirme abrazarlo Sergio se volvió sorprendido y me mojó.

El escozor del líquido caliente.

Yo quería ese líquido. Me desvestí. Tomé su pene y lo obligué a dirigir el chorro contra mi cuerpo, iba a ser una orinada larga, Sergio no había orinado antes de partir, tenía para rato, lo supe por el olor y por el color. Lo sentí restallar contra mis pechos, contra mi cuello. Sergio estaba asustado y no quería, yo le rogaba que por favor siguiera, que me orinara la cara, la frente, el pelo, pero no quería. Por fin accedió, se enardeció y dirigió los orines hacia mí, yo le pedía que me mojara los labios, que me mojara la lengua. Sergio estaba cada vez más enardecido, “bueno, muñeca”, murmuró y con una mano me sujetó la cabeza y con la otra me dirigió el chorro hacia las mejillas, la frente, me llenó de orines los huecos de la nariz, después acercó más mi cara y me obligó a meterme el pene en la boca, era una delicia recibir esa catarata, el chorro me estaba ahogando pero yo no quería quitarme ni quería huir, y él cerraba los ojos mientras me decía “Así es, tragátelo, muñeca”.

De la delicia de sus orines bebí. Fueron tan grandes los tragos que caí en la arena. Me dormí, drogada por el amoníaco.

Sergio me despertó: “¡Si se va el sol no podremos ver los corales!” Nos tiramos al agua tibia y transparente. Nadamos hacia los corales

sin miedo ninguno. Llevábamos mascareta y esnórkel. El sol mostraba tantas cosas debajo del agua que yo me distraje: peces azules con franjas de oro, inmensas mantarrayas. Seguimos nadando, llegar a la segunda rompiente era un esfuerzo colosal.

Pero valía la pena.

Ante mí se abrieron las flores de los corales. Rosas duras, circunferencias chillonas. Nenúfares rígidos. Los secretos más firmes del fondo del mar. Crisantemos y pomas de los arrecifes. El mar estaba poblado de siembras anaranjadas, amarillas y rojas, calcáreas, pacientes, que se desplegaban al paso de la luz. Me deslicé entre ellas. Su color encendido me encandilaba. Empecé a inmovilizarme entre los corales. Yo era parte de ellos. Mi corazón nunca ha sido músculo, es inhumano, es arrecife y pertenece al mar.

Al rato, a través del agua, oí unas burbujas. Un brazo impaciente quiso golpearme, entonces me moví. El brazo me quitó el esnórkel y me empujó hacia arriba, a la superficie. Pero yo seguía sujetando las rosas duras mediante el cable tenso de la memoria.

Sergio, no me explico cómo, flotando y sosteniéndome empezó a darme respiración, y sería el contacto siempre vivificante de sus labios, de su cuerpo desnudo y anheloso, lo que me separó del sueño. ¿Qué me pasaba?

—No sé, tontita, parece que el coral te hipnotizó.

—¿No podemos descansar aquí, sentarnos en el arrecife?

—No. Si un coral te rompe la piel se te mete una infección del carajo. Más si es un coral de fuego, y aquí hay muchísimos. Mirá, son esos en forma de rosa amarilla.

Yo estaba exhausta. El sol se había ido, el mar se revolvía, las corrientes levantaban velos de arena, los nubarrones estaban manchando el aire y aunque estuviera agotada había que volver, había que nadar.

El regreso me pareció mucho más corto. Como a la media hora tocamos arena, salimos a la playa. Llegué y me desmoroné. Me dormí.

Cuando desperté Sergio estaba sentado acariciándome la cabeza como si yo fuera uno de esos troncos lisos que el mar vomita. Había mucho viento, pero coincidimos en que no parecía ser un temporal.

—Y sin embargo el mar se puso insolente. Va a arrancar esas palmeras que están en la orilla —dije.

—Siempre lo hace. Las arranca y ellas se retuercen y encuentran el modo de arraigarse de nuevo.

—¿Por eso es que están todas acostadas y contorsionadas?

—Sí. Movámonos hacia arriba, la marea está subiendo.

Sergio me arrastró hacia un lugar más seco rodeado de arbustos

con flores cerca de un manglar. Me sentía renovada, completamente dichosa. Me dije: ha llegado la ventura a mi corta existencia. Si los dioses existieran estarían aquí.

Sergio me besó despacio y largamente, me dijo que había sido un día perfecto pero había que apurarse a coger el *pick up*.

La perfección tiene límites: mientras atravesábamos el pueblo Sergio estaba muy raro. No habló. Supe que tenía que ver con la escena del río.

Cuando tomamos el *pick up* y el bote de regreso, Sergio tenía muy extraños los ojos. Me arrimé a él y le dije "¿Te sentís mal?" No quiso contestarme. Miraba fijo el río Dos Lunas. "Sergio, si lo que hicimos no es nada, quiero decir, es muchísimo pero no importa, lo hicimos por amor".

Por qué estar tan segura de ese amor, por qué dar por descontado que Sergio siente lo que yo siento. Se fue a una esquina de la lancha. Lo seguí. Mirando el río, sin voltearse, murmuró: "No es que yo no haya hecho antes esas cosas, Dianita. Sí las he hecho".

Me tapé la imaginación con la mano para no ver lo que me revelaba. Entonces se dio vuelta y en voz muy baja pero devastadora para mí, me dijo: "Casi todos los hombres las hemos hecho. Yo también, pero no con alguien como vos".

La frase que me estaba saliendo no era mía pero de esa hora en adelante en ella me reconocí: "Si solamente las putas lo hacen yo debo ser puta, porque me gustó. Pero no podría hacerlo si no te quisiera".

—¿Por qué me querés, Dianita?

Recordé un libro que estudiamos en el colegio, se llamaba *El diario de Ana María* y hablaba de que el primer amor solía ser total. Pero no dije nada. Sólo dije: "Vamos a la casona de El Inocente. No quiero ir al cobertizo".

Porque lo que habíamos empezado tenía que ir hasta sus últimas consecuencias. Por supuesto que entonces no lo pensé así. Nada más recuerdo que estaba en trance y que tenía ganas, grandísimas ganas.

El Inocente, extemplo del abandono que ahora Sergio maneja con sus agrónomos. Ese sábado les tocaba trabajar, los encontraría.

Cuando llegamos allá estaban, tomando cerveza y discutiendo en la sala del comedor, en el centro una mesita con bocadillos. Eran un administrador de negocios y un ingeniero, tal vez mayores que Sergio, pero Sergio era la máxima autoridad.

Entré a la casa en *shorts*, con él de la mano. Me descalcé. Sergio fue un momento al cuarto y luego regresó. Nos sentamos con ellos. Quién sabe qué efluvios despedíamos porque ¡cómo nos miraban! Sergio fue a servirse un wiski. Ellos hablaban de cultivos pero mi cuerpo

acaparaba su atención. Cómo no, si había echado la silla hacia atrás y había puesto las piernas sobre la mesita. Regresaba del mar llena de Sergio y con unas ganas inmensas de ofrecerme. Quería mostrarles mi cuerpo transformado, embellecido por los orines de Sergio que no se habían borrado a pesar del mar, los corales. Era un deseo religioso porque lo que yo había hecho era sagrado, beber sus líquidos calientes. Necesitaba compartir la eucaristía.

Pasaron a conversar de otras cosas. Abrí las piernas. Mis pantalones cortos no eran ajustados y ellos miraron el calzón diminuto y adivinaron mi sexo o quizás lo podían ver. Pero el vórtice de mis sensaciones estaba en mis pechos. Los sentía hinchados, erectos, hipersensibles, bañados por los líquidos internos de Sergio, llenos de él, de su lengua, de su boca, del germen de su violencia. Afuera las ráfagas eran cada vez más fuertes y uno de ellos dijo: “Va a haber tempestad”. “Sí”, dijo el otro, “el río estaba limpio pero crecido”.

Lo que estaba crecido eran mis senos. Me abrí los tres primeros botones de la blusa y mis pechos saltaron —no andaba con sostén—; mi sexo, que se había dilatado, se asomaba fuera del calzón diminuto. Abrí más las piernas. Pero qué le pasaba a Sergio que no venía. Se oía cada vez más fuerte el viento gemir. También oímos la ducha. Entonces Sergio había decidido eliminar las trazas de la tarde antes de sentarse con nosotros y disfrutar el wiski que se había servido. Yo, al contrario, quería aprovechar esas trazas, continuarlas, compartirlas, vivir en ellas. Me abrí los últimos botones de la blusita. Los dos hombres seguían conversando sin dejar de mirarme. Su hablar se iba haciendo más espaciado, reían nerviosos. Me acuerdo de que llevo cola y me suelto el pelo. Uno de ellos dice algo sobre el largo de mi pelo. El viento se ha puesto fuertísimo. “Vale que no hemos sembrado”, dice el más joven de los dos.

Cierro los ojos sacudida por el inmenso deseo de ofrecerme, un deseo que me aplasta. Cierro los ojos y me muevo para que la blusa se abra completamente, separo las piernas más para que puedan ver mi sexo, que pide que lo toquen con la mirada. No me bastaba con Sergio y la manera en que Sergio me respondía. Por primera vez sabía que mi cuerpo estaba, era muy hermoso, y necesitaba que otros lo descubrieran y lo tocaran, que lo compararan con seda. Necesitaba darme, pero necesitaba sobre todo la mirada de Sergio.

Cerré los ojos internamente convulsionada.

Era sábado, la cocinera no iba a venir. Teníamos toda la privacidad del mundo.

Internamente socolloneada, casi desquiciada por el deseo espantoso de exhibirme, cierro los ojos y me muerdo el labio inferior.

Ellos están contándose chistes subidos de tono, yo me quito el pantalón corto y me quedo en calzones, estos calzones diminutos que todo lo muestran. Uno de ellos pone la mano sobre mi rodilla. Vuelvo mis piernas hacia él y las separo aún más, todo lo que puedo, le doy a ver. La ducha ya no se oye, pronto Sergio vendrá.

El hombre desliza la mano por mi pierna, acaricia el muslo, aparta despacio y con delicadeza el calzón y hunde su dedo en el pantano que lo llama, que ya está teniendo pequeños espasmos al sentir su dedo. Saca el dedo, cierra los ojos, lo huele, se lo chupa, yo también cierro los ojos para acatar la orden interna de darme, de que me toquen estos globos tensos que son ahora mis pechos, el otro hombre lo entiende porque se acerca y los aprieta y se prende a un pezón. Eso hace que el primero meta ya no un dedo sino tres en mi sexo que al sentir la succión en los pezones parte en espasmos, palpita. Abro los ojos. Le ruego al de los pechos que los apriete durísimo, que me muerda los pezones. Y ya no puedo contener las ganas de entregarme porque sé que Sergio está recostado contra el marco de la puerta, viendo.

Sergio tiene que entender que este es un acto sagrado, la eucaristía, la prueba máxima de mi amor por él.

¿Entenderá?

Me estoy entregando a estos dos hombres, Sergio, de tanto que me diste, de tanto que por vos no puedo hacer otra cosa.

Y me tiemblan los párpados de dicha. Nunca nadie me contó, nunca nadie me explicó, que el sexo podía ser un pozo de dicha.

El hombre me está quitando despacio el calzón y se está desvistiendo, se quita la camisa, se quita los *jeans* y las botas, acerca sus labios a mi sexo liberado. Cuando siento sus labios, su lengua, quiero morirme de felicidad. El segundo también se está desvistiendo y el olor potente de la transpiración de ambos llena la estancia. Me levanto de la silla, estoy de pie con las piernas separadas. El segundo se termina de desvestir y quiere mirarme. Pero le pido que se tire al piso. Y entonces me pongo de cuclillas y coloco mi sexo sobre su cara, siento su nariz entrar en mí como un pequeño pene, me muevo despacio para que su nariz roce mi clítoris, lo que Sergio me enseñó hace poco. Luego bajo hasta su boca. Su lengua larga, dulce, caliente, recorre mi sexo y entra en mi vagina.

Mi vagina está lista, chorreando. Me acuesto en el piso, abro las piernas y le pido, le ruego que las separe lo más posible y luego se hunda en mí pues acabo de tener un orgasmo terremoto, mi sexo se mueve en espasmos infinitos, mi vagina también y necesito una verga como la suya para no volverme loca. El tipo me penetra con

movimientos delicados primero, después se enardece y empuja, ha perdido el control y me embiste tan fuerte que me duele pero me da inmenso placer. El primero me está chupando los pezones, tocando los muslos. El que está dentro de mí llega al clímax con un gemido largo.

Sigue el otro. El deseo feroz, las ganas de mostrarles mi cuerpo por dentro y por fuera y que lo usen y hagan con él lo que les dé la gana es un mar que me llena de suprema alegría, un mar que bate por dentro, pega y restalla contra las paredes de mi interior, ellos ahora están tan cerca que deben oírlo porque el primer técnico me está abriendo los labios mayores y menores y dando a ver mi más profunda intimidad. Las olas de este mar rompen contra mis sienes. El segundo hombre se apoya en el suelo con las manos para entrar mejor en mí, yo tengo los ojos cerrados, los abro luego para ver su cara, me besa, me muerde los labios y yo le digo con una voz que no es mía pero que desde ese momento voy a reconocer como propia que por favor me hable, me diga qué siente.

Sierva del Señor.

Sergio no se ha despegado de la puerta y no ha dejado un minuto de mirar. Y cuando este hombre termina, Sergio viene y me levanta. Entonces le ordeno a Sergio, vestido y recién bañado, que se eche al suelo. Y como tengo ganas de orinar, me pongo en cuclillas sobre la cara de Sergio y lo orino, le dejo caer un chorro grande en la boca, le orino la camisa, voy bajando en cuclillas y lo orino entero, a los otros chavalos esto les revive la erección, uno de ellos me vuelca, me sostiene las piernas muy muy separadas para que el otro me penetre así, me duele pero me gusta. Sergio se quita los pantalones y cuando el muchacho termina lo aparta violento y entra en mí con furia. Sergio está ciego, yo sudo a mares, tengo el pelo empapado pero deseo que continúe, no me importa el dolor de mis piernas abiertas y de sus embestidas. Al rato el que me ha sostenido las piernas las suelta y empieza a preocuparse: “Dejala, Sergio, ya está maltratada y qué vamos a hacer, qué vamos a decir, es la hija de don Carlos”.

Me dolía, sí, pero el placer era aún más hondo y más espantoso, Sergio seguía, eyaculaba y no se le iba la erección.

Los otros dos le agarraron los brazos y lo obligaron a parar. Después trajeron toallas y me limpiaron, pusieron a calentar agua y me aplicaron paños calientes en la vulva, en los pechos. Una vez limpia trajeron ungüentos veterinarios, decía “Descongestionante”, “Desinflamante”, con dedos suaves me los untaron en la vagina. Me metieron en la cama de mi cuartito y fueron por los trapos de doña Beatriz para limpiar la sala.

Al día siguiente me dolía terriblemente orinar y caminar. Le

dijeron a doña Beatriz que yo tenía un resfrío y me cuidaron poniéndome sus ungüentos hasta que en dos días el dolor se alivió. Ellos tuvieron que irse antes, Sergio se quedó a mi lado hasta que pude orinar y caminar normal.

—¿Por qué lo hiciste, Diana —me preguntó.

—Porque lo necesitaba. Fue delicioso. Volvería a hacerlo muchas veces.

—No, no es posible, Dianita.

—Sí, porque lo que lo hizo maravilloso fue que lo estabas viendo, fue para vos, porque te amo con toda mi fuerza, Sergio. Lo que pasó es tuyo.

—No, es que no puede ser, Diana.

Por más que yo lo deseaba, la escena nunca se repitió y los dos hombres, empleados de mi padre, fueron de una discreción total.

Mi psicoanalista tose, como hace a veces antes de intervenir:

—Es fuerte su relato y le agradezco que me lo haya dado así, sesión tras sesión. Me dice usted que se entregó a esos hombres por amor a Sergio y que le hubiera gustado hacerlo muchas veces más, con Sergio viendo. Pero sólo una vez lo hizo. Ahora dígame, ¿cómo se sintió después?

—¿Después de qué?

—Después de haberlo hecho, cuando le dolía todo y no podía caminar ni orinar.

—Pues me sentía feliz. Muy agradecida. Muy dichosa. Privilegiada.

—Pero la perturbaba algo, me dijo también.

—Sí, que Sergio no entendiera esa forma de darle el amor. Como en efecto no entendió.

—Por el acto en sí usted no sentía ningún malestar o arrepentimiento.

—Ninguno, al contrario. Era como una fiesta. Mi felicidad. Lo hubiera hecho mil veces si hubiera podido…

—Y es el acto que busca repetir ahora al entregarse a sus colegas.

—Yo no sé. Usted dirá cuando termine de contarle la historia.

VIII

Sergio y yo como prófugos vivíamos escondiendo el amor entre Santamaría y El Inocente pues si al principio él tenía a cargo sólo la finca alta, ahora supervisaba también los cambios en la otra.

Era un amor dichoso. Sólo necesitábamos canfín y garrapaticida, no acercarnos cuando estaban los técnicos, y la discreción de los peones. Esa yo la compré.

A Kate la situación la incomodaba mucho, pero aquí también era un asunto de lealtad. A Magda no la conocía. Sergio le había explicado que ya no se casaba. Kate a mí me quería, había sido mi nana, me había ayudado a crecer paliando carencias.

Me he transformado en un animal de río y me muevo como en ondas y siempre sonriendo porque estoy perdidamente enamorada. Kate lo descubrió por mi impaciencia: cuando no están los agrónomos en Santamaría ella y yo disponemos la cena juntas, luego yo miro el reloj y la despido urgida, a ella le parece raro que la despache así, lo sé por su mirada. Cierro con trancas las puertas, menos la que Sergio usa, lo espero deshecha, como un zombi, recibiéndolo luego dócil como un junco. Sierva del Señor.

Kate me ha ayudado a ocultar de mi familia y del mundo este amor desarrapado. Pero no le gusta. Cuando estamos él y yo solos en la casa de Santamaría Kate no va a limpiar, sólo a cocinar. Y un día nos descubrió. Sergio había terminado temprano y estábamos haciendo el amor apasionadamente. Sergio se puso de cuclillas y me pidió que le pasara despacito la lengua por el ano. Lo hice. Después fui y hundí el pulgar en un pote de vaselina y se lo metí en el culo, allí donde los varones sienten placer. Sergio gritó: “¡Sí, sí!”, y en ese momento me di cuenta de que eran las seis, la hora en que Kate llegaba a preparar la cena, y nos estaba viendo. Enseguida se fue, pero estoy segura de que pensó que lo que hacíamos era horrible y que yo había agarrado un mal camino. Estoy segura de que eso pensó porque una mañana, días más tarde, llegué sin hacer ruido cuando ella estaba inclinada lavando ropa y murmuraba insultos en español e inglés. Me detuve para entender lo que decía, que la alteraba porque le daba durísimo a los trapos: “Es un cabrón. *De bugger*. He visto cosas que no debería porque los pillos, sabiéndose seguros, ya no ocultan nada. Ay lo que hacen,

Jezes Christ, si Diana acaba de cumplir dieciocho, dónde habrá aprendido…”

Estamos en Santamaría. Me desperté cuando Sergio salió. Lo seguí. Había una luna llena, grande y acuosa. Sergio bajó las escaleras de la casa y se fue gesticulando, como hablando solo. Yo volví a la habitación. Dormí poco pues al rato oí a Kate gritar repetidamente: “¿Quién anda por ahí?” Me levanté, fui a ver. Sergio daba vueltas y Kate lo observaba. Por un rato los miré de lejos, algo decía Sergio pero no lo pude oír; me agarró sueño y regresé a la cama y me dormí tan pero tan profundamente que ni me di cuenta cuando Sergio regresó y se acurrucó a mi lado. Amaneció abrazándome.

IX

Cuando la policía me rodeó y me empezaron a decir: “Putita, qué hacés aquí con tu cabro, tenés aquí el putero”, señalando el cobertizo, ni me molesté en defenderme. Pronto Sergio vendría a cerrarles la boca, a decirles que era mi novio y se iba a casar conmigo y eso me haría mayor de edad. Imaginaba sus piernas fuertes y duras avanzando para sacarme de las frases obscenas y las provocaciones de los policías que estaban a punto de apresarme para devolverme a casa de mi familia.

Era una mañana fresca de febrero, una mañana de fin de temporal. Todavía todo estaba barrialoso. Al mismo tiempo que la policía, una bandada de piapias rodeó el cobertizo y su hablar incesante y sus pechugas blancas y abombadas me distrajeron. Tenía que ganar tiempo porque Sergio no podía tardar. Andaba revisando los estragos del viento y de la lluvia. Esa mañana nos habíamos besado mucho y luego Sergio había tomado mi cara entre sus manos y me había dicho: “Dianita, esto es amor. Fijate bien para que luego lo podás reconocer”. “¿Cómo, luego? Sergio, yo solamente este amor voy a tener, el tuyo”. Sergio me había apartado un poco murmurando no sé qué sobre el poder de la infancia, luego enroscó mi pelo largo alrededor de su cuello y me dijo que sabía que nuestro amor era total, no tanto por él aunque sí me quería, claro, sino sobre todo porque siendo yo muy culta era una criatura totalmente salvaje, abocada a todos los extremos. Y que eso a su modo era una perfección. Pero a mí no me interesaban las definiciones que últimamente había estado pergeñando Sergio, antes tan torpe en el decir. A mí sólo me interesaba su promesa de que, mientras nos amáramos, estaríamos juntos. Sergio había consultado su reloj musitando que lo esperaba Pirú en el bananal y se había levantado de la cama. Como siempre, yo me aferraba a sus piernas, a su olor, y abrazándolo iba con él a la palangana que nos hacía de bacinilla porque estábamos en el cobertizo y allí no había baño. “Diana, hermosa, movete que me estoy orinando, voy a orinar”, “pero si no te lo impido”, le decía yo adorando esa posición suya, una mano sosteniendo el pene y la otra en la cadera, la cabeza inclinada y pensativa y luego el chorro fuerte contra la palangana.

Cuando a Sergio le empezaba a salir el chorro yo entreabría los

labios y los acercaba y bebía, y entonces se apoderaba de él una especie de vértigo y después de orinarme entera hacíamos el amor. Y como eran días de trabajo, después de hacer el amor ni tiempo le daba para ir a bañarse y salía corriendo y yo me quedaba horas en una esquina disfrutando su aroma de amoníaco y zorrillo, esperando no ser descubierta. Al rato pensaba que podía perfectamente ir a bañarme al río pero una especie de agobio me lo impedía, una piedra que me trituraba, me doblaba, porque ese amor era demasiado grande para mis escasos años y para mi estructura física a la que le faltaba crecer, desgarbada y flaca; por fin reunía la fuerza y me iba corriendo al río sin saber si me iba a bañar o me iba a morir. A veces no me daba para llegar al río y me echaba cazos de agua del depósito que teníamos junto al cobertizo. Esas ceremonias de quitar de mi piel sus células más íntimas, las más internas, me sosegaban.

Pues esa mañana particular en que llegó la policía, habíamos hecho el amor a pesar de que lo estaba esperando Pirú, a quien yo había oído preguntarle: "¿Por qué putas te enculaste con la hija de don Carlos?" Lo de encularse no me había gustado nada, ¿por qué Pirú no se daba cuenta de que estábamos enamorados? Y esa mañana particular antes de que se fuera yo le había pedido que se quedara conmigo para siempre. Y él me había dicho: "Por mí sí, pero sos menor de edad". "Al casarme tendré la mayoría de edad". "Loca Diana, tu papá no querrá autorizarlo". "Ay, Sergio, no lo conocés, papá estaría más que feliz con nuestro matrimonio".

"Bueno, mi amor, más tarde hablaremos de eso".

Y se había ido al bananal a encontrarse con Pirú. Todo esto recordaba yo mientras la policía me rodeaba y se acercaban más y más y pateaban y desmantelaban mi cobertizo.

Estaba segura de que Sergio, al saber lo que pasaba, correría a mi lado.

Pero no apareció.

Me llevaron esposada a la cárcel del puerto. Pensé que llegaría a la cárcel pero no llegué.

Esposada y vigilada en el último vagón del tren me llevaron a la capital y me dejaron en mi casa, a la que había jurado no volver. Y en la casa no solamente no estaba Sergio sino que su nombre ni siquiera se mencionaba. Tampoco me llamó. Pensé que el teléfono estaría desenchufado, o tal vez descompuesto.

Por fin como a las diez de la noche apareció. Me saludó de beso en la mejilla, distante. Papá le dijo: "Ahora te tenés que casar con Diana. Ya me han informado de todo lo que ustedes hacían y la única manera de tapar la deshonra es que te casés con ella".

Sergio asentía. Sin mirarme.

A la semana siguiente llegó Kate. Les dijo en casa que el motivo de su viaje eran asuntos del seguro que sólo se podían gestionar en la capital y que cómo no iba a venir a saludarnos y a dejarnos unos sesos vegetales (ella les llamaba ackee).

Pero lo que en realidad quería era hablar conmigo a solas. “Vos estabas dormida, Diana, esa noche de luna. Yo oí a alguien que caminaba frente a la casona y hablaba, creí que eran cuatreros dándose instrucciones para llevarse alguna bestia. Entonces salí y no había ningún ladrón, el que estaba allí era Sergio. Daba las grandes zancadas del que está nervioso y habla consigo mismo. Hablaba de vos, Dianita. Tengo muy buena memoria y habló más o menos así:

“Estoy cansado de ser el objeto de amor de esa mocosa que pareciera instruida en un burdel, el tío Carlos me perdone. Está subiendo la luna que me hace pensar en la piel de Magda. Y añorar su recato. Magdalena que nunca sabrá, a quien nunca diré los profundos placeres que me entrega la hija de tío Carlos. Pero Diana no es para mí. Yo no la entiendo. Hace unos días, luego de hacer el amor —es la hembra más caliente que he conocido— me dijo pedante: ‘Sergio, no hay nada más subversivo y devastador que el amor y el sexo juntos’. Yo no contesté. ¿Subversivo? ¿Devastador? Puña, ¿qué iba a contestar si para mí es todo todo lo contrario? Yo me doy a Diana —y lo disfruto, cómo lo disfruto— porque en el fondo no la quiero, aunque le haya dicho mil veces: te amo. No, no quiero a Diana”.

Al escucharla me puse a llorar porque sí, Kate no me mentía, esa era la manera de hablar de Sergio. Pero después una fuerza desconocida me salió del corazón y me dije que Kate estaba inventando, que estaba escandalizada por nuestra sexualidad y quería alejarme de él. No, yo no podía renunciar a Sergio ahora que por fin lo tenía. No, no iba a renunciar a él. Fuera cierto o no lo de la noche de luna, sería mi pareja.

Kate ha entrado con una palangana en la que flotan lirios silvestres del bordemar porque soy una novia marina. Kate está muda y continúa muda mientras le pasa lentamente todos los lirios a la peinadora.

Junto a mi oreja izquierda dejan un sitio libre para una flor de ilán que Sergio traerá más tarde, en el último momento. Sergio exigió esa flor y que los cabellos fueran sueltos y simples, apenas ligeramente trenzados para sostener las flores.

“Yo te mecí junto a los pantanos”, dice por fin Kate, “te arrullé

junto a los yolillales, con el rumor estancado del agua suamposa. No ibas mucho a la playa porque las llanuras de tu padre están hacia adentro. Oíamos, sí, las olas fúricas en las tardes o las noches de llena. Eso de novia marina es cosa de Sergio. Igual que lo de la flor de ilán".

Kate se queda en el cuarto hasta que terminan de vestirme y arreglarme y mejor se fuera: me angustia. Porque tiene en los ojos, en lugar de la alegría reinante, una gran congoja. Pero no se va. Cuando la peinadora termina y sale le pregunto a Kate si está triste porque me caso a pesar de lo que dijo Sergio. Me responde que no es solamente porque me caso con un hombre que no sólo no me quiere sino que me desprecia. Dice que lo que le da más pesadumbre y lo que más triste la pone es que me estoy casando por amor. "Ninguna mujer debe casarse por amor", me dice, "eso deja a las mujeres desprotegidas".

—Yo creía que era al revés.

—Usá la cabeza un poco —me dice la mulata—, ¿no has pensado en por qué les prohíben a las hechiceras y en general a las mujeres sabias o sacerdotisas casarse o tener hijos?

—¿Quién se lo prohíbe?

—El orden del universo, Diana. Porque el universo tiene un orden.

—Kate, Katecita, ¿qué hago? —le pregunto en un arranque de lucidez. Es como si se hubiera iluminado una parte de mí que estaba a oscuras, y esa parte sabe, de alguna manera, que la mulata tiene razón y siempre la tuvo.

—Me parece que tenés que salir corriendo inmediatamente.

Me quito el vestido de novia y lo escondo. Me arranco los lirios, el velo, toda la parafernalia nupcial. Me lavo la cara. Me pongo mis bluyines y una camiseta. Salgo de la casa subrepticiamente, aprovechando que todos están con la atención puesta, no en mí sino en mi boda. Se van a la iglesia y no notan que yo no voy en el auto. Y si lo notan pensarán que me fui con Sergio, aunque no lo vieran pasar a la casa.

Cojo un taxi que me lleva a la iglesia. Ahí están todos. Me escondo en un confesionario.

Quiero ver mi *dérobade*. Qué raro, sólo lo puedo decir en francés.

La boda pone a papá ceñudo. Mamá en cambio tiene una expresión de alivio.

Llega Sergio. Sin mí. Trae en las manos una flor de ilán y un paquetito: los anillos de boda. Lo acompañan su padre y su madre. Llega el abogado, que hará el acta notarial —fui de nuevo emancipada — y sale al altar el cura.

Llegan los invitados. Las niñas que no sostendrán la cola de mi

vestido. La que no llevará las arras. La que lleva el ramo de flores que no tiraré entre las asistentes.

La espera se alarga y se alarga. Mamá está palidísima. Sergio ya se dio cuenta de que lo planté. También lo sabe Pauli Tazio.

Esperan más aún. Luego mandan un carro con un chofer a buscarme a la casa.

El chofer, un empleado de papá, regresa y les dice que en la casa no hay nadie.

Todos se van yendo poco a poco. Cuando el cura desaparece yo salgo del confesionario y me vuelvo a escapar. Mi segunda *dérobade*.

Kate y yo llegamos a su casa en el Caribe casi al mismo tiempo. Ella me pidió perdón y lloró de alegría. A la semana llegó papá a buscarme, con un billete de avión. Me dijo que viajaría lejos, a Bélgica, a un colegio donde sacaría el bachillerato internacional.

De la panza vacía me brotó el hambre. Era un aviso. Iba a vivir. Tal vez ya nunca más volvería a ser dichosa, pero iba a vivir. Me dije que con vivir sería suficiente. Claro, para las primeras noches, para el tiempo del duelo y del olvido, al llegar a la casa en la capital vacié el botiquín de mi padre que era adicto a las drogas recetadas: Ecuanil, Valium, Librium, Surmontil, Calmavén, Pacitrán, Buscopax. Y al día siguiente Pauli me vino a dejar cajas de antidepresivos y benzodiacepinas. ¡Cuánto se lo agradecí!

Fueron altas las dosis que tomé. En el colegio de Bruselas pasaba durmiendo pero lo echaron a cuenta de la diferencia horaria —*le décalage horaire*—, la aclimatación. Al trauma de haber sido libre y encontrarme interna.

Al mes pude reducir a la mitad los antidepresivos y tranquilizantes. Recuerdo que una mañana desperté. Desperté, como si hubiera estado dormida el tiempo precedente. Era mayo, estábamos en primavera. El sol entraba al cuarto que compartía con otras dos chicas. Una de ellas me dijo: "*Bonjour!*" y yo pensé: qué voz tan agradable. Me senté en la cama a disfrutar la sensación de olvido, de no dolor, temiendo que si me agitaba, si me movía mucho, desaparecería. Pero no se fue. Me quedé en la cama devolviendo el buenos días y recibiendo luz.

Pasaron las semanas y la conservé, la bendita sensación de anestesia. Concluí que las drogas que estaba tomando eran curativas, cicatrizadoras. Hablé con la directora del colegio, me ayudó a sacar cita con un psiquiatra. A él le conté mis problemas y le pedí más antidepresivos y más ansiolíticos.

Si para mí antes el mundo había sido río, montaña y mar —Santamaría, El Inocente, Cahuita—, ahora tenía que acomodarme a la

amable apretazón de las metrópolis europeas.

Papá había seleccionado cuidadosamente el colegio: ni caro ni barato. A esa institución de obra decimonónica y buque oscuro me hicieron entrar para que olvidara los paraísos verdes y brutales. Porque de Sergio amaba los ojos, la boca, las piernas, su estampa viril, su modo de caminar, amaba las cosas que quería que me dijera y no me decía, amaba su piel, pero lo que más amaba eran las cosas calientes que tenía por dentro. En Bruselas busqué los más viejos edificios. Sentada en las iglesias, casi catatónica, sumida en las naves profundas, en el silencio estentóreo de las catedrales, supe la verdad: desear las sustancias internas, calientes de la otra persona, ya fuera el amante, el amigo o el esposo, era el peor pecado.

Pasé tres años dedicada a omitir de mí ese amor. Fueron tres años realmente agotadores. Hasta que cumplí veintiuno.

Cerqué con alambre de púa —no habían inventado aún el alambre navaja— y con alambre eléctrico de alto voltaje mi pasado sexual y las partes que con él colindaban, como el río Dos Lunas, la rompiente caribe de los arrecifes. Y el amor.

Ese primer empeño de supervivencia fue tan hondo, tan fuerte y duradero que años después, si alguien hipotéticamente me hubiera preguntado por Sergio, me hubiera quedado extrañada, sin reconocer el nombre, y sinceramente le hubiera contestado: "Perdón, ¿quién?"

Mi psicoanalista interviene:

—*Esta historia con Sergio es importante. Y sin embargo hay algo detrás de todo que no concuerda.*

—¿Qué no concuerda?

—*No veo suficientes razones para que usted huyera de su casa a la finca. Esa necesidad casi compulsiva de irse de su casa es… ¿cómo expresárselo?… un llamado de atención. En el sentido de que las razones que usted da no la justifican. Al menos no plenamente.*

—Sergio me despertó una enorme intensidad sexual y dormir con el cuerpo excitado en la misma habitación que mis hermanos menores era muy incómodo. Y además no me gustaba la violencia de papá.

—*Usted sólo me contó una escena de violencia, la de los empujones. ¿Hubo más?*

—¿Más empujones?

—*Empujones, golpes, usted sabe a lo que me refiero.*

—No. Pero me encerraban con llave.

—*Y usted se escapaba con facilidad.*

—Y después me pusieron doble llave.

—*Lógico, ellos eran los responsables si a usted le pasaba algo.*

—Pero es que yo sabía que yo no les importaba. Era pura

apariencia, un *show off* social. Sólo para regañarme me requerían. Para tratar de que yo fuera la chica modelo.

—*No sé. Yo creo que hubo algo más que la impulsó a usted a salir de su casa. Pero parece que usted no lo sabe de forma consciente. Algo antiguo, anterior. ¿Usted terminó el colegio en Bruselas?*

—Sí. Pasé meses en Londres y después me fui a Francia. En la universidad de París VIII me gradué de geógrafa. A Francia llegué por Katell. Me enamoré de ella y después de Shoan.

—*¿Eran madre e hijo?*

—No y sí.

Mi psicoanalista empieza la sesión:

—*Dígame, cuando vivía en su casa, ¿pasó algo en ese cuarto, con sus hermanos?*

—Claro, que a mí el cuerpo se me retorcía al pensar en Sergio o soñar con él y me daba vergüenza.

—*Quiero decir si sucedió algo* entre *sus hermanos.*

—Algo, sí, pero no me acuerdo bien, lo tengo borroso. Ahora quiero decirle que esta semana me fue pésimo en la gira. Terrible. Fatal. Del todo, del todo no dormí. Me paseaba desnuda por el corredor frente al cuarto de ellos. Los oí bromear un rato y después dormirse. Imagínese el riesgo que corrí, si oyen mis pasos y abren la puerta quedo frita.

—*¿Qué hubiera pasado?*

—Me les hubiera metido y me habría sentido saciada, satisfecha, feliz. Y después sin trabajo.

—*Pero suponiendo que a ellos les hubiera gustado, ¿por qué razón la iban a delatar?*

—Delatar no. Se les saldría. Son machos latinos, alardean. Cuentan. Y las bolas corren. Los directores de la ONG se enteran de lo que hice y me despiden del trabajo. ¿Sabe usted? Creo que tenderme en su diván en lugar de aliviarme me empeoró.

—*Puede que tenga que ser así.*

—Pero yo vengo al diván buscando curarme.

—*El psicoanálisis es lento. Si quiere sentirse mejor rápidamente vea a un conductista, busque otro tipo de terapia.*

—Es muy raro. El diván me ha puesto peor pero también me alivia. Voy a seguir. Hoy quiero hablar de Londres y de Katell. Fue un cambio total en mi vida. Así tal vez recuerde lo que pasaba en el cuarto.

—*¿Y por qué no le pregunta ahora a su hermana Vanessa?*

—Porque Vane está con unas depresiones terribles. No puede ni siquiera hablar.

—*¿Cuándo le empezaron esas depresiones a su hermana?*

—Ella nunca me quiso decir. Su marido —un peruano— y mi papá son los que la ayudan. Papá me contó que Vane empezó a deprimirse cuando se perdió Renato.

—*¿Renato su hermano se perdió? Dígame.*

—Desde hace años no se sabe nada de él. No se sabe si está vivo o muerto.

—*¿Cuándo desapareció?*

—Hace mucho. Se fue a Nicaragua a combatir a la Contra el mismo año que me mandaron a mí a Bruselas. Como nadie nos avisó que se había muerto, todos creíamos que, al desmovilizarse los soldados sandinistas, Renato iba a aparecer. Pero no apareció. Entonces a Vane le empezaron las depresiones.

—*¿Y cuál es la relación entre Renato, su desaparición y las depresiones de Vanessa?*

—Yo no sé. Déjeme contarle de Katell y Shoan.

—*Me gustaría que tratara de hablar con Vanessa. Que le preguntara lo que pasaba en ese cuarto y por qué la desaparición de Renato le provocó depresiones. Y si alguien lo buscó.*

—Sí, lo buscaron, por supuesto. Yo no sé los detalles. Iré a hablar con Vane apenas ella se mejore y me reciba. Ahora quiero hablar de Katell.

—*Está bien. Continúe.*

X

Antes de Francia me fui a Londres. No, no sé por qué. Digamos que hubo una atracción. Quería entrar a una universidad inglesa. Sí, yo me había preparado. En el colegio de Bélgica había sacado no sólo el bachillerato internacional sino los *A levels*, que es lo que se necesita. La desilusión fue que en Inglaterra las universidades eran demasiado caras. Yo no tenía derecho a beca por no ser europea, y papá me dijo —como siempre— que él era un hombre pobrísimo y que jamás podría pagármela. Yo sabía que me estaba mintiendo una vez más, claro que tenía la plata, Vane me había escrito contándome que iba a mandar a Daniel a una universidad gringa que costaba mucho más que las británicas. Pero ¿cómo sacarle agua a una piedra? Londres era barato, con la poca plata que papá me mandaba podía comer, vestirme y pagar un apartamento pequeño, un *basement flat*. Estaba en Harrington Gardens, un lugar precioso. Bueno, yo lo veía precioso. Y decidí quedarme en Londres nada más viviendo. Porque sí.

Mi psicoanalista tose y luego interviene:

—*¿Y cómo estaba de ánimo usted?*

—En general bien, pero las cartas de mamá llegaban cada semana diciéndome que tenía que aprovechar Europa para casarme, encontrar un buen marido y convertirme en una muchacha decente. Ya al final ni las abría, las echaba a la basura. Y por supuesto nunca le contesté.

—*¿Y usted no se sentía una muchacha decente?*

—Yo no me sentía nada. No me sentía ni decente ni indecente. En todo caso después llegó Katell.

—*Dejemos aquí.*

Mi psicoanalista abre la sesión:

—*Dígame: ¿trató de hablar con Vanessa?*

—No pude hablar con Vanessa. Se puso muy mal y se la llevaron a Johns Hopkins. Voy a contarle de Katell.

—*Yo prefiero que me hable de Vanessa. Y de Renato.*

—¿Pero no le digo que de Renato no sé nada? Quiero hablar del día en que nos conocimos Katell y yo. Fue en la primavera. Yo me sentía mucho mejor. Pasaba los días en el Museo Británico. Me había quedado como hipnotizada por dos máscaras mortuorias.

Ese día andaba con un pulóver muy delgado, estudiantil, de escote en V profundo de los que se llevan generalmente sobre una blusa pero

yo lo llevaba sobre la piel. Y me había colgado con un cordón un jade precolombino que le había robado a papá. El jade verde contra la piel, lechosa ahora después de tantos inviernos y veranos europeos en bibliotecas, y el pelo brillante de metal pulido forman un vértice en mí, una muchacha zanquilarga y malvestida que mira las máscaras funerarias y hace muecas. Trataba de imitar el gesto del occiso, el espasmo del pasaje a la muerte que el escultor o vaciador de máscaras había atrapado. Me puse frente a una vitrina que era como un espejo y vi detrás una mujer alta, de ojos verdes.

Nunca me había atraído una mujer pero ésta me gustó. ¡Mucho!

"¿Por qué estás haciendo muecas?", me dijo en inglés riéndose. Señalé las máscaras pero ella no las encontró razón suficiente. Me volteé. Ya frente a mí levantó una mano larga, más bien grande, pero fina, y me rodeó el cuello con tanta delicadeza, estableciendo un contacto tan exquisito entre piel y piel que dejarse ahorcar era posible. Y sin embargo murmuró que no siempre matábamos lo que amábamos, que no tenía razón Oscar Wilde. Luego extendió los dedos y me abarcó el esternón con la mano abierta como una telaraña. Se acercó lentamente mientras su mano bajaba a mis pechos, al diafragma, al estómago debajo del pulóver como si yo fuese una cosa suya, una ternera con desnutrición. Cerré los ojos para recibir la sorpresa de su boca. Me pegó más contra ella y me seguía besando y tanteando debajo del pulóver, un poco asustada: "*Ma Doue beniguet*, por qué tienes tantos huesos", dijo y me señaló el baño, *the lavatories, the loo*. Allí encerradas y sin importarle quién pudiera ver o venir, metió mano bajo mi pantalón. Sentir sus dedos largos y sedosos hurgar en mi entrepierna me puso a jadear. Un contacto leve y al mismo tiempo tan hábil que llegó al lugar dormido y lo despertó y grité porque tuve un orgasmo de intensidad siete en la escala Richter.

"Una perra", avisé cuando pude tomar aliento, abrir la puerta del baño y buscar alrededor si nadie se había asustado por mi grito, "una perra de nombre Diana, a sus órdenes".

Salimos del museo tomadas del brazo.

—¿Hablas francés? —preguntó.

—Hablo francés. Espero que no te asustes de mi acento belga.

Katell se echó a reír, me contó que era bretona y que se sentía mejor hablando francés que inglés y que ella se encargaría de quitarme el acento belga. Abrazada me llevó a su auto y luego a comer.

—¿No te vas a arrepentir de venirte conmigo? —me preguntó después de acompañarme a pagar el último arriendo al casero, recoger mis cosas del *flat* de Harrington Gardens y avisarme que íbamos a

cruzar el mar.

—¡Arrepentirme, nunca! —le aseguré. Por nada del mundo quería perderla, perder esos dedos sedosos, ese manto de suavidad y de intenso placer que de pronto y gratis me cubría.

Me llevó en su automóvil. Tomamos el ferry y cambiamos de país y nos dirigimos al sur y luego cada vez más al oeste. Conforme rodábamos hacia el oeste el paisaje se individualizaba, se ponía misterioso y sobrecogedor.

Yo tenía veintidós cuando nos encontramos y juntas cruzamos el canal de la Mancha y se internó conmigo en territorio gaélico. Quiso mostrarme primero el máximo esplendor y fuimos a Perros Guirec. Era una costa fría de granito rosado y mar verde esmeralda, una belleza única pero también opuesta a la de los ríos y los mares que en el pasado tanto me habían hecho sentir. Con Katell las cosas me parecían livianas, un roce que, al ser parecidos nuestros cuerpos, nos enviaba en un viaje gemelo a la risa. Visitamos pueblos de un encanto indescriptible y seguimos viajando durante la noche y gran parte del día hasta llegar exhaustas a su casa de Plouescat.

Mi psicoanalista tose:

—*Perdone, ¿desde el primer momento hicieron el amor?*

—No, no. Cuando me tocó en el baño del museo y yo tuve un orgasmo fue como si me hubiera agarrado desprevenida, porque después mi cuerpo se frigidizó. Mis dolores antiguos no estaban tan muertos como yo pensaba porque después de ese orgasmo dejé de sentir. Pero en el automóvil, mientras viajábamos, íbamos felices y yo no sospechaba lo que me pasaría. Después de Perros Guirec llegamos a Plouescat, como le dije, otro sitio abierto donde también se terminaba la tierra. El sol caía sobre el mar con un color morado profundo que me hizo pensar en las historias de miedo que se cuentan de noche y en un bactericida de violeta genciana. La casa era de piedra, con ventanales inmensos. Katell me dio un cuarto sobre la bahía. Saqué mis cosas del auto, las acomodé y con los últimos rayos de luz me fui al mar y recibí en la piel el golpazo del frío. Todo se había distendido, todo se había soltado y navegaban los barcos en rutas propicias.

Regresé a la casa revitalizada por el fuertísimo olor de las algas marinas y Katell abrió los brazos para recibirme. Pero cuando me abrazó fue como si me abrasara: la piel me escoció. Esa mujer de 38 años que yo amaba ya: alta, de pelo caoba, cutis color crema fresca y ojos verdes, dolía. Me soltó inmediatamente. Era muy sabia y no lo tomó como algo personal sino que me miró, asombrada. Me tocó otra vez y el dolor fue muy agudo. No hizo una tragedia. Me volvió a mirar con una mezcla de curiosidad clínica y compasión. “*Touche toi*”, me

pidió. Y yo puse mi mano sobre mi otra mano y no me dolía. Era el contacto de un ser querido lo que yo no aguantaba. Katell me miró con sus ojos grandes llenos de paciencia y murmuró: “Si ya sentiste una vez, volverá. Es un escollo de tu pasado. No tienes necesidad de contarme. Pero vendrás a mi grupo de mujeres bretonas”.

Katell formaba parte de un grupo druídico. Se juntaban ciertas tardes entre los menhires de Carnac, en el Morbihan, alrededor del *cromlec*. Yo me les uní. Era un lugar impresionante, 1099 menhires en 11 hileras. Cantaban en bretón y en francés antiguo. A veces cantos a la luna, como éste que recuerdo bien: *O non comparable roïne*

Ki regnes o Dieus sans termine
O ysopes tous maus purgans,
O femme fors, non feminine
Lune plaine, non descrioissans,
Enluminée, enluminans,
Tous tans reonde et enterine.

Usaban la gaita. Tenían voces fabulosas.

El viaje del Finisterre al Morbihan era largo pero lo hacíamos infaltablemente. Al cabo de semanas de reuniones, las mujeres de Carnac me anunciaron que yo no tenía ningún problema físico. Y una noche, antes de volver a Plouescat, Katell me dijo: “Todo tu ser está pidiendo amor y yo voy a dártelo contra viento y marea. De vientos y mareas en el Finisterre sabemos mucho”. Y después me abrazó. Y ya no me dolió. Le pregunté: “¿Cómo sabes que te estoy pidiendo amor?” “No es a mí”, explicó, “a cualquier persona buena que hubiese llegado en ese momento al Museo Británico se lo hubieses pedido. Por algo tengo 38 años y el saber de estas mujeres, algunas centenarias. Yo quiero amarte, Diana. Darte lo que necesitas. Por algo tienes ese nombre de diosa solitaria. Y por algo te encontré”. “Pero Diana en mi país es nombre de perra”, dije. “Sí, pero de perra de cacería, sin duda”. Y entonces me acordé de todas las perras “Diana” que había conocido y sí, eran como sabuesas: de hocico largo, orejas colgantes. Y me reí. Y todas las mujeres rieron conmigo. Fue una noche memorable. Semanas después pudimos hacer el amor.

Fue a finales de ese mismo verano, en un día tibio, lleno de luz.

Yo tomé la iniciativa.

Entré a la habitación poco después del almuerzo. Katell se había desvestido para descansar. Sus piernas infinitas, columnares, de piel mate tan clara como crema fresca, me llamaron. Su cintura angosta, sus caderas anchas, sus pechos pequeños de pezones largos, duros. Sus brazos relajados llenos de brazaletes, el cabello largo, suelto, ligeramente ondulado, cobrizo y esparcido sobre la almohada, todo

me llamó. Su aroma. Su perfume de mujer que no necesita perfumes.

Me acerqué. Primero besé sus pantorrillas, sus rodillas. Con los ojos cerrados sonrió. Abrí sus muslos lentamente como quien abre las puertas. Tenía los vellos del pubis del mismo color que su pelo cobrizo. Me fascinó el contraste entre mis manos morenas y el color crema casi blanco del interior de sus muslos. Terminó de despertar y abrió y cerró los ojos como un gato indolente. Murmuró: "*mon amour*" y una frase en bretón que no comprendí.

Abrí aún más sus muslos y sonrió, complacida.

La miré. La toqué. Primero con mis dedos y después con la boca. Exploré con mi lengua su sexo que sabía a erizo de mar, a ostras, a almejas. Lo besé, lo besé. Trató de incorporarse pero le dije: "quieta". Quieta. Quiero lamerte toda. Quiero darte un orgasmo que estremezca la casa.

Le chupé los pezones, golosamente. Como si fuera una niña, los mamé.

La voltée. Bebí sus nalgas, la famosa hendidura, la probé, la gusté. Volví a su sexo mojado de marea subiendo lleno de algas y de algas, de varec y güemón. Nunca había probado nada tan delicioso.

Todo su cuerpo temblaba y se estremecía.

Con mis besos mojados su clítoris creció. Metí mi lengua en su interior aterciopelado, chorreante. El sabor era otro.

Encontré un ritmo lento para hacerla danzar. Su vulva se dilataba como la mía.

Me tomé todo el tiempo del mundo, no sé cuánto fue.

Entonces lo sentí. Todo su cuerpo se arqueó como un puente infinito. Gritó como si la estuvieran degollando. Metí mis cinco dedos en su adentro y el grito cesó, su interior me apretaba los dedos como anillos sedosos.

Entonces la besé en la boca. Me separé, la miré. Tenía los labios rojos, rojos, la expresión iluminada de placer y felicidad.

Tuvo orgasmo tras orgasmo enroscándose en mi cuerpo. Queriendo ahorcar mi cuerpo con sus piernas columnares. Volvió a gritar y volvió a arquearse. Volvió a enroscarse en mí.

La noche tardía del verano boreal nos encontró aún abrazadas, los cabellos confundidos, los labios una sola boca.

Cuando por fin los corazones se calmaron y pudimos hablar me preguntó: —¿Nunca lo habías hecho antes con una mujer?

—No. Nunca.

—Es muy extraño. Pareces tan sabia. Eres demasiado joven para ser tan sabia.

—No soy tan joven. Cumplí veintitrés.

—¿Cuándo? No me lo dijiste.

—La fecha de mi cumpleaños no tiene importancia. Ya nunca más tendrá importancia.

—*Si tu veux*. Lo importante es el sabor a canela, a almizcle, a vainilla.

—Sí. Lo importante es tu sabor a mujer del hiperbóreo.

Nos abrazamos tan fuerte que perdimos el aliento. Después nos reímos a carcajadas.

A los dos días de nuestra primera relación sexual me vino por primera vez la regla. La había esperado tanto que cuando llegó fue una vivencia exquisita. Un río calmo manaba entre mis piernas y sintonizaba mi cuerpo con el cosmos. No me dolía. No me incomodaba. Me sentía nueva, vital. Como si otro sentido se hubiera sumado a mis cinco anteriores.

Llegó el otoño. Fue un otoño de amor suave, de caricias extendidas, sin exasperación ni apremios. Tan diferente a mi pasado que pude abandonarme a lo que ella me ofrecía. Y darle yo también.

Descubrí con asombro las mareas equinocciales. El mar que se retira kilómetros hacia adentro y deja una extensión de arena ilimitada y horas después vuelve a la velocidad de caballos al galope. Al retirarse la marea pasábamos horas metiéndonos en los pozos cristalinos que deja, llenos de vida, todo tipo de algas, moluscos, caracoles amarillos que ella llamaba *bigorneaux*. "¿Puedo llevarme a mi cuarto los que están vacíos?" "No", me dijo terminantemente, "lo que pertenece al mar debe quedarse en el mar".

En otoño nos reuníamos una vez por quincena en Carnac con las otras mujeres. Yo nunca me integré por completo a los rituales pues no los sentía míos ni con ganas de aprender gaélico, pero me regocijaba en esos encuentros. Katell había heredado y no estaba obligada a ganarse la vida, pero trabajaba en un centro histórico y en varios liceos enseñando bretón. Daba clases de octubre a mayo, el año escolar francés.

Y una tarde de invierno en marea alta miré el mar helado verde azul violeta. Cerré los ojos. Comprendí. De nuevo amaba la vida. De nuevo era dichosa. Katell, que me estaba viendo, se acercó y me señaló las dunas, la ginesta, el malva de los tamarices. La felicidad.

La quise como sólo se pueden querer dos mujeres. El fruto de ese amor fueron mis ganas de estudiar.

—Ni siquiera se me ocurrió estudiar Bellas Artes. Como ya no se me ocurre esculpir —le digo a mi psicoanalista.

—*¿No volvió a esculpir?* —me pregunta.

—No. Enterré la escultura junto con el amor a Sergio.

Desaparecieron juntos.

—*¿Le dieron ganas de estudiar qué?*

—El paisaje y la gente del Finisterre y del Morbihan me conmovieron. El entorno físico y el entorno social me parecían indisociables. Las formaciones de dólmenes, el viento helado, los menhires, los hermosos trisqueles grabados en piedra, la mezcla con el cristianismo, el faltante de hombres —se ahogan pescando—, las mujeres de negro. Por eso quise estudiar geografía. Katell me aconsejó que estudiara en París. En Francia las universidades son gratis, no como en Inglaterra. Me matriculé en Vincennes.

—¿No te aburres en el Finisterre? —me preguntó Katell una tarde. Teníamos seis años de ser amantes, compañeras, amigas, hermanas. Yo le contesté que no, que jamás me aburría, que en Bretaña todo era nuevo, distinto, asombroso. Quizás me sorprendía cada vez porque sólo estaba allí sábados y domingos: desde hacía cinco años vivía la semana en París. Ya había terminado la licenciatura y estaba haciendo el posgrado en geografía humana. Me devoraba los libros de Milton Santos y de David Harvey. Tenía buenos amigos en la facultad, pero siempre esperaba ansiosa el viernes el momento de tomar el Paris-Brest. En Brest me montaba en el autobús y después de hora y resto de viaje Katell me recogía en Plouescat.

Me fascinaba llegar a Brest, esa ciudad de un blanco frío y geométrico. No iba inmediatamente hacia el autobús, me quedaba un rato frente a la rada nítida, austera, en un silencio que sólo rompían los graznidos insolentes de las gaviotas. Me gustaba caminar despacio a la terminal acompañada por cuervos marinos y en primavera, cuando empezaba a atardecer más tarde, luego de un largo rato en el autobús divisar ya contra el sol poniente el campanario de Saint Pol de Léon.

¿Cómo describir mis largos años con Katell? ¿El asombro, la dicha, la serenidad? Sí, estudié geografía porque Katell era una con el paisaje y la gente. Con sus amigas, jóvenes y viejas, de los ritos en Carnac. Con los pescadores que a veces venían a buscarla. Con las casas y muros de piedra. Con los tajamares. Con las mareas que se retiraban kilómetros y los botes quedaban acostados en el limo del fondo. Los botes acostados y amarrados como perros dormidos sobre el claro barroarena. Al volver el agua iban despertando. Se enderezaban, casi podía verlos bostezar cuando retomaban sus posturas erguidas. Todo eso era Katell. A veces en bajamar los peces quedaban atrapados y la gente bajaba a buscarlos. La Bretaña era pobre.

Las cofias de las mujeres en perenne luto. Las fiestas de

Concarneau. Las puntas de Raz y de Van. Nuestra señora de los naufragios. Todo eso era Katell. Las noches de invierno frente a la chimenea tomaba el laúd y cantaba en antiguo bretón su canción para mí: *An guen heguen am louenas*

An egarat an lacat glas

Que se pronunciaba así:

An wen hewen am lowenas
An hegard an lagad glas

Cuando me explicó que quería decir: "la blanca de ojos azules me ha alegrado, la amable de ojos azules", le dije enojada: "Esa no soy yo. Tengo los ojos totalmente negros. ¿No te has dado cuenta? ¿Por qué me la cantas?".

—Porque es la vieja canción de amor que más me gusta. Y porque tú eres todas las mujeres.

Tardes en que después de hacer el amor, entrelazadas y desnudas, cubiertas o descubiertas según el tiempo, nos espulgábamos el alma. Ella comentaba: "No quieres aprender bretón, mi bella. Pero calzas perfecto con las mujeres de Carnac. Estás a gusto con nosotras".

—Sí, me siento en sintonía.

—Tal vez mejor. Los saberes druídicos se transmiten en secreto.

—Cuéntame un poco, Katell.

Y me contaba que los menhires de Carnac tenían siete mil años. "Los hombres y mujeres que los colocaron eran animistas. Se comunicaban con la naturaleza y con el cosmos. Esos saberes se mezclaron con los de los celtas, que salieron de las estepas del Asia Central y dieron una vuelta enorme, pasando por la India y por Grecia, de allá trajeron la teoría de la reencarnación, la ley de causa y efecto, el dharma. Eso se mezcló muy bien con los saberes animistas y lo llamamos druida por comodidad, la conquista romana rompió muchas cosas". "Como la conquista española en América Latina". "*Ma Doue Beniguet*, mucho menos trágico. A nosotros nos dejaron las costumbres, los idiomas. Hay varios tipos de bretón. Mi padre me enseñó el de la zona de Brest".

Yo le pedía que me hablara de su padre. Katell dudaba: "Esta casa está llena de fotos suyas, ya viste cómo era: alto, delgado, apuesto. Te dije ya que lideró la lucha a favor de la lengua bretona y de nuestras costumbres ancestrales". Pero yo insistía: "Quiero saber de su carácter. De su interioridad". "*Bon*. Mi padre se vio envuelto en un torbellino de luchas y me envolvió a mí: casi todos los bretones hablaban gaélico

pero nadie sabía leerlo y escribirlo. Él, con otros, formó el movimiento "*Ya d'ar brezhoneg*", que quiere decir "sí al bretón". Y presionaron para que empezara a enseñarse en las escuelas. En el Centro de Investigación Celta y Bretona de Brest me gradué y ahora yo lo enseño".

Después me contó que a ella le decían que había sido un hombre adusto, un arquitecto obsesionado por mejorar la vida de su gente, un hombre duro, siempre en lucha, y que se había dulcificado cuando ella nació. "Yo tuve un padre extraordinariamente suave y amoroso". Y así, a poquitos, completé la figura del hombre que, junto con el paisaje, la había moldeado. "Mi madre murió de parto cuando yo nací. Jamás me odió por eso. No le interesó otra esposa. Llenó su vida luchando por Bretaña. Llenó su vida con el mar, cuidarme a mí".

De Katell aprendería que hay pueblos conquistados que resisten. Imagínese, yo, hija de pueblos conquistados, tener que irme tan lejos para descubrir, al regresar, que en mi país también había naciones, las primeras, resistiendo, peleando por su idioma. Por eso me parece deslumbrante el trabajo que hago en esta ONG de la que no quiero que me expulsen, porque en ese trabajo descubrí los pueblos invisibilizados que tuvieron menos suerte que el pueblo bretón. Fue todo gracias a Katell. Ella que de pronto, en media calle, me tomaba del brazo, me miraba a los ojos y empezaba a cantar con su voz entonada: *an guen heguen am louenas, an egarat an lacat glas*.

Había intentado hacerme hablar de mí. No pude, nunca. Mi pasado estaba bajo tierra y esa tierra rodeada por murallas altísimas, inexpugnables, que eran las que me permitían seguir viviendo.

Katell y yo viajábamos en vacaciones. Una tarde descubrí que en el periplo de nuestros peregrinajes veraniegos ella buscaba a una persona.

"No. Lo que acabas de descubrir es que tengo un hijo". Me sentí detenida en ese humor húmedo, vaporoso y en la ropa francamente estival. Teníamos ya siete años de estar juntas y me dio claustrofobia.

"¿No es que a las hechiceras les está prohibido tener hijos?" "No somos hechiceras, somos druidas. No es mi hijo biológico. Se llama Shoan. Lo adopté cuando él tenía diez años y yo veinticuatro. Lo fui a buscar a la Assistance Publique".

Mi psicoanalista interrumpe, cambiándome el tema:

—*Este fin de semana le tocaba gira. ¿Cómo le fue?*

—Fue una gira excepcional. Hicimos una especie de censo en una reserva de las Primeras Naciones. Aprendí muchísimo del modo en que siembran y preparan su alimento. Se niegan a consumir comida chatarra. Prohíben que en sus enormes ríos el gobierno haga puentes.

Se sale y se entra en lanchas manejadas con pértigas. El camino de salida fue maravilloso pero agotador. Necesitábamos un trago. En una cantina de pueblo tomé mucha cerveza y le puse la mano en el muslo al compañero que me gusta. Como estaba borracha tenía toda la intención de meterme con él al cuarto de los varones. Yo toda melosa haciéndole caricias en la pierna. Él me frenó. Al frenarme me quitó la borrachera. Me estrellé contra la realidad y me salvó.

—*Qué bueno que no se dejó llevar por el trago. Esta historia de Katell y Shoan va muy lento. ¿Qué está evitando contarme? ¿A dónde quiere llegar?*

—Al momento en que se me metió el diablo.

—*Cómo ¿se le metió el diablo?*

—Sí, se me metió el diablo y fue algo riquísimo pero espantoso.

—*¿Qué asocia con el diablo?*

—Pues obviamente hacer el amor con varios hombres a la vez.

—*¿Y dónde está el diablo?*

—No sé.

—*Diga lo primero que se le pase por la cabeza.*

—Perdido en el tiempo.

—*¿En cuál tiempo?*

—Anterior.

—*¿Anterior a qué?*

—A todo.

—*Siga asociando.*

—No. Quiero terminar de contarle esta historia, lo más doloroso que ha habido en mi vida. Mucho más doloroso que perder a Sergio.

—*Bien. Continúe.*

XI

Un viernes, llegando de París a la casa de Plouescat vi un muchacho que miraba el sol violeta ante la ventana inmensa del comedor. Yo venía cansada. Puse los libros en una silla. “¡Katell!”, llamé. No contestó. “¡Brictia, Brigantis, Santa Brigitte!, ¿en dónde te metiste?” “Salió del automóvil y corrió a la huerta a sembrar algo que sólo se puede sembrar a esta hora”, dijo él sin mirarme. Así pasaron como diez minutos y luego se volvió, tranquilo: “Tú eres Diana, supongo. Por fin nos encontramos. Yo soy Shoan”.

Sonrió. Tenía dientes parejos salvo un colmillo más salido que los otros, lo que me sedujo. Al sonreír, los labios se le enroscaban crespos, como a Katell, mostrando las encías. Me pareció raro que no fuera su hijo biológico pues se parecían mucho, pero el verde de los ojos de Shoan se desviaba al amarillo, color que según los mayas no augura nada bueno. Automáticamente me llevé la mano al colgante. Shoan ya lo había visto. “Andas con tus ancestros a cuestas”, comentó. “No son mis ancestros”, le dije, “los españoles lo rompieron todo, ya no hay conexión”.

Cuando Katell entró nos vio conversando.

Desde ese viernes Shoan empezó a llegar los fines de semana. Me contó que era ingeniero naval y debía pasar años enteros embarcado. Por primera vez tenía permiso para estar en tierra. Eran los tiempos de la “formación permanente” en Francia y él había escogido aprender portugués.

—Este muchacho —dijo Katell (*ce garçon*)— en lugar de aprender astronomía o los nuevos métodos para navegar con satélite tomó su licencia para aprender un idioma inútil.

—Madre, déjame tranquilo estudiar portugués. Por si lo ignorabas, te informo que no se puede ser ingeniero naval sin aprender las técnicas satelitales. Por cierto, ¿compraste el radio de onda corta, ese que te mostré hace años en la tienda en Brest? No debes salir al mar sin eso.

—Poco salimos al mar. ¿No es verdad, Diana?

—Poco. A mí me da horror.

Shoan reía.

Tenía sus habitaciones al fondo de la casa. Supo desde el primer momento que Katell y yo éramos amantes.

Shoan marcó para mí la entrada total en la década de los noventa, con todos sus cambios. Instaló en la casa las computadoras personales, el correo electrónico, internet. Estábamos en 1996.

Mi amor por Katell había crecido y yo empecé a pensar que sería eterno.

Fueron tiempos maravillosos, tiempos exquisitos, hasta que ocurrió un incidente que marcaría el principio de algo y también el final. Shoan y yo no supimos leer el significado. Katell sí. Fue en octubre.

Yo le tenía horror a ese mar. No era mi Caribe con arrecife al fondo para protegerme. Era un mar abierto, rudo, ingobernable, que se tragaba a las personas.

—Ya no —me decía Shoan—. En Bretaña la gente era muy pobre y los pescadores no tenían ni aguja náutica. Ahora tienen más dinero y hay sistemas para ubicar su posición. Ya el mar no se los lleva.

—¿Y por qué entonces sólo hay mujeres en la isla de Sein?

—Son viudas viejas, de hace tiempo. El mundo cambió.

Katell había comprado el radio en la tienda de Brest y lo tenía en el barco pero nunca lo usaba. Las pocas veces que ella y yo salíamos, jamás nos alejábamos, y nos asegurábamos de tener un buen pronóstico del servicio marítimo y de guardacostas: mareas, velocidad del viento, neblina. Ella navegaba bien y le bastaba la bitácora, allí junto al timón y con la aguja de marear.

El incidente fue un fin de semana de octubre. Shoan quería ir a pescar mar adentro. Había comprado otro radio, dijo que el de Katell podía estar defectuoso, y un sistema GPS que pensaba dejar instalado en el *Minou*, como se llamaba el barco de Katell.

Yo de navegación no sabía, y no me interesaba. En las pocas salidas al mar que habíamos hecho, Katell se había encargado del timón, de ver la aguja náutica, tirar la red que era muy vieja, casi una reliquia. Había sido de su padre y ella lo hacía para recordarlo, una especie de rito. Pero yo odiaba ver los peces asfixiándose y los regresaba al mar antes de que murieran. Katell reía.

Shoan era otra cosa. Le gustaba adentrarse y tenía redes de pesca verdaderas. Propuso salir un sábado de madrugada no obstante el frío de octubre y el remanente de un disturbio equinoccial. “Si hay peligro lo sabremos por el aparato que instalé, y entonces regresaremos a toda máquina”, aseguró feliz, estaba como chiquito con juguete nuevo.

Lo observé. Tenía treintaiún años. Aparte del colmillo salido, que me parecía muy seductor, era de belleza clásica: alto, musculoso, de caderas estrechas y piernas muy fuertes. Me pregunté si en algún momento él y Katell habrían tenido relaciones sexuales. Al adoptarlo ella tenía veinticuatro y él diez. Pero el muchacho había crecido con

ella. ¿Lo habría iniciado en el amor llegado el momento? ¿La habrían conmovido el color de sus ojos y su cuerpo deleitable? Él casi no la visitaba ¿se debía a esa relación turbia y no a que vivía en alta mar? ¿Y por qué después de conocerme venía tan a menudo?

—No es un buen día para salir —dijo Katell cuando nos levantamos antes del sol y mientras Shoan sacaba de un armario tres impermeables amarillos—. ¿Ves?, tú mismo estás aceptando que habrá lluvia.

—En el Finisterre siempre hay posibilidad de lluvia, sean cuales sean los pronósticos —le respondió.

—Sobre todo en esta época —replicó Katell.

—Pues sí. Pero es la época en que estamos, no tenemos otra.

—Podemos dejarlo para más adelante.

—Más adelante será peor. Y en primavera no estaré. Por algo tu padre te dejó la barca y te enseñó a conducirla y a meterte muy adentro.

Katell no contestó. Shoan insistía.

—Si no quieres salir, ¿por qué me enseñaste a amar el mar helado? Las ganas de ser marino me las diste tú. Y ya otras veces hemos pescado en octubre.

—¿Es verdad eso, Katell? —pregunté.

—Sí. Pero el mar cambió.

—El mar es el mismo. Y tenemos más recursos para no perdernos. Debe ser que te estás haciendo vieja. ¿Qué edad tienes, madre?

—Cuarenta y cinco. Lo deberías saber.

—Sí. Perdóname.

Se abrazaron fuerte. Después Shoan se volvió a mí:

—Diana, mete la ropa más caliente de toda tu vida. Varios pulóveres (dijo *pulls*, en francés), pantalones gruesos, las botas que mamá te regaló. Te daré mantas de lana.

El café fuerte que hizo Shoan me despertó. Metí las cosas.

Llegamos al muellecito, el *port de plaisance* donde Katell tenía su barco, el *Minou*.

—Bueno, *mesdames,* a poner todo en el *Minou.* La comida, el radio, las mantas, la ropa. El aparato está instalado y listo.

A las siete de la mañana, asomando el sol, nos sostenía ya un mar de mercurio. Echaron la red.

A las diez ya no se vislumbraba costa. Tiraron el ancla. Se metieron en la habitación de la cabina y salieron vestidos de hule negro de pies a cabeza. Con tanques de oxígeno.

—¡Katell! ¡Nunca me dijiste que sabías bucear! Ni que te gustara.

—*Ma poule*, una no puede decirlo todo —me respondió riéndose.

El mar me parecía peligroso y amenazante. Mi cuerpo tropical rechazaba lo helado y la profundidad bajo la superficie me daba vértigo.

Shoan se sumergió dejándose caer de espaldas y sin ningún ruido, con los gestos operáticos y simples de los buceadores. Katell lo imitó.

Yo me quedé en la cabina leyendo a mis amados geógrafos, totalmente desentendida del mar y tratando de desentenderme de la bruma que avanzaba. Hacía cada vez más frío. Me puse otro pulóver. Me devoré el último de David Harvey. El tiempo se me fue volando y cuando ellos regresaron ya eran más de las dos.

De mala gana les ayudé a subir la red. Me daban lástima los peces.

—Katell me puso al tanto de tu truquito de devolver la pesca al mar. *C'est interdit!* —me advirtió Shoan.

Se quitaron la vestimenta sintética, mojada y brillante. Comimos las *crêpes* y *galettes* que ellos habían hecho la víspera y metido en el bote.

Levamos el ancla. "*Cap chez nous!*", anunció Shoan. Ay sí, qué bien, de vuelta a casa. Mi ser entero pedía regresar. Hacía cada vez más frío y el barco se sentía pesado. Eran las redes llenas, de seguro. Me envolví en una manta y sin que se dieran cuenta, ocupados como estaban en conducir el bote, fui a devolver peces.

Había devuelto como diez que aún vivían cuando Shoan me descubrió. Me tomó la mano y me fijó con sus ojos. Era una mirada de ruego. No me soltaba la mano. Sentí sus dedos ásperos de hombre de mar. No sé cuánto tiempo pasamos así, mirándonos. "No te soltaré hasta que me prometas que no devolverás más peces". "¿Pero no te da lástima saber que se asfixian?" "Sí, se asfixian. Estudias la tierra, sabes que existe una cadena trófica. ¿Te dan lástima las peras y las zanahorias que te comes?" "No es lo mismo". "Es casi lo mismo Diana".

No tuve más remedio que prometer. Me soltó la mano. Regresó a la cabina. Yo me quedé un rato afuera, envuelta en la manta.

Pero el frío era tremendo. Volví a la cabina y los oí discutir en bretón.

Entré al recinto de pilotaje donde ellos estaban y donde habían guardado las mantas más gruesas. Tomé una. Discutían muy fuerte. Sus palabras tenían una textura ríspida, como esa lana.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Ocurre que el famoso sistema GPS instalado por mi hijo no funciona. Y no sabemos dónde estamos. Mira cómo nos cubrió la niebla.

Era verdad. En unos minutos la niebla se había espesado como

yogurt.

—Ocurre también que a Katell se le olvidó traer el radio nuevo —dijo Shoan.

—Era tu compra. Yo estaba segura de que tú lo traerías —se defendió ella.

—Cuando empezamos a cargar la barca te pedí que lo metieras —replicó él.

—No recuerdo —contestó Katell con dureza.

—Pero nada de eso tiene gran importancia. ¿Qué dice la aguja de marear? —intervine.

—Ese es el asunto. La aguja enloqueció —dijo Katell mirando con irritación a su hijo.

—Diana, voy a resumirte el caso. El sistema GPS que instalé no funciona. La aguja náutica se descompuso, no sabe dónde queda el norte, es algo que a veces sucede. El gran problema es que no metimos el radio nuevo, el viejo está descompuesto y no nos podemos comunicar. Y se nos echó encima la niebla. Nadie sabrá dónde estamos.

—Perdidos —recalcó Katell.

—Es una situación común. No estaríamos perdidos si mamá no hubiera olvidado el radio.

—Se nos olvidó a todos —dije lentamente.

—Sí, se nos olvidó a todos —dijo Shoan—.Voy a poner a derivar el bote para ahorrar gasolina mientras pienso qué hacer.

Estaba completamente oscuro y la humedad oceánica era insidiosa, con un frío que nos llegaba al tuétano. Katell me abrazó, cansada. El mar equinoccial nos iba recogiendo, llevando amorosamente a su profundidad infinita, a un centro descentrado sobre kilómetros y kilómetros de profundidad, sobre peces abisales de otra congruencia. Pronto empezaríamos a ver las olas enormes. "*J'ai mal au coeur*", dijo Katell, "*imagine ce roulis, ce tangage*". Balanceo, cabeceo, el mar nos está chupando hacia esa región en que el bote se hundirá cientos de metros en la depresión de la ola y luego se alzará cientos de metros en la punta. Balanceo, cabeceo, una extensión inhóspita tan extensa que moriré, no ahogada sino del susto, cuando se despeje la niebla y vea la inmensidad.

Shoan desordenó la barca tratando de encontrar el radio que quizás habíamos metido sin darnos cuenta. Fumó cigarrillo tras cigarrillo; trató de hacer funcionar el GPS, infructuosamente; consultó fotos satelitales, hizo cálculos. Maldecía la niebla y revisaba cada tres minutos la cantidad de gasolina a pesar de que había puesto a derivar el bote. Hasta que se dio un manotazo en la frente y gritó: "¡Las

algas!”

Salió de la cabina y volvió con un puño de *varec* chorreante. “Si averiguamos de dónde viene el *varec* sabremos dónde está la costa”.

Tomamos linternas y nos inclinamos a babor y estribor, en proa y en popa, mirando fijo buscando *varec*. Echa los remos al agua, busca el *varec*, deja que llegue a tus dedos esa caricia.

“Viene de allá”, le dijo Katell a Shoan al cabo de un rato, señalando con el brazo estirado, fijo.

“Viene de allá”, corroboré.

“Sí, sí, viene de allá”, confirmó Shoan.

Hacia allá enfilamos la barca.

Shoan le pidió a Katell que sostuviera el gobernalle. Fue por una botella de Calvados.

Se me acercó. Temblaba. Le pregunté si de veras llegaríamos.

Después de dos vasos de Calvados y tres visitas a la cabina de pilotaje volvió y me enlazó por la cintura, me aseguró que ya teníamos un rumbo fijo, en dos horas poco más se verían las luces antiniebla.

—Diana, qué oscura y suave es tu piel. Desde que te vi tuve ganas de hacerte el amor, por esa piel.

Cuando en el último mililitro de gasolina atracamos, el puerto estaba casi vacío. Katell quería devolver la pesca. Shoan se opuso.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? A eso fuimos, a pescar.

—Sí, pero después el mar cambió de idea. Ya viste que estuvimos buen rato perdidos.

—Pero finalmente nos soltó.

—Y nos dio una advertencia. El mar nunca me había hecho nada así. Me está avisando que llegará algo…distinto… difícil.

—No, madre, no.

Hablaban del mar como de un ser vivo y consciente. Estaban juntos, uno frente al otro. Shoan estiró un brazo y se lo colocó a ella en la nuca, debajo del cabello humedecido por la niebla y la congoja.

Cuando Shoan llegó a la casa el fin de semana siguiente Katell le preguntó: “¿A qué debemos el honor de visitas tan seguidas?”.

Ese sábado era la última reunión del año con las mujeres de Carnac. Se reanudarían en primavera. Shoan me pidió que lo acompañara al jardín. Cuando estuvimos solos me rogó: “No vayas”.

No fui. Le recordé a Katell que el lunes debía entregar trabajos a mi director de tesis. Era la pura verdad pero ella sospechaba que no la única razón. Se despidió de un modo cortante.

Yo me encerré en el cuarto con mis libros. Varias horas después

Shoan me tocó la puerta.

—Diana, si no hacemos el amor ahora me voy a morir.

Me levanté del escritorio. Se acercó a mi cuerpo. Ay, la delicia de sus labios. La delicia de su cuerpo fuerte estremecido de deseo. Aumentamos la temperatura del radiador para poder estar desnudos. Con dedos largos, suaves, despacito, me quitó la ropa. Decía estar deslumbrado por el color mate oscuro de mi piel. Por mis pezones. Por mi olor. “Soy marino pero nunca he hecho el amor con una latinoamericana”, murmuró, “hueles y sabes diferente al resto de mi mundo”. Mis dedos recorrían su cuerpo con sorpresa. La suavidad y casi feminidad de un claro cuerpo nórdico, por más contacto con los océanos que hubiese tenido, es muy distinta a la textura de un cuerpo tropical. Su aroma de hombre también era diferente. La animala sexual en mí, la que no había olvidado, comparaba. Y apreció la lentitud, la paciencia, la demora en cada milímetro de piel, que se asemejaban mucho al modo de su madre. Todo mi fuego ardió pero esta vez ampliado. Besaba mi sexo con la misma fruición que Katell. Cuando estallé completa me penetró y prolongó el placer al infinito. Sentí que los podía amar a los dos, al hijo y a la madre, que los amaba ya. No había ningún lazo incestuoso porque yo no pertenecía a su familia. Ni Shoan a la familia de Katell.

Interrupción de mi psicoanalista:

—*¿Qué asocia a la palabra incesto?*

—Peligro.

—*¿Por qué?*

—Porque a alguien que yo tuve cerca le ocurrió.

—*¿Qué le ocurrió?*

—Eso. Dos veces. Varias veces. O con dos personas.

—*¿Cómo? ¿Qué fue?*

—No recuerdo. Ni tampoco quiénes eran.

—*Diga lo primero que se le pasa por la mente.*

—El cuarto.

—*¿Cuál?*

—No sé.

—*Asocie.*

—No. Yo quiero terminar la historia de Katell y Shoan.

—*Está bien, siga.*

—Lo que sentí con el hijo de Katell fue una revelación. Ardí como una zarza. Pasamos juntos el resto de la tarde y esa noche. Lo hacíamos y volvíamos a empezar. Por fin, ya cerca del amanecer, caímos rendidos. Shoan murmuró: “Te amo, Diana”. Y entonces un trocito de memoria volvió, dolorosa. “No me lo digas, Shoan. Yo sé

que no es verdad. Los hombres lo dicen cuando tienen un orgasmo fuerte, ya sea con una mujer, una cabra o una gallina". Eso me lo había advertido Kate. Pero Shoan negó con la cabeza: "No tengo otro modo de expresar lo que siento por ti". Le puse suavemente el dedo sobre los labios.

Katell y el sol de las once se asomaron a mi cuarto y nos despertaron. Nos vieron salir de un abrazo tan estrecho que parecíamos uno solo.

Eso me dijo ella después. Sin amargura. Con frialdad. Shoan se había ido a sus habitaciones y yo permanecía en mi cama. Allí estaba cuando la oí arrancar el auto. Volvió con una caja de anticonceptivos y me la lanzó, golpeándome con ella. "Estar con hombres tiene ese gran inconveniente", sentenció, "aunque sea mi hijo".

Ese domingo Shoan se fue y a mí me costó mucho deshelarla. No quería que durmiéramos juntas y yo lo deseaba con desesperación. Ella no comprendía. "¿Cómo no entiendes que los amo, que los deseo a ambos?" Se quedaba en silencio. Me fui a la cama sola. Como a la medianoche vino. La Katell amorosa, enamorada y tierna, también regresó.

Como yo vivía de lunes a jueves en París y allá estaba Shoan, él y yo dormíamos juntos. Así cedíamos a nuestro deseo. El fin de semana yo me entregaba a su madre, entera, de pies a cabeza. Era riquísimo, genial.

Quizás sospechaba que Shoan y yo nos veíamos. Nunca le dije. Nunca preguntó.

Mi psicoanalista tose:

—*Finalmente hacía lo mismo que cuando estaba en el colegio: de lunes a jueves en la capital, de viernes a domingo en las fincas, lejos de la capital.*

—Sí. Llevaba ya siete años de transitar de Bretaña a París como transité de San José al Caribe.

—*Bueno, sigamos.*

—En Navidad todos teníamos vacaciones. Katell de su enseñanza del bretón. Shoan de su "formación permanente". Yo de Vincennes.

Había llegado ya a la casa de Plouescat cuando llamaron: una de las mujeres mayores del grupo druida estaba con problemas respiratorios y requerían a Katell para la curación.

Me quedé sola en la casa. Faltaban dos días para la Navidad. La celebraríamos con Shoan y varios compañeros de su curso que llegarían con el banquete —muchas ostras, alcachofas, cangrejos— el veinticuatro, el mismo día que regresaría Katell de Carnac.

El veinticuatro los varones llegaron tempranísimo.

Las noches anteriores había trabajado en mi tesis hasta las dos o tres de la madrugada y esa mañana había dormido todo mi cansancio. Me desperté a las diez y media. Los oí entrar cuando estaba en la ducha. Calculé que debían tener la edad de Shoan o menos pues parecían potrancos, hacían un ruido escandaloso. Los oí instalarse en la sala, frente al enorme ventanal, y trasegar botellas. Hablaban fuerte para oírse de un lado a otro de la casa. Shoan anunció que haría *galettes*, otros que *crêpes* y otros que iban a abrir ostras para almorzar.

Salí de la ducha. Me sequé. Me envolví en la toalla y me asomé. Sí, eran potros jóvenes y vigorosos. Unos muy altos, otros menos. Todos fuertes, esbeltos, de cuerpos entrenados en duras labores aunque siendo ingenieros debían manejar la matemática igual de bien que el ejercicio físico.

Me quedé observándolos, qué deleite. Cada uno era guapo a su manera. Sentí que sonreía y que algo en mi cuerpo se abría, se esponjaba. Un recuerdo gozoso. Algo antiguo y olvidado resurgió en mí con fuerza demencial. Y me inundó. Volví a mi habitación, miré mi cuerpo desnudo en el espejo, la cabellera aún mojada.

Me maquillé los ojos cuidadosamente. Envuelta en la toalla regresé a la puerta del salón. La entreabrí. No me vieron. Tomaban sidra, vino o Calvados sentados en la alfombra o en los sillones. Reían mucho. Habían puesto crepas y ostras en una mesita. Mantequilla salada, rodajas de pan.

Fui al baño de Katell, que estaba al fondo, y me sequé muy bien el pelo.

Me di cuenta de que me moría de ganas.

Entonces salí. Salí al salón donde estaban los potrancos comiendo ostras y tomando vino, llenos de energía. Eran cuatro más Shoan. Salí desnuda, semicubierta con mi pelo largo, seco, a medio pecho, a media espalda. Uno de ellos dio un respingo pero yo los saludé con naturalidad, despacio, dos besos en cada mejilla como se hace en Francia. Cuatro besitos lentos, pegando a sus cuerpos vestidos mi cuerpo desnudo y delgado de piel lisa y oscura, tan distinta a la piel rosa o marfil que adivinaba bajo los pantalones de mezclilla y los pulóveres.

Comí una ostra, me serví una copa de vino. Me senté en el brazo de un sillón y empecé a moverme despacito, hacia adelante y hacia atrás. Cuando se dieron cuenta de lo que estaba haciendo la mirada se les enturbió. Me puse de pie. Abrí las piernas. Les mostré. Me acerqué a uno que estaba sentado en la alfombra. Tomé su cabeza. Froté mi entrepierna contra su nariz. Dijo que olía delicioso. Que por favor lo dejara besarme. Besó mis muslos mientras rozaba cada vez más fuerte

mi monte de Venus con la palma de la mano. Después abrió mi vulva como quien abre el cofre de las maravillas. La recorrió despacio con la lengua. Encontró el animalito baboso y lo hizo salir y crecer en su boca. Yo sentía cómo toda esa parte de mí se dilataba de placer. Tuvo una forma muy hábil de llevarme al orgasmo: apretando su rostro contra mi sexo y manteniéndolo así, moviendo despacio y en círculos su lengua caliente que tanteaba cada vez más hondo. Shoan nos miraba desde la puerta de la cocina y de allí no se movió. Cuando mi cuerpo estalló el chico me tendió en la alfombra, se quitó el pantalón y me penetró. Su verga al entrar esparció el placer por el resto de mi cuerpo. Las suyas eran embestidas suaves y al mismo tiempo poderosas. Él alcanzó el orgasmo y dio un grito y jadeando rodó.

El siguiente escogió otra estrategia. Se llamaba Ives. Yo no había dejado de tener orgasmos y lo aprovechó. Cortó una ostra grande en trozos y los puso en mi adentro y con su lengua lamía y los recogía. Cuando se le escapaban, buscándolos recorría mi sexo. Su lengua exploradora juntó mis orgasmos en una sacudida única que me hizo arquearme y gritar y reír y llorar.

Tenía a Ives aún adentro cuando la puerta se abrió y entró Katell. Uno de los dos que aún no me habían tocado se puso a lamerme los pechos y cuando Ives se retiró, entró en mí, acariciando delicadamente mi ano después de untar el dedo con saliva. Mientras me penetraba metió totalmente el dedo. Mi ano empezó a ceder, los esfínteres se abrieron. El muchacho se vino y entonces el último se acercó y cuando el otro salió de mí, el último volvió a mi ano. Primero lo abrió con el dedo usando mis líquidos y mucha saliva. Tenía un pene largo y delicado. Empezó a metérmelo despacito. Dolía. Me pidió relajarme y sentir. Me relajé y cuando se atenuó el dolor tuve un orgasmo antes desconocido, nuevo. Después de venirse en mis entrañas salió y yo, cuando pude recobrar aliento, le agradecí infinitamente lo que me había dado: mi primer orgasmo anal. Katell seguía allí, de pie, mirando la escena. Era el momento de Shoan. Me hizo el amor con locura, tocando todos los puntos sensibles que ya conocía y los que los otros habían descubierto; rodamos por la alfombra. La fiesta continuó.

Ellos me habían dado enorme felicidad y yo me había concentrado en mí, en los abismos de mi cuerpo, cerrando los ojos. Ahora los tenía bien abiertos y los observé. Los hombres con los que yo había tenido relación antes de ellos estaban circuncidados: Sergio, Shoan, los agrónomos. Estos muchachos no. Fui presa del asombro. Me acerqué a Ives. Lo toqué. La piel que cubría su pene me pareció fantástica. Ideal para masturbarlo. Ideal para lamerlo metiendo la lengua entre los

pliegues. Su pene sabía a mí pero conservaba también un tenue sabor a orines. Eso me excitó aún más. Mientras subía y bajaba su piel, acerqué la boca. Le lamí el glande. Me tragué entera su verga. Succioné. Lo chupaba con delicia. Mis labios sintieron los conductos seminales activarse. Ya se iba a venir. Me retiré y tomé una servilleta para recibir su semen.

Igual hice con los otros tres amigos. Y con Shoan, el único circuncidado. Su semen sí me lo tragué.

—*Y Katell de pie, mirando* —dice mi psicoanalista.

—Katell entró cuando Ives estaba dentro de mí. Creo que no vio el principio. Pero lo peor de todo es que cuando ella entró, el peso de sus ojos sobre la escena exacerbó mi placer. Y sí, allí se quedó, viendo. Me vio descubrir la maravilla de los penes no circuncidados. Me vio lamerlos, masturbarlos, tragarme el semen de su hijo.

Serían las seis, no había sol, alguien había encendido lámparas, todos estaban ya con ropa, terminado el juego, y yo permanecía desnuda, como en trance, cubierta sólo por un grueso chal que Shoan había puesto sobre mí con dulces palabras.

"Eres una puta", me gritó Katell.

"No, porque no cobro", dije satisfecha.

—*¿Estaba satisfecha?* —pregunta mi psicoanalista.

—Sí. Perfecta y absolutamente satisfecha.

—*¿No se sentía mal, culpable, arrepentida?*

—Ni arrepentida ni culpable. Asombrada de que mi cuerpo tuviera tal capacidad para sentir. Agradecida con esos cuatro hombres y con Shoan. Maravillada por mis descubrimientos.

—*Una escena como la de Sergio y los agrónomos.*

—No, no. Los bretones eran más sutiles, más contenidos, más suaves. A pesar del coito anal, no me rompieron. Y mi cuerpo era más sabio. No era un cuerpo tiernito. Katell lo había madurado. Mi capacidad de sentir había sido aumentada. Por ella y su hijo y por el flujo de hormonas de mi edad. Supongo.

—*Katell le dijo puta, sí, pero, ¿ella aceptó finalmente lo que usted hizo? ¿La aceptó a usted con esas… aficiones?*

—No. No lo aceptó. Después de decirme puta fue a su cuarto y salió con una maleta. Tomó su automóvil y se fue. No volví a verla nunca más.

—*¿Nunca hablaron, usted nunca se explicó?* —pregunta mi psicoanalista.

—No, nunca. Porque yo nada podía explicar. Creía haber perdido ese gusto, esas tendencias, pero seguían allí. ¿Qué le podía decir, qué le podía prometer? Nada. Menos aún pedir perdón: sucedería de

nuevo. Yo lo sabía. El cuerpo lo sabe.

En todo caso Katell desapareció esa misma noche —sabía que yo no iba a quedarme más de tres o cuatro días en su casa—. En el momento en que ella se fue, Shoan vino a mí, que seguía echada en la alfombra. Me acarició los labios y la frente. Sus amigos fueron a la cocina a preparar el cangrejo. Se veían desconcertados. Mucho se hablaba en Francia de las famosas *partouzes*, todos andaban con la palabra en la boca pero caer en una el día de Navidad… Claro que no fue exactamente una *partouze*, donde se supone que todos cogen con todos. Ellos no habían hecho el amor entre ellos. Sólo conmigo. Entonces, *partouze* exactamente no fue. Pero coger en forma colectiva estaba de moda. Debe haberlos desconcertado el que yo la iniciara. El que yo me diera sin pedirles un acto homosexual.

Mientras ellos cocinaban Shoan estuvo largo rato dándome besitos, cantándome canciones. Después fue a su habitación. Lo oí llenar la tina del baño. Al quedar sola sus amigos vinieron a la sala y también me agradecieron. Me besaron en la frente y en la boca. Quitaron el chal de lana y me besaron los muslos y los pies. Shoan llegó y los separó y me alzó en sus duros, fuertes brazos y me dejó en el agua calentita de la bañera después de amarrarme el pelo arriba en un moño para que no se me mojara. Me restregó despacio. Me lavó el sexo delicadamente. Estaba quitando de mí las trazas de sus compañeros. Me sacó de la tina, me envolvió en su toalla, me llevó a mi habitación. Me puso sobre la cama, me secó y me dio un largo masaje con aceite de rosas. Yo me quedé dormida. Dichosa. Radiante.

Pero como a medianoche se despertó otra en mí. Una que no estaba ni dichosa ni radiante. Una que empezó a llorar por Katell, el ser que más quería, el que más bondad y belleza me había dado. Lloré mucho. Tal vez horas. Entonces sentí espasmos en el vientre. Encendí la luz del velador, miré el almanaque: me tocaba la regla. La sangre iba a manar. Yo amaba mi regla pero desde que tomaba anticonceptivos era otra cosa, un torrente largo y doloroso que llegaba por obligación, no aquel regalo que me sintonizaba con el universo. No era una sangre natural. Era una sangre química.

Fui por un puño de toallas. Me encerré con llave.

El resto de esa noche mi cuerpo trasegó chorros de sangre y yo me retorcía en los gargarismos lentos del daño: un padecer canino, un buen puñal de perra. Dejé la cama para no manchar el colchón. Puse varias toallas en el suelo y recordé los besos de Katell, su generosidad. Sentí el suelo poblado de cadáveres. Sentí que estaba enferma. Debía ir donde el doctor. Poner los pies donde un especialista. Decirle: “Estoy enferma. Los anticonceptivos me cayeron pésimo”.

Pero no sólo estaba enferma de doctores, también estaba enferma en el amor, un amor que se situaba ahora en la matriz, en el cérvix, en los labios interiores y exteriores, un amor que me estaba desgarrando, destruyendo, pudriendo. Un amor que había sido mordido, acuchillado, abierto como res en canal por un impulso incontrolable que me había dado tregua doce años y que había vuelto con furia centuplicada. Un amor destazado que me dolía igual que la matriz expulsando su endometrio químico.

Me hice un atado con las toallas y fui por un supositorio de Optalidón.

Estaba en medio de un charco rojo. Agradecí los pisos de madera barnizada, fáciles de limpiar. Pero el dolor no me dejaba limpiar. Limpiaría cuando me hiciera efecto la droga.

Mi útero era un tam tam altisonante, una cordillera dinamitada, un mar rojo e hirviente.

Por fin hizo efecto el Optalidón. Limpié los charcos de sangre. Me quedé dormida allí, sobre la madera, envuelta en toallas.

Al despertar lo decidí. No tomaría más anticonceptivos. Me ligaría las trompas, no tendría descendencia.

A Katell no la vería nunca más. Estaba segura.

—*¿La hacía sufrir saber que no la vería más?* —pregunta mi psicoanalista.

—Mucho. Muchísimo. Pero sabía que el impulso que me había llevado a entregarme a esos hombres siempre iba a ser más fuerte que cualquier sufrimiento.

—*Es radical lo que dice* —comenta mi psicoanalista. Y añade—: *¿Por qué estaba tan segura?*

—Quizá porque la primera vez sucedió al final de la infancia, me marcó como se marca el ganado: con un hierro al rojo vivo.

—*Eso es lo que tenemos que averiguar.*

—¿Qué?

—*Cuándo fue el marcaje.*

—Fue con Sergio.

—*Le tomo la palabra. Con Sergio. Pero, ¿cuándo?*

—Pues ya sabe cuándo. Ya le conté todo.

—*No sé si es todo.*

—¿Duda de mí?

—*Yo no trabajo con su ego ni la juzgo. Yo trato de oír su inconsciente. Y lo único seguro es que hubo un marcaje. Usted dice que el marcaje lo hizo Sergio. Yo le tomo la palabra. Pero, ¿cuál Sergio?*

—Ay, los lacanianos y los nombres. Qué pereza.

—*Eso es defenderse. ¿De qué se está defendiendo, Diana? ¿Qué es lo*

que no quiere saber?

—Sí quiero saber. Por eso estoy en su diván. Solamente creo que usted exagera con esto de… ¿cómo le llaman? Ah, el significante. En este caso el significante Sergio. Porque ya verá, cuando lleguemos, que Sergio me marcó de forma muy extraña. Yo creía que el marcaje era mi deseo por él. Y no. El marcaje es otra cosa. Y yo no sé qué es la otra cosa que Sergio dejó en mí.

—*A eso me refiero, a que hay otra cosa. ¿Qué pasó con Shoan?*

—Lo amaba tanto como a Katell. Eran el mismo amor. Si ella me había desterrado de su paraíso, yo no vería más a Shoan.

—*¿Por qué?*

—Porque me la recordaba. No lo podía soportar.

—*¿Y por qué tomó la decisión de ligarse las trompas?*

—No tenía ganas de procrear. Sabía que nunca tendría ganas. Y menos tomar esa mierda de anticonceptivos.

—*Diga lo primero que le sale.*

—El cuarto.

—*¿Quién está en ese cuarto?*

—Vanessa. Oiga, ya me voy. Ha sido demasiado duro recordar cómo perdí el amor más generoso. Nos vemos en tres días.

—*No se vaya. No se ha acabado su tiempo.*

—Pues yo lo acabo aquí.

—*Quédese.*

—No.

Me levanto del diván y salgo.

Tres días después prosigo:

—Salí de casa de Katell sin que Shoan se diera cuenta y sin dejar ninguna dirección donde pudieran localizarme. Alquilé un cuarto en París. Ese fue mi último año en Francia. Terminé la maestría. Eso fue un logro. Vivir siete años amando a Katell y uno más a ella y a Shoan fue algo magnífico. Otro logro. Sobrevivir sin ella, sin él, con el dolor horrible de haber destruido nuestro mundo y no desmoronarme fue un verdadero *tour de force*. Ligarme las trompas fue un esfuerzo heroico. Si lo hubiera dejado para más adelante no hubiera podido, en Costa Rica no se permitía a una mujer joven, soltera, ligarse las trompas sin una razón esencial de salud. En el hospital, en París, antes de someterme a la intervención tuve que contestar preguntas: ¿Por qué quería ligarse las trompas de Falopio una mujer de treinta años, sin hijos? Justamente porque no quería tener hijos, respondí. Lo aceptaron.

Ligarme las trompas fue un logro, pero haber roto en pedazos el

amor de Katell por una fuerza incontrolable y además jubilosa era más que una infamia. Era un crimen.

—*Tal vez ahora podamos hablar de Vane* —dice la voz detrás de mí.

—No veo qué tenga que ver Vane con esto. No quiero hablar de Vanessa, que sigue en Johns Hopkins. Me muero de dolor al recordar cómo destruí dos seres que eran generosidad pura, que me adoraban. Para cortar el llanto y venir al diván me tomé una pastilla.

—*¿Qué se tomó?*

—Un Tafil. Anoché lloré sin parar. Amaba a Katell, su casa, su amor infinito. Dejé Francia corriendo.

—*No. Corriendo no. Tuvo la paciencia de terminar su posgrado, ligarse las trompas. Y hacer parte del duelo.*

—Sólo parte. Ya ve que no puedo parar de llorar. ¿Por qué?

—*Cada duelo es diferente. Dígame, ¿por qué el estar triste le impide hablar de Vanessa?*

—Porque Vane está peor de la depresión. Lo están intentando todo en Johns Hopkins. Ya ve que no puedo sumar dos pesares tan fuertes. Déjeme esperar a que la tristeza me vaya pasando. A que termine de hacer el duelo de los dos bretones.

—*¿Qué sucedía en el cuarto que mencionó la vez pasada?*

—No recuerdo.

—*Diga lo que le pasa por la cabeza.*

—Vanessa. Daniel. Renato.

—*Hábleme de Renato y Daniel.*

—Bueno, ya le dije lo de las edades. Con Daniel nunca logré congeniar. Con Renato sí, de niños jugábamos juntos, montábamos siempre a caballo. Me encantaba oírlo tocar piano, era un virtuoso. Pero desde los trece yo me había hecho un ave sola. Una *rara avis*.

—*Diana, aquí hay pistas importantes: las rupturas, el cuarto, el dolor, las depresiones, Vanessa, Renato y Daniel. Y entregarse a varios hombres mientras un amado mira.*

—Le voy a proponer una cosa. Que nos devolvamos a finales de 1997, al momento en que regresé de Francia. Yo sé que mi primo Pauli, que es psicoanalista como usted, le comentó con gran detalle mi regreso. Remitámonos a su relato para los primeros días.

—*Sí, pero usted me lo cuenta.*

—De acuerdo.

XII

Pauli había tenido un viernes espantoso en el hospital. Había salido más temprano que de costumbre para relajarse un poco antes de su consulta privada, que no estuvo mejor: dos pacientes muy difíciles. Llegó a su apartamento como a las siete y se sirvió un wiski doble. Encendió la tele y se disponía a ver las noticias cuando el teléfono sonó. Estaba agotado, tal vez un poco deprimido. Decidió no atender y esperar a que el wiski hiciera su efecto. Si era una emergencia insistirían. Se tomó medio vaso de un solo trago. Se sintió aliviado casi inmediatamente. Por eso cuando volvió a sonar atendió.

—Pauli, soy Diana.

La sorpresa fue tal que no podía responder.

—¿Diana Tazio? —finalmente balbuceó.

—¿Qué te pasa? ¿Tenés muchas amigas con ese nombre? ¿Ya no reconocés mi voz?

—No. Ahora tenés voz de mujer. Antes de chiquilla. ¡Diana! ¡Han pasado catorce años! ¿Dónde estás? ¿Quién te dio mi teléfono?

—Tu papá, que por dicha sigue viviendo en la misma casa. Estoy en el aeropuerto y necesito pedirte un favor. Vengo con un posgrado, voy a trabajar y a independizarme, pero necesito un refugio para aterrizar. No quiero ver a mis padres ahora. ¿Puedo quedarme con vos? No será mucho.

—Sí, sí, claro. ¿Te doy la dirección?

—Sí, dámela.

—¿Tenés plata para el taxi?

—Tengo.

La mujer de treinta y un años —¿o eran treinta y dos?— que tocó la puerta de mi apartamento una hora después era muy distinta a la chiquilla precoz que tenía en la memoria. A pesar del cansancio, el *jet lag*, la falta de sueño, su expresión era fresca y me dije que claro, la que yo recordaba vivía un desgarre permanente, un amor al que se había tirado sin paracaídas. Yo la había ayudado, dándole ansiolíticos y antidepresivos, a no morir al estrellarse contra la realidad.

De la anterior quedaban el pelo lacio y largo, la sonrisa retadora, el cutis mate aclarado por la falta de sol, los grandes ojos negros, la insólita belleza. Pero traía algo distinto: sus movimientos eran serenos y deliberados. ¿Más alta? Quizá, un poquito. Me abrazó con fuerza

agradecida. No me soltaba.

Mi apartamento es enorme. Le di una habitación con baño.

La ayudé a acomodar sus cosas y luego la invité a tomarse un wiski en la sala conmigo.

—¿No tenés algo sin alcohol?

—La señora que viene a limpiar también cocina. ¿Tenés hambre?

—Hambre no, sed.

—Hizo fresco de cas.

—Qué rico, dame.

Le serví un fresco de cas y yo me serví otro wiski doble. Nos sentamos.

—Ahora contame —le dije.

Diana cerró los ojos despacio.

—Pauli, imposible. ¿Cómo te voy a contar catorce años en menos de una hora? Te contaré más adelante porque estoy muerta de sueño, ahorita me voy a dormir. ¿No me darías media de tus pastillitas mágicas?

—Tengo Valium.

—Perfecto. ¿Podés creerme que superé tan bien la crisis por la que me desterraron que tengo diez años de no tomar ninguna de esas carajadas?

— Qué malhablada seguís siendo —comento con risa y voy a buscar Valium.

—Es para poder dormir toda la noche, sin interrupción, por el *jet lag* —me explica cuando se la doy.

—Entiendo —y en ese momento me pongo psiquiatra o más bien psicoanalista—: tenés que ver a tus papás.

—Pauli, vos sabés el rollazo que se tienen conmigo.

—Y vos con ellos.

—Es más de ellos conmigo —dice Diana sin ceder—. ¿Podés creerme que en los catorce años que pasé fuera mamá nunca dejó de escribirme para regañarme?

—Y tu papá nunca dejó de mandarte tu mensualidad.

—Muy pinche: trescientos dólares al mes. Bueno, al final la aumentó, debo reconocerlo.

—Le ha ido muy bien en los negocios. Y vos te graduaste. Sacaste una maestría. Algo me contó él. ¿Geografía social?

—Sí.

—Tío Carlos está muy orgulloso. A todo mundo le cuenta: “Mi hija se graduó en la Sorbona de geógrafa social”.

—No tienen idea de que hay como quince Sorbonas, de calidades distintas. Pauli, ¿me harías un favor?

—Claro.

—No les contés que volví. Y yo de mi parte te prometo que iré a verlos. Más temprano que tarde. ¿Cómo está Vane?

—Se casó. Tiene un hijo de tres años. Un marido excelente, peruano y con muy buenas conexiones políticas. Tu hermano Daniel es un hombre de negocios exitosísimo. Más que tu papá.

—Y que el tuyo.

—Sí. Bueno, papá nunca tuvo aspiraciones muy altas. Por cierto, Daniel compró un terreno enorme en el Caribe sur. Mañana domingo da una fiesta y la familia está invitada. Yo voy a ir. Acompañame.

A Diana de pronto le brillan los ojos. Luego algo los vela.

—¿Es en Cahuita? —pregunta.

—No, no. Bastante más al sur. En Cocles.

—¿Invitó a toda la familia?

—Sí.

—Decime, ¿todavía existen Santamaría y El Inocente?

—Tu papá se las vendió a la *United Fruit* que ahora se llama *Chiquita Brands*.

—Pero eran de tu papá también, Pauli.

—Papá ya había vendido todas sus acciones.

—¿Y qué pasó con los caballos? ¿En dónde está Rosa?

—Las bestias se las llevaron a Bijagual, la finca de tu madre.

—¿Rosa estará en Bijagual?

—Rosa se debe haber muerto. Si hay una en Bijagual debe ser la hija.

—Jamás. Cuando me la dieron era una potranca recién amansada, tenía apenas dos años. Los caballos viven treinta.

—No sé, Dianita. ¿Vendrás conmigo mañana?

—Está bien, te acompaño. Pero para mí es un puto esfuerzo. Mis padres no pueden darme cariño porque les parezco demasiado rara. Creo que Daniel me desprecia.

—Bueno, es que lo de Sergio fue tremendo escándalo.

—Pero Daniel tenía sólo trece o catorce.

—Daniel nació conservador.

—Si te acompaño al Caribe no tendrían por qué verme. Puedo pasar de incógnita. De nuevo gracias por la Valium. Y buenas noches.

Después de cinco horas en el auto, Pauli lo detuvo y me dijo: “Aquí es”. Sí. Allí estaba el montaje. Daniel había invitado a una fiesta en lo que pronto sería un desarrollo inmobiliario frente al suave mar de Cocles. Habían talado todos los árboles en el área de la futura construcción, que parecía un desierto. Para paliar la falta de sombra

habían puesto muchos toldos y como no quedaba ni media palmera repartían sombrillas a los que querían ir a la playa.

El mar estaba casi inmóvil, de un nítido azul veteado de aguaverde según el fondo fuese de arena o coral. Mi mar, pensé, con arrecife exterior como en Cahuita. Junto a las cuatro o cinco hectáreas de terreno pelado sobrevivía el bosque. Un bosque hermano de aquel donde yo había vivido el paraíso y el infierno. Un infierno del que salí a duras penas, a cuatro patas, ayudada por las medicinas que Pauli me dio.

Me bajé del *jeep* antes que Pauli aparcara. Di media vuelta, bajé la cabeza haciendo de mi melena un velo para que no pudieran verme mis padres y hermanos que estaban sentados socializando bajo los toldos. Caminé en el lindero de la propiedad, en el límite, en dirección a la playa.

Pasé lo más lejos que pude de mi familia pero eché miradas de reojo. Daniel presidía el abundante bar subido en una tarima bajo el toldo más grande, ayudado por su mujer, una chica alta de anteojos oscuros con dos retoños colgando de su falda. Papá abría y cerraba los brazos, seguramente contando chistes pésimos.

Vanessa, con sus ojos rasgados y su nariz aguileña, se veía feliz junto a su marido y su hijo. Quería abrazarla. El corazón se me estrujó.

Mamá presidía un círculo de damas enjoyadas.

Pauli había entendido mal. No era una fiesta de familia. Poco a poco el sitio se iba llenando.

Atravesé por la orilla del cuadro sin saludar, sin ser vista, mirando apenas con el rabillo del ojo. Andaba unos pantalones de seda ceñidos y una escueta blusa de seda también. Me había lavado la melena con un buen champú y el calor y la humedad le quitaban peso, dándole una textura vaporizada. Desde que me monté al auto Pauli me había dicho: “Estás hermosísima. ¿Es para alguien que te has puesto así?” Yo no había contestado y en el viaje de cinco horas sólo habíamos hablado de asuntos externos, a pesar de sus preguntas sobre mi vida en Francia.

Llegó un inmenso camión con un combo de música afrolimonense.

Vi que Pauli me seguía y oí a una muchacha comentarle a otra: “Qué hombre más guapo ese de ojos azules. Me dijeron que es psiquiatra. ¿Es verdad que es primo de Vane?” “Sí”, contestó ella, “pero no te hagás ilusiones, es gay”.

Llegué pronto a la playa y me senté tipo yoga. La arena mojada me ensució el pantalón de seda y Pauli me regañó. Le dije que necesitaba un trago: “¿Vos crees que tengan Wyvorowa?” “Cuando me acerqué al

bar sólo vi Stolichnaya". "Bueno, no me importa, andá, traeme un pacitrán".

—¿Limón, sal y hielo?

—Sí. Apurate.

Regresó con el trago.

—Cerca del bar estaba tu hermana Vane, a quien tanto querés. ¿Vamos a verla?

—La amo pero va a pegar un grito al verme y hoy necesito pasar desapercibida. Mi reencuentro con Vane será en otra ocasión.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué importan unos días más o unos días menos?

—Ya te darás cuenta.

—¿Ni siquiera vas a darle un abrazo a tu papá? Por algo viniste, ésta es una fiesta de familia.

—Pauli, éste es un fiestón de relaciones públicas de Daniel y no vine para ver a mis hermanos ni a mis padres.

—¿Ah no? ¿Entonces a quién?

—A ese que acaba de llegar.

Sergio.

—Diana, ¿entonces Kate tuvo razón?

—No sé qué dijo Kate. Hace catorce años casi me muero por ese hijueputa. ¿Cómo no voy a querer confrontarlo? Podés irte, Pauli, teneme confianza.

Escogí un acecho paciente, apartado, como el de un felino atisbando su presa. Sorbía el vodka despacito. Oí uno que otro comentario de algunas mujeres que llegaban a la playa: "¿Quién es esa loca?" "Qué bruta, con esos pantalones se le transparenta todo". "Típica vulgaridad europea, *soft porno*". Y de algunos hombres: "¡Qué hembra más rica!" "¡Qué provocadora!" "Qué ganas de agarrarle el culo".

Sergio se había bajado de un todoterreno. Pauli me había contado que ahora era socio de Daniel. Estaba calvo, gordo.

Detrás de Sergio bajó Magda: alta, rubia, gorda también, pero muy elegante. Después bajaron unos mellizos preadolescentes.

Ellos no me habían visto. Yo los miraba, tensa. Me puse de pie.

Papá dio media vuelta y fue a saludar a Sergio. Eran palmadas por aquí y palmadas por allá, besos para la prole y abrazos a Magda. Papá le pasó el brazo por los hombros a Sergio y se lo llevó al círculo de sus amigotes.

Sergio se quedó un rato allí. Luego se separó del grupo, buscó a su esposa y apoyándose en sus hombros de masa blanca le susurró al oído. Después fue al bar. Daniel le dio un trago. Daniel era el jefe de

los *bartenders* y estaba sobre una tarima más alta y por lo tanto tenía más rango de visión que el resto. En un movimiento abarcante de sus ojos topó conmigo. Sergio siguió los ojos de Daniel y me descubrió. Magda miró lo que veían Daniel y Sergio y se puso lívida y se mordió la boca.

Mis ojos, como los rayos de un radar, captaron las tres miradas. Como tentáculos, se prendieron a la de Sergio, dejando al lado las demás.

Daniel se había dado cuenta de mi acecho paciente y de que enganché la mirada de Sergio. Le hubiera gustado estrangularme o cuando menos echarme pero fingió no haberme visto. Magda estaba muy pálida pero yo era inocente. No había hecho nada, absolutamente nada más que dejarme ver. Dejar que me viera un Sergio gordo, viejón, que conservaba sus ojos extraordinarios. Sergio, con lo único que le quedaba viviente, sus ojos de miel parda, me miró. No pudo disimular y los fijó en el busto, las piernas. Las separé un poco. A partir de este momento ya no sos inocente, me habría dicho Pauli.

Sergio le susurró algo al oído a Magda y vino hacia mí. Magda se perdió con sus mellizos en el tumulto de la fiesta. Sergio llegó a donde yo estaba. Me tomó de la mano y caminamos por la orilla, por donde yo había entrado a la playa, alejados de todo lo demás, la melena cubriéndome la cara.

Como zombis nos montamos en el todoterreno. Sergio arrancó.

Éramos dos inmensas olas cargadas pero detenidas, dos muros de contención, cada uno reteniendo sus múltiples experiencias ignoradas por el otro, apretadas, separadas, incomunicables. Tantas y tan pesadas y tan distintas las experiencias en las dos olas, en los dos muros, que la presión ejercida sobre nosotros era casi insoportable.

—Cómo te has engordado, Sergio.

—Sí —dijo Sergio con voz dulce—. Vos en cambio estás divina.

Dijo y puso una mano sobre mi pierna. Al ver la mano gorda y fofa se me quitaron las ganas de estar ahí. Eran unas manos que iban perfecto sobre el cuerpo respetable de su matrona, no sobre el mío.

—Magda se ve muy alentadita, también. Parece que les ha funcionado el matrimonio.

—Diana, tené piedad.

—Sergio, ¿para dónde vamos?

—Cómo, para dónde vamos. A hacer el amor.

—Pero qué prolijo. ¿Qué te hizo pensar que yo quería hacer el amor?

—Prolijo, prolijo, siempre te escudaste detrás de las palabras que

los demás no usan. Bueno, pues la manera en que te paraste y me miraste y abriste las piernas.

—Creer que cuando una mujer te mira y separa un poco las piernas te está invitando a coger es el colmo del egocentrismo machista.

—Puta, cómo se me pudo olvidar que venís de pasar años en Europa. Allá se asolean sin la parte de arriba del vestido de baño y no significa nada.

—Significa que se quieren broncear los pechos. Pero perdoná, tal vez lo tuyo no es machismo. Tal vez lo tuyo es que hace muchos años que una mujer joven no te vuelve a ver así. Porque así no te mira la madre de tus hijos. Ella siempre fue casta. ¿O has ido a buscar unas piernas menos castas en otras mujeres, por ejemplo en *call girls*?

Sergio se salió de la carretera antes de llegar a Punta Uva y se metió en un caminito que parecía agreste. Allí se estacionó.

—¿Viniste a cobrar tu venganza? —preguntó apoyándose sobre la dirección y ocultando la cara en los brazos.

—Reconocés entonces que hay cosas qué vengar.

—Estás llena de odio, Diana.

—¿Y vos sabés lo que es el odio, Sergio?

Sergio no contestó. Nos quedamos largo rato sin decir nada, las olas y los muros ahora agrietados y la tensión filtrándose entre las grietas.

—Diana, hagamos el amor.

—¿En dónde?

—Vamos a la playa.

—¿No te importa que nos vean?

—No quise decir en la playa, más bien entre los árboles cerca del mar.

—Igual podrían vernos.

—Pues no me importa.

Bajamos del carro a la playa. Yo estaba cediendo a la playa, no a Sergio. Pero no me dio tiempo de caminar entre los árboles, buscar los uveros y las ipomeas, averiguar si la arena seguía teniendo caracolas blancas y minúsculas. No me dio tiempo porque Sergio me tumbó y me mordía y me devoraba con incontrolable fuerza. Sergio ronco gemía, me confesaba que con Magda no sentía eso ni nada parecido, que había esperado llegar a sentirlo alguna vez, que había hecho todos los esfuerzos infructuosamente, que por catorce años le había hecho el amor pensando en mí, en mi cuerpo, en mi voz, en las cosas extraordinarias que yo le había dado. Sergio me besaba con la pasión de cuando yo era adolescente y yo en cambio sentía un cansancio profundo, una gran lasitud. Sergio no iba a poder penetrarme porque

estaba seca.

Se dio cuenta de que mi cuerpo no respondía y se desplomó a mi lado.

—Es porque me quedé calvo y me engordé —dijo.

—No seás simple —respondí.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque estás en mi presente como pasado, nada más.

—No entiendo, Diana.

—¿No entendés? Vos nunca me quisiste. Te ibas a casar conmigo obligado por papá.

—Te adoraba. Pero me di cuenta demasiado tarde.

—Te diste cuenta demasiado tarde porque sos una persona mediocre que nunca vive a fondo ninguna experiencia.

—Con vos sí viví a fondo en aquel tiempo.

—Sólo un mes aguantaste. A mí me tomó cuatro años olvidarme de vos. Creo que estuve a punto de volverme loca. Me salvaron los ansiolíticos y antidepresivos que me dio Pauli por montones y que escondí en las valijas camino a Bruselas. Allá me los siguió dando un psiquiatra. Pero me salvó también la certeza de que si lograba expulsar tu recuerdo viviría. Me tambaleé cuatro años en la cuerda floja.

—Diana, yo también sufrí al ver que te había perdido.

—¿De tanto que sufrías no pudiste venir a Europa a buscarme? ¿De tanto que sufrías te casaste con Magda y procrearon gemelos? ¿De tanto que sufrías no pudiste darte cuenta de que Kate oyó tu monólogo a la luz de la luna y me contó? Sí, tenías que suponer que por eso te dejé plantado en la iglesia. Tenías que suponer que yo me había dado cuenta de que vos, mientras estuviste conmigo aquel mes sin nombre que para mí representó toda la dicha posible, todos los extremos, pero esencialmente el de la felicidad, nunca tuviste la intención de dejar a tu novia y cuando me decías que me amabas, cuando me decías “esto es amor”, estabas mintiendo…

—¡Un momento! ¡Sí tuve la intención de dejar a Magda!

—Sí, tal vez unos días pero al final de ese mes increíble ya pensabas en volver con ella, Kate te oyó decir eso, y que no me querías. Y tenías el cinismo de decirme: “Dianita, esto es amor, fijate bien para que luego podás reconocerlo”. Te casabas conmigo porque te obligó papá. Un perfecto hijueputa.

—Sí. Fui un perfecto hijueputa. Me equivoqué de cabo a rabo. Te pido perdón.

—Sergio, también para ese perdón es demasiado tarde. Sí, me hubiera gustado que hoy, ahora, ya, me hubieras despertado de nuevo

el deseo. La misma pasión increíble de aquel mes de mis dieciocho. Pero no está. Murió. Tenía que morir para que yo viviera.

Sergio se vuelve. Oculta la cara entre los brazos. Segunda vez hoy. Yo me alzo de hombros. No sé qué estoy haciendo aquí. El pasado ya no vibra, sólo hay brasas muertas. No es solamente que no siento pasión. Es que no siento nada. Absolutamente nada. Eso a la vez me alivia y me decepciona. Y ya sé lo que me va a decir. Me va a proponer que intentemos ser amantes. Que va a adelgazar, que va a hacer ejercicio, que va a implantarse pelo.

Me levanto y lo apuro: "¡Vamos!" No quiere. Lo sacudo. Se pone de pie. Nos montamos en su todoterreno. Regresamos a la fiesta sin hablar. Al bajarnos, otra vez me escondo. Pero siento sobre mí la mirada de Pauli y su juicio también, más o menos así, conforme me acerco a él: Diana. Ya regresaste. Tu pelo no está en desorden y tus ojos no tienen el brillo que queda después del amor. Te acercás a mí y no olés a sexo.

Sergio trata de disimular su tristeza. Se acerca al bar y pide un vodka doble puro. Se lo toma de un golpazo y pide otro. El vodka lo recompone. Y yo te abrazo, Diana.

Pauli estaba conversando con un sindicalista afrolimonense, apartado del resto. Cuando se volvió hacia mí para abrazarme el sindicalista se despidió. Pauli tomó de una mesa un plato de rondón que me había guardado. Saboreo de pie la sopa de pescado en leche de coco. La termino. Pauli va por más. Y mientras Pauli le entra al segundo plato de sopa yo miro a Magda y quisiera correr a decirle algo. Pero no corro, no lo digo. Sólo pienso: "No te malquiero, Magda, Magdalena, tenés el nombre histórico de un río y el apellido de Sergio, a quien yo quise. Porque vos, Magda, al casarte con Sergio renovaste un rito viejo, ya en desuso: adoptar el apellido del esposo mediante el posesivo 'de'. Serás Magda de Aguilar, una posesión de Sergio, hasta tu muerte…"

Mi psicoanalista interrumpe:

—*¿Ese es el apellido de Sergio, Aguilar?*

—Sí, Sergio Aguilar. Por favor, no me interrumpa porque pierdo el hilo. Decía: "Lo que significa, Magda, que estabas insegura, necesitabas amarrártelo. O que sos tan tradicional que regresaste al pasado sin saber. No te malquiero ahora, Magda, pero cuando te llevaste a Sergio, ¡ah! ese fue un tiempo distinto. En tantas tardes sufridas hace catorce años, me pregunté, un poco contra mí misma, qué tendrías en tu adentro que yo nunca tuve: por qué lograste amarrar buenamente a un hombre que se me escapó. Pero no te malquiero, no voy a joderte. Sergio para mí ya no significa nada".

Terminamos el rondón. Me escondo mientras Pauli se despide. Nos vamos.

Miro a Pauli que maneja muy serio. Permanece silencioso por un rato larguísimo. Yo tampoco tengo ganas de conversar.

Donde se juntan el río Sucio y el río Madre Pauli se voltea:

—Debiste saludar a tío Carlos y a tía Coralia. Salir de eso. Daniel les va a contar que estás aquí.

—Daniel ya se debe haber convencido a sí mismo de que nunca me vio. Sergio no dirá nada y Magda tampoco. La única que me quiere de verdad es Vanessa y nadie le contará que volví.

—¿Crees que tus padres no te quieren?

—Para ellos sólo soy estorbo, una calamidad. Bueno, tal vez papá sí me quiere un poquito.

—Diana, la cosa con Sergio no funcionó, ¿verdad? ¿Verdad que no te vas a enredar con él?

—No. No me voy a enredar con él. Porque no siento nada. Nada de nada. Y hace catorce años casi me muero por su amor.

—Y yo me alegro de que no sintieras nada. Es un pendejo. No merece ni un pedacito de tus uñas. Pero tenías que comprobarlo.

—Y vengarme.

—En mi casa podés quedarte todo el tiempo del mundo. Pero me parece importante que visités a tus papás. Los rollos con los padres quitan mucha energía. Y tenés que ver a Vane.

—Me voy a acomodar primero.

—¿Buscar trabajo?

—Claro, buscar trabajo. Pero también juntar el alma. Regresar es recuperar los pedazos de alma que una dejó.

—¿Y cómo se recuperan?

—Buscando las cosas que te dieron alegría.

—¿Sergio te daba alegría?

—No sabés cuánta. Ya no. ¿Cómo es posible que alguien que significó toda forma posible de felicidad, ya no sea nada?

—Así funcionan los afectos. Y créeme que es necesario que funcionen así. Una vez le preguntaron a un famoso psicoanalista qué era la salud mental. Y respondió: “Pasar a otra cosa”.

—Dios mío, se me olvida que además de ser psiquiatra sos psicoanalista.

—Cambiando de tema, ¿tenés plata para el reacomodo?

—Sí. Katell, mientras vivimos juntas, todos los meses me depositaba en una cuenta cierto dinero. Yo no sabía. Poco antes de dejar París me llamaron del banco para comunicarme el monto. Intenté reintegrárselo y no fue posible. Entonces lo acepté. Con eso

podría vivir un año sin trabajar. No, no voy a hacerlo.

—¿Quién es Katell?

—Una mujer celta del Finisterre francés. Viví con ella ocho años. Yo la adoraba.

—¿Sos bisexual?

—Sí. Como vos.

Llegamos a San José. Me siento decepcionada, vacía. Tenía la ilusión de volverme a enamorar de Sergio.

Mi psicoanalista dice:

—*¿No lo buscó más?*

—No lo vi nunca más. Ni siquiera por casualidad en la calle.

—*Entonces no es Sergio.*

—¿No es Sergio el qué? Explíqueme.

—*No es Sergio el fantasma. No es Sergio el marcaje. Lo que la lleva a repetir la escena.*

—Hablando de escena esta semana fue espantoso. Otra vez me dio fuertísimo. Estábamos de gira en el sur. Como siempre ellos en un cuarto grande y yo en uno pequeño. Hacía un calor terrible. Me quité la *t-shirt* y el calzón diminuto y les toqué la puerta. Y cuando la iban a abrir me escondí. Subrepticiamente regresé a mi cuarto. Me salvé por un pelo.

—*Bueno, ya lo ve. Usted cree y me ha contado que lo de Sergio y los agrónomos fue la primera vez. Pero a mí me parece que hubo algo anterior. Porque usted quedó vacía de su deseo por Sergio y algo que no es Sergio la sigue impulsando.*

—Sí. No me lo explico.

—*Pareciera que alguien le creó un mandato de entregarse mientras un privilegiado mira. Un mandato irresistible que destruyó su amor por Katell. Y por Shoan. Y que ahora le pone su trabajo en peligro.*

—Sí. Por eso estoy en el diván. Me da treguas y las treguas se han ido acortando. Entre Sergio y lo que le hice a Katell me dio doce años. Después cinco. Después dos. Pero ahora está terrible.

—*La sesión se ha terminado. Dejemos aquí.*

XIII

Esta vez yo abro:

—Pauli me vio regresar muy *chic*, dueña de mí misma. Y no es verdad. Yo regresé hecha pedazos.

—*Usted me ha dicho varias veces que no quería dejar a Katell. Pero también habló de que a los siete años de estar con ella le dio claustrofobia.*

—Claro, las relaciones largas dan claustrofobia. Eso le pasa a todo el mundo. Yo no la quería dejar.

—*Para no querer, la dejó ir muy fácilmente.*

—No podía hacer otra cosa. ¿Cómo se actúa después de un dolor infame que una sabe que puede volver a infligir? Yo me veía viviendo con ella años y años. Ya tenía el tiempo suficiente para nacionalizarme y poder trabajar. Pero se me metió el demonio.

—*Otra vez lo del diablo.*

—Bueno, es un decir: me volvieron las ganas y me entregué a los amigos de Shoan.

—*Hay que saber quién es el diablo.*

—El diablo son las ganas de entregarme a varios hombres.

—*No solamente. El diablo es algo o alguien.*

—Déjeme seguir: antes de que se me metiera el diablo estaba sacando la maestría y explorando posibilidades de empleo en Bretaña. Pero me percaté de que el mundo bretón no era mi mundo. Mi mundo era Katell.

—*Nadie puede hacer de otra persona su mundo. Quiero decir, no es que no se pueda, claro, la gente lo hace. Con consecuencias desastrosas. ¿Cómo va a ser una persona el mundo de otra?*

—¿Las consecuencias de hacer de otra persona su mundo son muy malas?

—*Generalmente.*

—Pero aquí lo muy malo es que destrocé su amor. Podía haberla seguido amando y yo tener mi mundo en otro lugar de Francia que me fuera más afín.

—*Y ahora, en estos momentos, ¿le hace falta Katell?*

—No. Ya no. Recordarla me dio una tristeza infinita que por fin está cediendo. Quiero aceptar lo que hice y finalmente perdonarme. Ahora lo que me urge es resolver lo de las giras. Cierto, no sé qué hacer. En la última, no le digo, totalmente desnuda les toqué la

puerta, qué barbaridad. Cuando ya iban a abrir me escondí. No volví a desear a Sergio pero lo que hice con él me persigue eternamente.

—*Que ya no desee a Sergio me parece saludable. Usted pasó a otra etapa.*

—Pero me dejó un vacío.

—*Todos tenemos un vacío.*

—¿Qué dice?

—*Que aunque vivamos en pareja, todos tenemos un vacío.*

—¿Ah, sí?

—*Sí, es la condición humana. Sigamos con su regreso.*

—Volví a Bijagual.

—*Volvió a Bijagual. Es importante. Allá conoció a su único marido. Usted tenía dos años de haberlo dejado cuando vino acá, al diván.*

—Él me dejó porque se me metió el diablo.

—*Otra vez ese diablo.*

—Usted sabe muy bien que vine a su diván desesperada porque dos años después de dejar a Felipe el demonio regresó y sigo desesperada porque quiere hacerme perder el trabajo. ¡Les toqué la puerta, chinga!

—*Siga con Bijagual.*

—Pues cuando constaté que ya no deseaba a Sergio, me fui a buscar a Rosa a Bijagual, el territorio materno que a mí no me gustaba.

—*¿Por qué no le gustaba?*

—La pobreza de la gente se me hacía intolerable. Yo amaba el territorio paterno: Limón, las lluvias, la humedad, los bosques densos, el maravilloso río Dos Lunas. La gente era pobre, pero no miserable como en Bijagual.

—*Usted siempre ha hablado de Dos Lunas, Santamaría, El Inocente, y nunca de cuando iban a Bijagual.*

—Íbamos poco. En mis primeros recuerdos de Bijagual yo soy pequeña, tendré quizá un año…

—*¿Recuerdos de cuando tenía un año?*

—Bueno, quizá dos. Pero no más.

—*¿Cuáles son?*

—Vagos. Difusos. Un sol brillante que me molesta terriblemente. Un sol implacable.

—*¿Y había alguna otra razón por la que a usted no le gustara Bijagual?*

—Cuando tenía un año no sabía de la pobreza, lógicamente. Lo que me incomodaba era el sol. Me cegaba. Bueno, retomo. Estamos en 1997. Vengo destrozada, pero aparentemente disimulo de maravilla

pues Pauli me ve dueña de mí y además bella. Estoy viviendo en casa de Pauli, como le dije. Aún no tengo trabajo.

XIV

—¿Qué hiciste en todo el día? —me pregunta Pauli al regresar del hospital o de su consulta. Se quita la corbata, la pone en una silla y va a servirse un wiski doble. Yo estoy vacía de Sergio y tirada en un sillón.

—El plan para las próximas semanas —le contesto—. En la universidad en Francia me dieron contactos de ONG que podrían necesitar geógrafos sociales. Son ONG que trabajan internacionalmente y algunas tienen oficina aquí. Ya las llamé. Quedé de avisarles a mi regreso.

—¿A tu regreso de dónde?

—De Bijagual.

—¿Seguís con el telele?

—Sigo.

—¿Qué putas vas a hacer en Bijagual?

—Buscar ese fragmento de mi alma que es Rosa. Olerla. Restablecer contacto. ¿Me llevarías?

—¿Llevarte? —me pregunta echándose en el sillón, a mi lado.

—Sí, llevarme. El Pacífico norte está muy lejos.

—Te advierto que Bijagual es una desgracia.

—¿Por qué?

—Para empezar, tu papá y Daniel le compraron la finca a tu mamá y a tu tío Ricardo. Tu mamá siempre la mantuvo como un bien separado en el matrimonio.

—No sabía lo de la compra. Bueno, cuál es la desgracia.

—Que a Daniel y a tu papá, después de vivir toda la vida enamorados del Caribe, les agarró el telele con Guanacaste. Esa provincia se puso de moda y como la finca tiene unas playas espectaculares, se entusiasmaron. Pidieron préstamos para construir condominios. Pero lo hicieron todo mal y no resultó. No sé por qué, era un negocio seguro, con la cantidad de sol y la escasez de lluvia es el sitio ideal para el turismo de bronceo. Ya habían vendido Santamaría y El Inocente y se habían llevado los caballos a Bijagual. Cuando falló lo de los condominios de lujo, abandonaron Bijagual con todo y caballos.

—Qué horror.

—Vanessa fue a rescatar los que no se habían muerto. Alquiló dos

camiones y los llevó a la finca de su esposo.

—¿Y Rosa?

—Acabo de recordar que Ivania, la esposa del mandador, le dijo a Vane que no se llevara a Rosa —o a la hija de Rosa— porque algún día vos regresarías por ella.

Le doy a Pauli un abrazo fuerte. Lloro.

—¿Entonces me vas a llevar?

—Dianita, yo trabajo de lunes a viernes. Te podría llevar el sábado.

—No, no. Hoy es lunes. No puedo esperarme.

—Tengo una idea mejor. ¿Te acordás de Pirú?

—Sí, sí. Era el mandador de Santamaría —no le digo a Pauli que todavía le tengo cierta vergüenza porque nos vio a Sergio y a mí…

—Lo contrataron para sacar adelante la finca. Sé que está en San José porque me llamó para pedirme una receta. Regresa el miércoles a Bijagual. Llamalo y te vas con él. Aquí tengo el teléfono del lugar donde se aloja. Y llamá a Ivania y le avisás.

—Me parece tan raro que en Bijagual haya teléfono.

—En los catorce años que te fuiste el mundo cambió.

Llamo a Bijagual. Me sale Ivania, la esposa de Máinor, el antiguo mandador. Me confirma que Pirú tiene que estar ahí el miércoles y que soy bienvenida. Llamo a Pirú. Nos ponemos de acuerdo. Le doy las señas del apartamento de Pauli para que me venga a buscar.

La llanura está seca y es apenas diciembre. Desde el fondo del jaragua las reses me miran. El clima caliente me ha empezado a descongelar, porque empecé el viaje muda, con frío y agarrotada —salimos antes del amanecer. Ya me voy normalizando.

Luego de horas de viaje el camino se bifurca y Pirú entra a la derecha, a una calle de lastre con piedras blancas a los lados.

Entro a la casa grande escoltada por Pirú. El pelo negro y espeso no me deja ver. Me lo amarro.

Todo olía a cosas alguna vez olidas. Huele tan fuerte a todo que me mareo y siento que me voy a desmayar. Me desplomo suavemente en un sillón.

Así me encuentra Ivania: “¡Jesús, aquí está la niña!” “Sí, Ivania, una niña de treinta y dos años, qué le parece”.

Ivania me tenía el cuarto listo. La abracé. ¡Qué envejecida estaba! Había pasado tanto tiempo. Era lógico que pusieran a Pirú de mandador. Me imaginé lo cansado que debía estar su esposo, Máinor.

Duermo muy bien. En la mañana me trae el desayuno.

—Ay Diana, qué distinta que está —me dice.

—La última vez que vine aquí yo tenía doce. Había que cambiar,

¿no?

—Sí, por supuesto. Me dijo que tenía treinta y dos. ¿Hace veinte años que no la veía? ¿Por qué tanto?

—Porque me fui a estudiar. Pasé catorce años fuera. Regresé hace una semana.

—Algo oí, sí, que usted estaba en Europa. En todo caso me alegro de verla. Esta es su casa. Bueno, la de toda su familia.

—Ivania, dígame, ¿el río está seco?

—Ya no hay río.

—¿Y los caballos?

—Ay, niña Diana, esto es un abandono. Primero trajeron del Caribe un montón de caballos. Hicieron cuadras. Pero no se ocupaban de las bestias. Estaban entotorotados con unos condominios turísticos de playa, usted sabe que las playas de esta finca son de una belleza fuera de lo común. Pero no había servidumbre para llegarles y hubo problemas con la municipalidad. En eso de los condominios tenían otros socios y se pelearon con los socios por lo de la servidumbre que había que poner. Lo que los socios querían eran playas privadas. Y en este país, por ley, eso es imposible. Tiene que haber una servidumbre que le de acceso a toda la gente a los cincuenta metros públicos.

—Sí, claro, es igual en el Caribe.

—No, no es igual. Aquí hay algo que llaman cédulas reales, del tiempo de los españoles. Hubo empresarios que quisieron poner playas privadas con eso. No sé si les resultaría y tampoco me importa. Lo que sí es que a su papá y a los socios les falló. Y en esos enredos se olvidaron de los caballos, que se iban muriendo. Su hermana Vanessa vino por los que quedaban.

—¿Y la yegua Rosa?

—¿Rosa?

—Sí, una yegua rosilla rosada. Rosada como se pone el jaragua al final del verano, un rosado clarito.

—Mmm, sí, creo que me acuerdo. Una yegua muy fina. Kate me dijo que no había que dejar que se la llevaran porque era suya y un día usted la iba a reclamar. Una de las ideas buenas que tuvo Pirú para sacar recursos de este desastre fue llevarla a otra finca donde tienen un garañón de la misma raza. Para cargarla y vender la cría.

—¿Y dónde queda ese lugar?

—Al sur, lejos. Es uno de esos desarrollos turísticos que sí pegaron bien y sin playas privadas. El hotel es el Mar Azul. La finca es La Bahía.

—¿Usted cree que alguien me puede llevar a La Bahía? ¿Máinor, su esposo, por ejemplo?

—Claro. Le oí a Máinor decir que ya hay que ir por la yegua.

—¿Y usted cree que yo me la pueda traer montándola?

—No creo, Diana, queda lejos.

—¿A cuánto en *pick up*?

—Unas dos horas.

—No, no es lejos. Aquí todo me parece tan cerca. Yo vivía en un país de seiscientos cuatro mil kilómetros cuadrados. Eso sí eran distancias.

Cuando me acerco al galerón Máinor deja lo que está haciendo para mirarme. Su rostro se ilumina con una sonrisa pero me dice solamente: —Diana. Como veinte años sin verla.

—Máinor, ¿usted cómo está?

—Yo bien, gracias a dios, a pesar de los problemas.

—Sí, ya me contaron. Máinor, ¿es cierto que hay que ir a recoger a la yegua Rosa a "La Bahía"?

—Sí, Diana.

—¿Puedo ir con usted? Llevamos aperos y me la traigo montándola.

—Para traerla montada queda lejillos.

—No importa. ¿Hay apero para Rosa?

—Sí, un galápago, un cabestro, una talmeca.

—Pues los llevamos. ¿Podemos ir hoy?

—Sí, sí. El dueño de La Bahía es un señor muy decente. Casi ni cobró por el salto. Termino estas reparaciones y salimos, Diana.

—¿Pirú dónde está?

—Anda viendo unas partes de Bijagual que en invierno se inundan y hace mucho estuvieron sembradas de arroz. Pirú quiere volver a sembrarlas, anda en eso, a caballo. Me dejó el *pick up* a mí.

Máinor me llevó horas por la carretera asfaltada y después entramos a un camino empedrado. Como a los quince minutos parqueó frente al hotel Mar Azul. Señaló atrás: —Esa es la finca La Bahía. Las cuadras están a la derecha. Puede ir a ver a Rosa. Yo voy a decirle al dueño que venimos por ella.

Las cuadras son dos. Una de ellas tiene la ventana superior más baja. Veo las orejas puntiagudas de Rosa. Abro. Es la mía, la misma: me reconoce, me husmea. Me abrazo a su cuello. No quiero soltarla. Qué delicioso huele, resopla en mi pelo.

Oigo a Máinor acercarse. Dice que ya habló con el señor, que puedo llevármela. Que si tengo problemas busque un teléfono público y lo llame a él o a Ivania. Nos despedimos.

Salgo a buscar el apero, pues Máinor dijo que me lo iban a traer y nadie viene.

No se ve un alma en este hotel de lujo, sólo el polvillo fino que levantó el *pick up* yéndose.

—¡Uuuupe! ¿No hay nadie? Vengo a llevarme a la Rosa.

Una voz masculina ha surgido detrás de mí. Baja, casi un susurro, casi un olvido. Me volteo.

Estoy frente a un hombre alto e imponente que se parece mucho a Johnny Weismüller. De pronto espero que dé un grito de Tarzán, agarre un bejuco y se tire al agua.

Pero no se mueve. Sólo me mira. Me dice: "¿En qué la puedo servir?"

—Vengo a llevarme a la yegua rosada.

—¿Quién es usted?

—Diana Tazio. Máinor me dijo que ya había arreglado todo —le enseño mi cédula.

—Perfecto —dice con lentitud, con voz terriblemente suave.

—Necesito el apero que trajimos. Máinor lo dejó aquí.

—No lo he visto, preciosa. Pero vamos a buscarlo.

¿Por qué me dice "preciosa"? Sonríe. Después me pone la mano en el cuello, como para guiarme. Me sacudo y voy. "¡Qué chúcara!", exclama riendo.

Abre la puerta de un cuarto con monturas y me muestra el apero. Él se lleva la talmeca y el galápago. Yo cargo con el cabestro y el mantillón. Llegamos a la cuadra de Rosa. Entramos.

—¿Quién se va a llevar la yegua, quiero decir, dónde está el transporte?

—No hay transporte. Voy a llevármela montada.

—¿Estás loca? ¿A Bijagual? Es demasiado lejos.

—Lejos o no, así me la voy a llevar.

—Te lo permito porque tu cédula dice que sos Diana Tazio. También podrías ser una ladrona. Guapísima, por cierto.

—¡Qué simpático! ¿Permite? La voy a sacar para ensillarla afuera.

—Yo te ayudo.

—Gracias, puedo hacerlo sola.

Se va y cuando termino de apretar la cincha lo veo venir con una yegua blanca aperada al estilo guanacasteco.

—Te voy a acompañar porque no es fácil llegar a caballo. Sé que estuviste viviendo afuera. Esta provincia cambió.

—¿Quién le contó de mí?

—Bueno, cuando tu papá y Daniel compraron Bijagual, que siempre había sido de los del Cid-Gutiérrez, buscaron socios para un

desarrollo turístico. Me contactaron. Finalmente no acepté, pero por un tiempo tuvimos reuniones. Y supe de vos.

—¿Qué supiste?

—Que estudiabas primero en Bélgica y después en Francia.

—¿Nada más?

—Nada más.

Nos montamos. Salimos al calor implacable, no hay sombra. Son las dos. Me doy cuenta de que no sé cómo se llama.

—¿Cuál es tu nombre?

—Felipe.

Felipe dice conocer un atajo que nos permitirá acortar. Pero hay que subir.

Vamos subiendo entre árboles altísimos. Le agradezco el desvío pues tiene sombra. Yo pensaba regresar por la carretera. Ahora veo la ventaja de que me acompañe.

Al final de la cuesta escasea la sombra. Acerca su yegua blanca y me dice: —Mirá allá.

Estira el brazo, señala a la derecha. Bajo el sol abrasante se abre el golfo como un abanico azul con sus mil islas. Es un golfo realmente muy azul. Azul pacífico. "*Pacific Blue*", dice Johnny Weismüller entre dientes. Por alguna razón nos hemos conectado.

—Ahora hay que bajar. Por el atajo que conozco hay que atravesar partes de playa.

El camino de bajada también tiene sombra y el gradiente es suave. Lo disfruto.

Hemos llegado al mar. Propone un descansito.

La playa se extiende seca bajo un cielo monocorde. La arena es blanca con miles de caracolas. Casi no hay árboles, dominan las bromelias. El calor es tremendo a pesar de la brisa. El mar es un gran vidrio azul.

La voz suave me saca del ensimismamiento:

—Voy a refrescar los caballos.

—Okey —respondo.

Me apeo y me tumbo en la arena.

Al rato vuelve Felipe con las bestias desensilladas y mojadas, mirándome con los ojos fruncidos por el reflejo y empezando a cerrar la bragueta abierta del pantalón en un gesto viril destinado a turbarme.

—¿Les diste agua a las yeguas?

—Sí, *madame*. Hora de seguir.

Ensillamos. Dejamos atrás la playa blanca y pulida, el mar de vidrio, las bromelias, los miles de caracolas.

Nos internamos en un bosque flaco y ralo. Felipe me trata como a una extranjera o a una bebé. Me explica que su finca está más cerca del Pacífico central y por eso la vegetación es mejor que la de nuestra finca, que está más al norte. Nos quedamos en silencio. Me siento cansada, magulladísima después de catorce años de no montar.

Vuelve a hablar Johnny Weismüller como para disculparse, pero no de su silencio, sino de la aridez. Me dice que el paisaje se irá tornando cada vez más amarillo conforme nos acerquemos a Bijagual. Que las hojas grandotas se irán tornando escuálidas, chiquitas, que aumentarán las iguanas, las palmeras, las bandadas de pájaros con sed, el cansancio de los ríos totalmente secos. Que acabará la sombra y nos tendremos que someter a un sol asesino. Luego se queda callado y se aleja.

Pero en el ojo de la mente me queda su figura acercándose despacio por la playa, abrochándose provocadoramente la bragueta delante de mí.

Se aproxima.

—En una media hora vamos a llegar.

—¿Adónde?

—Al lugar donde pernoctaremos. No pensarías seguir cabalgando en lugar de dormir. O dormir a caballo y caerte y quebrarte.

—Es que no tengo sueño. No necesito dormir ni comer, necesito llegar.

—Estás totalmente chiflada. Pero sos hermosísima.

—¿Chiflada? ¡Qué cosa! Chiflado estás vos.

Nos dirigimos al pueblo. Atardece.

—Pero aquí no hay hotel.

—No, pero conozco a una persona que nos puede alquilar un cuarto para pasar la noche. Tiene cuadras y comida para las bestias. Eso no lo encontrarías en ningún hotel.

—Salvo en el tuyo.

—Salvo en el mío.

Ya es de noche. Don Alfredo Alfaro se lleva las bestias. Al perder de vista las orejitas puntiagudas de Rosa me entra terror. No quiero que se aleje. ¿Y si durmiera con ella en la cuadra? Felipe exclama que cómo se me ocurre.

Cenamos en casa de don Alfredo en este pueblito en el que no refresca a pesar de que hace rato la noche cayó. Felipe no me quita los ojos de encima. Pero yo tengo sólo una preocupación: ver a Rosa.

—Chupando dedo enroscada con la yegua. ¡Es el colmo!

La voz de Felipe me despierta con un sobresalto.

—Shhhh, venga ñatica. Usted no es una bebé. Usted es una mujer hecha y derecha que puede dormir en el cuarto conmigo.

—¡No! ¿Por qué me despertaste? No es la primera vez que duermo con la yegua. Es mía desde hace años. A vos en cambio no te conozco. Dejame en paz.

Trato de volverme a dormir. Pero no me deja. Insiste.

—Yo no soy un cualquiera, ñata. Soy un hombre decente.

—No me interesa. Ya te dije que no te conozco. Dormir es algo muy íntimo.

—Claro, lo más íntimo del mundo. Por eso no debés dormir con un animal.

—¿Cuál de los dos es el animal?

—Sin insultos, Diana. Si lo que buscás al abrazarte a las patas de la yegua es docilidad, yo te la doy. Si es compañía fiel, también te la doy —me dice al oído.

Como no le respondo pierde la paciencia. Me alza. Decido dejar de pelear.

Entramos al cuarto feo, iluminado por un bombillo minúsculo. Cierra la puerta con el pie, me pone sobre la cama, se vuelve y me dice que me quede en calzón y camiseta, por el calor. Se tiende en la otra cama y apaga la luz. No se ve nada. Sólo se oyen los ruidos de la noche, congos, grillos, los bichos de la selva seca, el agitarse de la selva seca, el agitarse de su respirar.

—Felipe…

—¿Sí, reina?

—No, nada…

—Dormite, ñatica.

—¿No tenés calor?

—Sí. Estoy esperando que te durmás para desvestirme.

—Cerraré los ojos.

—Okey.

Lo oigo desvistiéndose, me deslizo al suelo y agarro sus piernas como si fueran las patas de Rosa. Felipe se vuelve y me guía la cabeza.

—¿No te importa hacerme esto?

—No. No.

En la mañana me dijo que iba a ser un verano terrible, que cada vez los veranos eran más terribles. Le pagó a don Alfredo. Seguimos. La bahía quedó atrás. Cabalgamos muy juntos, abrazados.

Al mediodía buscamos agua, sin hablar y sin comer y sin dejar de abrazarnos. Empezó a soplar el viento y nos abrimos hacia la llanura. El calor era inaudito.

—Ahora tenemos que hacer un trecho por la carretera. Todo saldrá bien, tu yegua está herrada.

Felipe agarró de pronto una actitud distante y ya no me quiso abrazar.

—¿No querés abrazarme porque es la vía pública?

—No, preciosa. Es por el calor.

—¿Y cuánto tiempo habrá que andar por la carretera?

—Treinta o cuarenta minutos.

Después de un rato de cabalgar por la orilla sufriendo carros que van a mil por hora, un Mercedes se nos pone atrás, pitando. Una muchacha grita: "¡Felipe, Felipe!" Felipe detiene la yegua blanca.

La chica estaciona en la berma, pone las intermitentes y sale del carro. Va a él. Es preciosa. Felipe me dice: "Ya vengo", desmonta, deja su yegua blanca y van al Mercedes. El cabello rojizo de la mujer es como una llama. Ríe, se quita las gafas oscuras, lo besa en la boca. Se suben al carro. Ella arranca. Felipe por la ventana me grita: "Ya vuelvo". Ella me mira despectiva. Se van.

Me quedo sola como un espantapájaros. La yegua de Felipe mordisquea el pasto de la orilla. De pronto me fijo en un rótulo. Dejo la yegua blanca de Felipe al garete y guío a Rosa por una calle empolvada que sale de la carretera.

Cuando estoy segura de haberlo perdido, un caballo galopa.

—Ey, ey, señorita, ¿adónde va?

¿Señorita? Qué caradura.

Algo viene. Algo viene como un coágulo. Me arqueo.

Felipe me agarra un brazo preguntándome si estoy enferma.

—Te ordeno que me soltés —le espeto, furiosa.

—No te voy a soltar. No quiero que te vayás sola. Vamos a ir juntos. Además éste no es el camino.

—¿Y a vos qué te importa? Andá, devolvete con esa muchacha.

Felipe frunce el ceño y los ojos por el sol y sin perder la calma y la voz suave murmura: "Dejame acompañarte".

No se acuerda. No recuerda la violencia del clímax anoche. No recuerda lo que le hice, lo que me hizo. Ni siquiera se acuerda de lo que me dio a ver antes de subirse la bragueta, en la playa blanca. Así fue como empezó.

Hoy va a dormir con el cuerpo sobrenatural de esa otra mujer. Llegaré sola a Bijagual. De todos modos era lo proyectado.

—No te dejaré ir.

—Soltá las riendas, estúpido. Cabeza de chorlito.

No sé cómo logré que me soltara, no sé cómo lo perdí, no viene conmigo. Estoy ardida por el sol, estoy completamente ardida. Me

detengo. Cae la tarde. Hundo la cara en las crines de Rosa, lo que me sosiega. Las dos estamos empapadas de sudor.

Lo deseo como en los peores boleros. Un imbécil, una pésima copia de Johnny Weismüller.

Es muy tarde. Miro la geografía incendiada de la llanura. Me toco la pelvis que anoche estaba radiante y ahora me duele. Pero no sé si me duele más la pelvis que la piel. “Lo más profundo es la piel”, dijo aquel mexicano. Es mexicano este encuentro desde cualquier lugar que se le mire.

Dijo “Ñata, te quiero”. Pero como me enseñó Kate, los hombres cuando tienen un orgasmo grande siempre dicen “te quiero”, se trate de la novia, de una puta o de una gallina.

Es ya de noche cuando distingo, a la derecha, la entrada de piedras blancas de Bijagual.

Entro. Llevo a Rosa a la cuadra y llamo a Máinor para que la bañe con manguera y le dé heno y concentrado.

Ivania me abraza, me ofrece un té de manzanilla, dice que me acueste y descanse porque parece que tengo una insolación.

Me tomo el tecito que me trae Ivania. Tengo que dormir. Pero no sé cuál es mi cuarto. ¿Todos, ninguno? ¿Cuál fue ayer? Dejo que ella me conduzca. ¿Adónde? Debe ser cierto lo de la insolación. Me estalla la cabeza. Tengo calentura.

Ivania me pone en la frente paños fríos y conversa con Pirú, que se ha asomado a la puerta a decirme que Rosa está bien.

Pauli entra haciendo mucho escándalo. Como si le costara manejar las botas. Oigo cuando se las quita.

El pelo largo y espeso —negras, gruesas agujas— me cubre parte del rostro tostado por el sol de ayer. Sé que Pauli está pensando que por eso me rechaza mi familia, por mi piel oscura, por mis labios crespos y carnosos, por mi pelo grueso, equino. Sí, nacer con fisionomía negroide o aindiada es lo peor que le puede pasar a una en este país. La genética es una ruleta rusa, Pauli heredó el fenotipo de italiano del norte del abuelo Tazio. Vanessa y Daniel también. Renato es mitad y mitad. En cambio en mí se dio cita lo más originario del mestizaje y si tengo belleza es por esa razón.

Se sienta a mi lado. La llanura huele a polvo y a calores. Me zarandea.

—No me agredás, Pauli.

—Ya me dijeron. Casi dos días de cabalgata. Vómito, insolación. ¿Cómo se te ocurrió venirte desde el hotel Mar Azul a caballo?

—Dejame tranquila.

—¿No sabías que es un riesgo exponerte de ese modo a los rayos solares?

—Por supuesto que sabía, psiquiatra prepotente. Sabía más que vos.

—¿Entonces?

—Necesitaba montar a Rosa. Restablecer contacto.

—Estás chiflada.

Al oírme me empiezan arqueadas de vómito. Salgo de la habitación. Regreso limpiándome la boca.

—¿Ves?, te enfermaste.

—Pauli, no has parado de agredirme.

—Me preocupa tu salud.

—Si de veras te preocupa mi salud, cerrá el pico, ¿okey? Me duele la cabeza.

—Sí, pero antes decime quién es ese farsante de caballo blanco y sombrero que está en la entrada preguntando por vos.

Mi boca se contrae.

—El dueño del hotel Mar Azul. Y de la finca La Bahía —le digo. Pongo la almohada contra la pared, respiro hondo y me siento.

—¿Y qué te quiere?

—No sé. Decile que yo duermo y que se vaya.

Pauli sale y regresa limpiándose las manos con un klínex.

—Listo.

—¿No dijo nada?

—No. ¿Qué esperabas que dijera?

—Nada, no.

Caracolas rosadas se hacen trizas bajo los cascos de las cabalgaduras. El mar intensamente azul —*Pacific Blue*— contra la playa de conchas molidas. Su cuerpo grande me abarca desde atrás. Está temblando. Me susurra al oído. Su mano me recorre el vientre. Su otra mano me aprieta la cintura, el trasero. El pavorreal extiende todas sus plumas. No hay olas en este mar de vidrio. Una única altera la superficie de cristal, crece y estalla.

Estoy en el cuarto de baño. Vomito. Oigo a Pauli preguntar si quiero un antinauseante. Asiento con la cabeza y cuando Pauli ha salido, la apoyo contra la pared y empiezo a llorar. Pauli entra con la pastilla y un vaso. Me la tomo y voy a tirarme contra las almohadas en la cama. El ruido sereno y azul de una brisa fuerte me va quitando el espasmo del vómito.

Al día siguiente Pauli me acompaña a caminar. Primero transige con mi ritual de amor a Rosa: pasarle la rasqueta, cantarle, supervisar

el concentrado y el heno; “Si necesitás esos rituales no estás tan bien como yo creía”, me dice Pauli cuando vamos caminado. “¿Es una interpretación psiquiátrica?”, le pregunto, “¿tengo un trastorno de la personalidad?” Pauli se ríe y me coloca bien el sombrero de ala ancha que me trajo.

Estoy por preguntarle más sobre trastornos, pero me quedo congelada. No es posible, el Llanero Solitario en *jeep*.

Pauli pregunta:

—¿Vos sedujiste a ese cabeza hueca?

No le contesto.

—Diana, sabrás a lo que se dedica, ¿no?

—No.

—Pues a mí ya me contaron. Es el *playboy* de moda para las divorciadas, preferiblemente platudas. Pero no se queda ahí. Se le ve muy a menudo con esas nenas vulgares y estrafalarias de nuestro “avioneta set”.

—¿Y toda esa actividad la despliega en el hotel Mar Azul?

—No sé ni me interesa. Sólo espero que no te haya preñado ni pegado el sida.

—Uso condón. Y tengo las trompas ligadas, no puede preñarme.

—¿Las trompas ligadas? ¿Por qué?

—Es que no quiero tener hijos, Pauli. No podría. Jamás.

Por el rostro de Pauli pasa una sombra de tristeza. Al rato me dice, dándome una palmadita en el hombro: —Bueno, te dejo con ese atorrante.

Felipe desciende del *Land Rover* y abre el portón de la entrada mirándome serio. A mí, que estoy inmóvil. A mí, que sigo inmóvil salvo por un ligero temblor. Yo, que odio a los seductores profesionales. Yo que me mantuve alejada de esta tierra por aversión a los varones latinos y en un lugar opuesto me prohijé. Yo que desconfío de las declaraciones postcoitales de los hombres estoy temblando y tiemblo más aún cuando Felipe me roza la cara con los dedos.

—Ñata —me dice—, esa noche con vos fue mi noche.

Mis manos se alzan, como si fueran a rodearle el cuello. Pero luego descienden, desalentadas.

—Mirá, Felipe, estoy ocupadísima.

—¿Qué tenés que hacer?

—Mis cosas.

—Te necesito. Esa noche tuve el orgasmo más grande de toda mi vida. Me dejaste lelo.

A pesar de que cumple exactamente con lo advertido por Kate, al oírlo empiezo a transformarme en laxa muñeca de trapo, suelta y

abierta.

—Diana, vení.

Con un nudo en la garganta, borrando todo lo que siento le digo firme: —¡No!

—No te burlés de mí, Diana Tazio. Yo sé que me deseás en puta.

—Felipe, no volvás.

Se aleja un poco. Parece desconcertado. Dolido. Anuncio:

—Nadie se enamora en una noche.

—Yo sí —contesta.

—Las personas que hacen el amor con desconocidos poniéndole tanta, tantísima intensidad, pueden considerarse criminales.

Está muy alterado. Está furioso.

—¿No te das cuenta de que eso mismo te lo puedo aplicar a vos?

Me toma por los hombros. Luego los baja a mi cintura. Acepto la tristeza. Él ignora que soy una muñeca de trapo de las que no pueden desear sin enamorarse.

Mi psicoanalista interrumpe:

—*Eso de que no puede desear sin enamorarse no es lo que me ha venido contando.*

—Sí lo es.

—*¿Me va a decir que se enamoró locamente de los agrónomos a los que, según sus palabras, deseaba desesperadamente? ¿Me va a decir que se enamoró de los amigos de Shoan? ¿Qué está enamorada de sus compañeros de trabajo?*

No puedo responder. Tiene razón. Y sin embargo lo otro también es verdad. Trato de explicarme y explicarle: —De Shoan sí me enamoré. Por eso tenía que ofrecerme a los otros. Para que él lo viera.

—*Y para que Katell lo viera.*

—No. No. Lo de Katell era distinto, fue pura destrucción. El juego de mostrarme es sólo con varones. Con un varón. Al que amo, el que me mira. Después entran los demás. Lo de los agrónomos pasó porque me enamoré de Sergio.

—*Pero ¿y las ganas de que la toquen sus compañeros de trabajo, juntos?*

—Ya le dije que hay uno que me gusta muchísimo. A ese lo quiero seducir.

—*Para después hacer el amor con todos.*

—Sí.

—*Siempre y cuando el escogido le corresponda.*

—Si no me corresponde seguiría insistiendo.

—*¿Y si finalmente no lo logra?*

—Entonces el juego se acabó. Habré sido rechazada.

—*Pero eso no le ha pasado nunca.*

—No. La noche que me emborraché y me puse melosa con el encargado de giras él me frenó delicadamente. No me rechazó. Lo que quiero saber es por qué las ganas siguen. Una semana se atenúan y a la otra ya no me dejan dormir. En general yo he sido muy estable.

—*¿Muy estable?*

—Claro. El demonio me dejó tranquila largo tiempo. ¿No es estabilidad afectiva vivir en paz amando a Katell siete años y ocho años amándolos a ella y a Shoan?

—*¿Cuánto tiempo duró su pareja con Felipe?*

—Cinco años. Pero no vamos a hablar de mi pareja con Felipe porque ya no es problema. Usted quiso saber cómo lo conocí en Bijagual y eso le estaba contando.

—*Diana, en estas sesiones hemos descubierto que casi todas las cosas están vinculadas.*

—Algunas, sí. Como le decía, yo soy muy estable excepto cuando se me mete el diablo. Algo antiguo que creo superado regresa. Entrar a la habitación de mis compañeros de trabajo me daría un placer inmenso. Sentir el cuerpo estremecerse en contracciones absolutas. En algún lado leí que el placer femenino es cien veces más potente que el de los hombres. Tal vez por eso hago lo que hago.

—*No creo que esa sea la razón fundamental. Además, en todos los casos, su placer grandísimo termina en desastre.*

—No siempre. Con Sergio y los agrónomos ¿dónde está el desastre? El único desastre es que Sergio era un pendejo. Yo entiendo que usted cuestione lo que yo dije, que no puedo desear sin enamorarme. Pero mire, con Katell fue así. Me enamoré por esas manos sedosas, largas y pálidas que metió bajo mi ropa, que usó con tanta ternura y sabiduría que me vine con un grito en un baño del museo. Sergio me empezó a gustar cuando me tocó los pechos a los catorce y me enamoré definitivamente cuando hicimos el amor. Igual fue con Shoan.

—*Veo su punto. Usted tiene casi siete meses de venir al diván. Ha trabajado bien, ha roto defensas, han salido cosas muy inesperadas. Pero no es suficiente. Ya le he dicho en otras sesiones que hay una escena anterior a la de Sergio. Una escena perdida.*

—Eso sí que me parece teórico. Como un manual de Freud. O de Lacan. O de… ¿Allouch?, ¿así se llama?

—*No se trata de manuales. Es lo que usted dice. Su inconsciente lo grita.*

—Yo no he gritado nunca aquí.

—*No dije usted. Dije "su inconsciente". Las repeticiones son gritos. Ese enamoramiento después de un acto sexual fuerte es un grito. Y lo que el*

grito significa es que hay una orden detrás. Usted ha venido a verme para que yo le ayude a descifrar una orden de la cual usted es esclava. Esa orden viene de la escena perdida. Que es la escena primera.

—¿Y si no la encontramos?

—*Nos jodimos. Se jodió usted y me jodí yo.*

Me río y él se ríe también. Le digo:

—Usted se está riendo para no llorar.

—*Tal vez. Mire, cuando usted dejó la silla y se tendió acá, lo hizo para rebuscar en su inconsciente. Nadie llega al inconsciente sentado en una silla. En el diván sí. Usted necesitaba, y necesita, saber por qué pone en riesgo su maravilloso trabajo. Su independencia. Su reputación laboral.*

—Pues claro. Una mujer que hace lo que yo me muero por hacer es considerada una puta, una zorra.

—*Mire, aunque lo hiciera, usted no sería ni puta ni zorra.*

—No, porque lo hago por amor. Es búsqueda de amor. Pero mis colegas no lo entenderían. Y como en esta sociedad las mujeres no suelen buscar el amor así, sería considerada una zorra. Una puta.

—*No. No lo sería.*

—¿No? ¿Por qué?

—*Ya se lo dije. Usted no lo hace porque quiere.*

—Claro que lo quiero. Es una maravilla. Venirme con esa intensidad, vivir el sexo así, es casi un milagro.

—*No, no. Se equivoca. Usted lo hace porque alguien se lo enseñó. Alguien le enseñó a obsesionarse, usted lo llama enamorarse. Alguien le enseñó a ofrecerse mientras esa persona miraba. O participaba. Esa es la escena que yo busco.*

—¿Y usted cree que si la encuentro por fin tendré paz? Ay, sí, pero perderé ese disfrute tremendo, esa absoluta maravilla. No se me volvería a meter el demonio.

—*Sigamos.*

XIV

Bueno, estamos en Bijagual. Son como las siete de la tarde, está refrescando. Me he enamorado de Felipe. Quiero proponerle: “Lleguemos a un acuerdo, por un año dejá a todas tus nenas y viví conmigo”. Pero enseguida me doy cuenta de que es un negocio y el amor no es negociable. Tengo sus manos fuertes y a la vez suavísimas en mis hombros y lagrimones que me limpio con el brazo. Voy a decírselo: que no puedo desear intensamente sin amar. Pero no le digo nada. Me desprendo de él y me doy la media vuelta.

Entro a la casa, me acuesto y sueño.

Voy nadando por el río Dos Lunas. Creo oír, lejos, muy lejos, en la barra, el río pegando contra el mar. Vertiéndose en el mar. Empezó la marea alta y van a subir los tiburones. Quiero verlos. Dicen que para entrar en agua dulce se concentran y expulsan el agua salina por las agallas. Cierran los ojos, pujan, sale el agua de mar y quedan listos para viajar río arriba. Me agarrro a las hojas liquenadas. Los miro.

Al amanecer Ivania me dice que dormí un día y una noche. Que pasé veinticuatro horas privada, que debe ser la insolación. Me tiende una camisa y el sombrero.

Me siento súper bien. Necesitaba dormir. Me alisto y salgo. Oigo a Máinor arrancando el motor. Corro y le pregunto a dónde va. Dice que a arreglar las cosas para que le traigan la otra yegua, que ya está preñada.

—¿A la finca La Bahía? ¿Al hotel Mar Azul? ¿Puedo ir con usted?

—Claro, Diana.

Me traje el bikini y ahora estoy echada junto a la piscina.

Me miro en detalle y descubro que tengo puesto no mi bikini normal sino un dispositivo artero, complicado, sumamente exiguo, uno de esos bañadores de exhibición para excitar, abajo unos hilos que tapan sólo parte de las nalgas y arriba unos hilos que tapan solamente parte de los pechos. Lo compramos hace mucho Katell y yo en París, antes de Shoan.

Al otro lado de la piscina deben estar el bar y el restaurante porque se oye una música de violín culta y ligera, algún vienés de principios de siglo, Kreisler tal vez. El calor propicia la indolencia. Me digo que hace meses no me sentía tan bien. Hay una especie de violín

hungarizado y un rondó que me devuelven a veranos europeos junto a Katell, a una piel lisa, a una cena en Trieste, las nueve y aún hay luz.

Me envuelve ese recuerdo desagregado, hermoso, y la necesidad noreuropea de broncear el máximo de piel. Desanudo las tiras superiores que resbalan morosas y el exiguo sostén cae a la piscina.

En este hotel pareciera no haber nadie.

Este hotel pareciera estar vacío pero me he equivocado, alguien se acerca. No quiero abrir los ojos, debe ser un policía con cachiporra —con cachiporra no, eso era antes, ahora tienen metralleta—, un policía con ametralladora que me amenazará con detenerme si no me cubro inmediatamente las mamas. Seguirá una retahíla de insultos no menos violentos por velados y la obligada conclusión sobre el derrumbe moral de este país.

Pero ahora los pasos se hacen lentos y no parecen los pasos de un policía sino los de alguien descalzo o con sandalias. La indolencia no me deja abrir los ojos. La persona se queda quieta, tan quieta que casi se me olvida que está allí. Pero se acaba la música y al quedar solamente la mirada ésta se vuelve una caricia y se me hace que el que está aquí mirándome es Felipe. Aprovecho:

—¿Podrías decirle al muchacho del bar que ponga música otra vez?

La persona va hacia el bar y da una orden y al oír la voz constato: sí, es Felipe.

Felipe vuelve y se acuclilla a mi lado y sus dedos suavísimos me recorren la cara, los dedos amorosos de Felipe me dan un rostro nuevo: el rostro del amor y del placer. “No deberías asolearte sin protección”, me dice, y yo sé que ha descubierto en mi piel tan morena y resistente la traza de minúsculas arruguitas.

Felipe saca de algún lado un pomo y dice que va a protegerme. El violín se ha puesto lánguido con un tema otra vez de Europa oriental y él empieza a ponerme en la cara, en el cuello, esa crema o ese aceite. Yo lo dejo hacer porque —perdón, Katell— estoy tan contenta. Me pone despacito en los hombros, baja y me cubre los pechos con una fina película de filtro antisolar, me cubre el estómago, me unge las piernas, la parte interior de los muslos, me quita la parte de abajo del exiguo bañador. Me pide que me dé la vuelta mientras se mezclan el violín y la voz del mar. Me pone en las nalgas y luego de cubrirlas las separa y hunde en la separación sus dedos, pero como los tiene llenos de crema antisolar, una sustancia fuerte, al acariciarme irrita la mucosa. Grito, me duele, y en lugar de ir a lavarse bien las manos y echarme agua en el trasero, arrima su boca y me pide que separe bien las piernas y que lo deje. Y su lengua y su saliva eliminan el líquido y

restauran el ph original y cesa el escozor. “Pobre niña, pobre mi pobre niña”, dice, y me obliga a levantarme. Pero esa sustancia fuerte en el resto del cuerpo, esa película fina de sulizobenzone o algo así, nos obliga a mantenernos separados. Felipe me enlaza la cintura y me lleva a recorrer el jardín de buganvillas en el que corretean iguanas.

Nos tendemos a la orilla de la piscina. Él quiere saber más de mi pasado. Yo me callo porque en el bar pusieron la *Novena* y es maravillosa, quiero oírla.

Felipe da una orden y la música cesa. Un mozo de uniforme trae refrescos que deposita discretamente al lado mientras Felipe me empuja a la piscina. Nadamos en silencio, él incesantemente tocándome. Al salir han puesto música tropical. Yo le digo: “Lo arruinaste todo, que la quiten”, pero Felipe está meneando la cabeza. “La vamos a dejar, es muy bonita”. “No. Es sólo un bolero cursi”, le replico. Pero Felipe ha empezado a besarme y lo que me gana no es la música sino la languidez en los miembros que sobreviene al contacto con su boca y Felipe me pide que bailemos, así mojados me enlaza y yo obedezco con tal de no separarme de su piel, estoy tratando de no oír esa canción estúpida, *Como en un sueño, sin yo esperarlo, te me acercaste*, lo que hago es repetirme en la cabeza el cuarto movimiento de la Novena Sinfonía, el más fácil, y luego entran los coros y yo me felicito de mi buena memoria musical, pero estoy equivocando el ritmo de las caderas de Felipe y necesito seguir esas caderas, *y en el embrujo de tus palabras, había ternura,* tengo que abrirme para que la música tropical me invada. Si pudiera dejarme invadir solamente por el ritmo, por la música, pero hay también las palabras, repetitivas y cansadoras, repetitivas y encantadoras, Felipe quiere hacer el amor mientras bailamos, pero es un hombre altísimo y yo de estatura mediana, entonces me alza y me pide que rodee su cintura con mis piernas, que lo enlace con mis piernas. Yo lo hago, su masculinidad trata y empuja y así, alzada, mi camino queda abierto a su penetración, tengo miedo de esta inermidad porque su pene está entrando delicioso, implacable, y si en nuestro previo encuentro no me contagió de nada —él que se tira cuanta nena se le pone debe tener una fauna bacteriana o viral muy diversa— fue porque usó condón, ahora no está usando, y de pronto vuelve la *Novena* y en el magnífico *Deine Zauber binden Wieder* le pego a Felipe con el puño para que saque su arma cuasipública de mí, pero se me había olvidado que es Tarzán y mi puño no le hace apenas mella, me enlaza aún más fuerte aumentando las gamas del placer. Yo lo aprieto con los muslos para que no se vaya porque he de aceptar que deseo con toda mi alma que siga dentro mío, que corro todo el riesgo, que nazcan cosas

buenas, bosques, flores, musgos, pájaros, por el milagro cursi del amor. El cuarteto y el coro me dejan un espacio para mencionarle a Felipe el examen del sida, y él aclara, “estoy limpio, en mi cuarto tengo la prueba del laboratorio”, pero yo no soy tan fácil de convencer, Beethoven regresa y yo pregunto “¿Y herpes? ¿Clamidia?” Él me asegura que no tiene nada de eso y agrega: “Por favor, vivamos juntos, quiero tenerte así todas las noches”. Yo imagino primero algo bonito, nuestra cama, y luego el abandono, el hábito incurable de la seducción, la cama sola, la estúpida existencia. Rompo el abrazo, brinco al suelo, le doy un empujón que lo agarra desprevenido, se tambalea pero no cae.

Los mozos del bar están alarmados ante esta muchacha que no deja que el patrón se la coja tranquilamente. Felipe se recupera. Me retiene y me pone en el suelo mojado junto a la piscina y se acuesta sobre mí. Y en el momento en que mis uñas le escuecen —he empezado a arañarlo con ferocidad— sé que ya es tarde, que la ola de espermatozoides de este hombre promiscuo me ha inundado por dentro antes de caer los dos de nuevo al agua.

Dice la voz tras el diván:

—*Supongo que finalmente no tenía ninguna enfermedad.*

—No. Ninguna. Era un Porfirio Rubirosa, siempre se cuidaba.

Mi psicoanalista cambia totalmente el tema:

—*Al volver de Bijagual ¿fue a visitar a sus padres?*

—Sí. Pero en la memoria no puedo separar esa visita de mi deseo por Felipe. Déjeme seguir.

Después de Bijagual dejé la casa de Pauli. Me fui a la de Felipe. Mi decisión no fue racional. Fue de mi cuerpo. Mi cuerpo lo pedía. Necesitaba sus brazos, duros, fuertes. Necesitaba sentir que me enlazaba con sus piernas hasta casi hacerme trizas. Necesitaba su piel. Quería tocar su pene no circuncidado, esa piel deliciosa que tiene un nombre feo: prepucio. Quería masturbarlo todo el tiempo y cuando estaba a punto, meterlo en mi boca, chuparlo. Sentirlo dentro de mí. Decidimos vivir juntos.

Trasladé a Rosa de Bijagual a La Bahía.

Y sólo entonces me acordé de que no había ido a ver a mis padres. Le pedí a Pauli el teléfono y las señas de su casa. Fui a visitarlos un domingo como a las tres.

Me abrió la puerta una empleada sin uniforme. “Soy Diana, la hija mayor de don Carlos. ¿Ellos están?” “Sí, pase”. Me llevó a una salita junto a un jardín lleno de flores. Llegó papá. Me abrazó. “Hija, gracias por no haberte enredado de nuevo con Sergio. Tengo un regalo para vos”. En ese momento entró mamá. También me abrazó, si es que

puede llamarse abrazo a algo tan frío. El regalo era una casa en uno de los pueblos coloniales que ahora son parte de la ciudad. Fuimos a verla. A través de esa casa, ni grande ni pequeña, ni cara ni barata, sentí el cariño de papá y me prometí tener con ellos una relación distante pero cortés y civilizada: visitarlos una vez al mes y no olvidar los cumpleaños y las navidades. Creo que les gustaba que yo viviera con Felipe.

—*¿Al cabo de cuántos años se separó de él?*

—Ya le dije, cinco.

—*¿Y por qué se separaron?*

—Porque me aburrí. Pauli tenía razón, era, es, poco inteligente. Cuando se nos acabó la calentura sexual me quedé sin nada. Volvía de mis giras y me ponía a contarle lo que había hecho, mi trabajo es maravilloso. Pero Felipe ni siquiera opinaba, no tenía conversación.

—*¿Se separaron después de una de esas escenas en que usted se ofrecía?*

—Fue una escena diferente, pero se me metió el diablo. Y Felipe, que había sido y seguía siendo un promiscuo, no lo soportó.

—*Qué cosa. Siempre son sus amantes los que la dejan.*

—Sí. No aceptan mis rituales de felicidad.

—*¿Podría decirme cómo fue?*

—Felipe era muy sociable. Solía invitar amigos a su casa de la capital, la que me dio papá yo la había alquilado. Como le dije, en ese último año de nuestra relación ya trabajaba como geógrafa en mi actual ONG y estaba feliz y en constante asombro y esa fascinación compensaba la pareja deficiente que había llegado a ser Felipe. Sí, con Felipe me aburría, pero mi hermoso trabajo compensaba la inconformidad. Y sus reuniones sociales eran buenas. Su mejor amigo se llamaba Julián, también hotelero, y su otro compinche se llamaba Sergio Andrés. Un tipo brillante. Habían estudiado en la misma secundaria y aunque eran tan distintos como el agua y el aceite se seguían viendo porque jugaban tenis juntos. Felipe tenía canchas de tenis en el hotel. Sergio Andrés era, es, politólogo. Él y yo nos echábamos discusiones buenísimas.

La escena fue un sábado de septiembre, a la hora del almuerzo, hacía un calor terrible. Afuera, en el jardín, había un rancho para invitados. Yo les servía bebidas en el rancho mientras Felipe cocinaba dentro de la casa. Hacía tantísimo calor. Yo andaba con una blusa de tirantes y me bajé uno. Sergio Andrés me vio y me bajó el otro. Julián y el resto nos miraban. Yo me quité la blusa y la minifalda y me pegué contra Sergio Andrés, que me besó, primero un beso lento y riquísimo en la boca y después me besó el ombligo y cuando iba a seguir

ombligo abajo Felipe salió de la cocina. Yo sentí el demonio entrar, es decir, las ganas de ofrecerme a todos, de que todos vieran. Juraba que Felipe se quedaría quieto, mirando. Pero no. Se puso furioso y le gritó a Sergio Andrés: "¿Qué putas estás haciendo, maje?" y se le fue encima y nos separó y me obligó a vestirme. Acusó a Sergio Andrés de traicionarlo. Dijo que ya no habría almuerzo, que no habría reunión y que ni se le ocurriera a Sergio Andrés volver a acercarse.

Cuando todos se fueron Felipe me preguntó: "¿Te gusta Sergio Andrés"? Yo le dije que sí. "¿Y te gusta su cuerpo?" Le dije que sí, también. Entonces me dijo que nos separábamos.

—*¿A usted le dolió*? —pregunta la voz tras el diván.

—No mucho, ya le dije que estaba aburrida. Su cuerpo grande me había empezado a incomodar en las noches. Y para colmo, averigüé que seguía viendo chavalas. Todo muy inocente, masajistas. Luego me di cuenta de que lo llamaban al hotel mujeres de otros países. Turismo sexual, ja ja.

—*O sea que la engañó.*

—No al comienzo. Creo que en los primeros tres años sólo estuvo conmigo. Fue como a partir del cuarto. Al principio la pasamos muy bien, después más o menos y al final estaba harta.

—*¿Y qué hizo con su yegua Rosa?*

—Cuando fui a La Bahía por ella la encontré mal. Llamamos al veterinario. Él le vio los dientes y dijo que la yegua era viejita, que ya iba a cumplir treinta. ¡Era la Rosa de mi infancia! Eso me conmovió. Murió al día siguiente. Felipe estuvo de acuerdo con que la enterráramos en su finca. Se lo agradecí. La lloré mucho.

—*¿Y siguió con Sergio Andrés?*

—Nos vimos dos o tres veces. Él tenía novia y yo estaba cansada de complicaciones conyugales. Usted no sabe, no, usted no se imagina la felicidad que sentí cuando me quedé sola y finiquité el contrato con mis inquilinos y me pasé a mi propia casa. Viví esos últimos meses del año 2002 y todo el 2003 perfectamente bien, sola. Trabajando en mi ONG era muy feliz. Hasta que se me metió de nuevo el diablo, esta vez en las giras. Por eso vine a verlo a usted. Dos años de giras sin problemas y de un momento a otro, ¡pum!, me cae el demonio.

—*Repito, lo que hay que saber es quién es el demonio.*

—Hoy no quiero hablar más. Nos vemos mañana.

XV

Esta vez mi psicoanalista abre: —*¿Qué pasó con Vanessa?*

—Ya regresó de Boston. Le cambiaron muchas veces los medicamentos, le dieron terapia y por fin mejoró. Ayer fui a su casa, después de la sesión con usted.

—*¿Le preguntó lo que pasaba en el cuarto?*

Saco un klínex y me limpio los lagrimones.

—*Diga* —insiste la voz detrás del diván.

—Bueno, veamos las edades. Yo soy la mayor. Un año después nació Renato. Y tres después Daniel. Siete después, Vane.

—*Lo de las edades ya me lo había dicho y está claro. ¿Qué pasaba allí?*

Lloro. Mi psicoanalista se impacienta.

—*¡Hable!*

—Yo en ese tiempo no sabía lo que pasaba.

—*Pero huía del cuarto.*

—Sí. Tal vez no quería verlo. Ayer Vane me dio una carta que me escribió cuando yo estaba en Bruselas y nunca me mandó —le digo y rompo de nuevo a llorar.

—*¿Y qué decía esa carta?*

Los sollozos no me dejan contestarle. Tomo mi bolso, abro mi *survival kit* que es una cajita donde guardo píldoras para una posible migraña, un dolor de estómago o un ataque de angustia. Me pongo medio Lorazepam debajo de la lengua y así me quedo, callada, cinco minutos. Saco de la cartera un papel arrugado, amarillo.

—Aquí tengo la carta. ¿Se la leo?

—*No. Dígame con sus propias palabras lo que ella le escribe.*

—Vane me dice que desde que ella tenía cuatro años, Renato y Daniel la obligaban a chuparles la pinga. La tocaban a ella y ella tenía que dejarse.

No puedo seguir.

—*¿Qué más?* —insiste mi psicoanalista.

Silencio. Suaviza la voz.

—*Por favor, ¿qué más, Diana?*

Hago un esfuerzo monumental para seguir.

—Se excitaban con ella. Se ponían muy duros. Le metían primero la puntita. Cuando cumplió seis años se la empezaron a meter… toda

—me echo a llorar otra vez.

—*¿Eso pasaba en el cuarto?*

Me retomo.

—Yo nunca lo vi, pero es posible. Pegaban las camas por el frío. Las noches de San José antes eran muy frías. Ahora ya no.

—*No se vaya por las ramas.*

—Vane dice que la amenazaban, que si le contaba algo a papá o a mamá ellos iban a decir que la culpable era ella, que las mujeres desde que nacen son zorras y putas. Vane les creía y tenía terror.

—*¿Usted leyó la carta allí, en la casa de Vane?*

—Sí, así rompimos el dique y me pudo contar. Prepárese porque es una historia muy fea. Yo le dije: "Vane, a mi regreso de Francia vos te veías muy bien". "Sí", contestó, "en esa época estaba con unos antidepresivos nuevos que me funcionaban de maravilla". Me dijo que había empezado con depresiones no cuando se fue Renato en 1984 sino mucho más tarde, cuando no se volvió a saber nada de él. Su esposo se había comunicado con la dirigencia sandinista y sí, Renato había estado en el ejército con los chigüines y combatió la Contra. Pero se acabó la guerra y no figuraba como muerto, pero tampoco aparecía. Cuando Vane supo eso, empezó a deprimirse. Y entre más lo buscaban y menos aparecía, peor se ponía Vane. Y cuando llegó al punto en que ninguna pastilla le hacía efecto su terapeuta le aconsejó que hablara. Que lo dijera todo. Daniel y Renato la habían abusado siete años seguidos, tenía que contarlo. Confrontar a la familia. El terapeuta le dijo que antes de hablar debían hacer un último esfuerzo para encontrar a Renato.

—*¿Y lo hicieron?*

—Sí, sí. Ya se habían hecho muchas gestiones y se hicieron más. Se movieron las influencias de toda la familia del Cid-Gutiérrez y las del esposo de Vane, que eran importantes. Hubo más contactos de alto nivel con chamorristas y sandinistas. Sólo se sabía el nombre del último batallón en que había peleado. Vane y su marido fueron a Nicaragua y hablaron con miembros del batallón de Renato. Todos le aseguraron que no estaba muerto.

—*Hábleme de Renato. Cómo se fue. Por qué se fue.*

—Renato siempre fue rarísimo. Bueno, lo mismo dicen de mí, *rara avis*. Todos creíamos que iba a entrar a la universidad y hacer carrera como pianista, pero nos equivocamos: apenas terminó el colegio falsificó la cédula para aparecer como mayor de edad y se fue a Nicaragua. Esto me lo había contado Vane por carta pues yo estaba en Bélgica. Y que cuando se desmovilizaron los ejércitos con el Plan de Paz y Renato no apareció, ella intuyó que estaba escondido. Mamá y

papá culpaban a los sandinistas de haberle lavado el cerebro a Renato. Delirios de mis padres, Renato tenía afiches de Sandino desde los ocho y se había metido solito a la Juventud Socialista. Ayer Vane me dijo que odiaba a Renato por lo que le había hecho, pero también lo amaba. Y que al regresar de Nicaragua sin noticias de él, se fue poniendo peor y peor y peor. Los resultados de esa última búsqueda que su terapeuta había aconsejado eran incomprensibles: Renato no estaba ni vivo ni muerto. Se dieron momentáneamente por vencidos: Vanessa, sin Renato, debía decir toda la verdad. Reunió a papá, mamá y Daniel. Y habló. Esto fue hace muchos años, yo estaba aún en Francia. Daniel lo negó todo rotundamente. Papá y mamá escucharon impasibles. Le dijeron a Vane que cómo habrían ellos podido saber lo que estaba pasando si ella nunca dijo nada. Que les parecía más creíble la versión de Daniel porque si había sido tan espantoso ¿por qué Vane se calló? Que los niños siempre juegan ciertos juegos genitales. Cuando Vane me contó eso ayer yo no podía creerlo: mis padres no la apoyaron, apoyaron a Daniel. Hablar con ellos sólo había servido para que la desautorizaran. Pero papá, siempre papá, que en esos momentos tenía plata, no le creyó pero sí la ayudó. Fue la primera vez que la mandaron al hospital de Johns Hopkins en Boston donde le hicieron estudios de todo tipo, y terapias y, lo más importante, encontraron la mezcla de antidepresivos que la sacó del hueco. Por eso en la fiesta en el Caribe yo la vi tan bien. Los nuevos antidepresivos la mantuvieron a flote por un rato. El doctor de Johns Hopkins la llamaba por teléfono mes a mes. Y cada cierto tiempo le cambiaba las drogas.

—*¿Cómo usted no se dio cuenta de lo que pasaba en la habitación?*

—A ese lugar yo le huía, se lo he dicho muchas veces. Creía que por mi sexualidad despierta. Pero acabo de acordarme de una cosa.

—*¿De qué?*

—De que no solamente pegaban las camas. Renato y Daniel le pedían a Vanessa que se metieran los tres en una sola cama. Y Vane no quería. Pero la obligaban. La jalaban del pelo.

—*¿Tres en la cama de una sola persona?*

—Sí, decían que porque tenían frío. Vane lloraba.

—*Y usted huía de eso.*

—Sí. Pero tenía miedo de contarles a papá y mamá, decirles que obligaban a Vane, le jalaban las trenzas.

—*¿Por qué tenía miedo?*

—Porque yo era mucho peor que Renato y Daniel, que a fin de cuentas eran niños. Bueno, adolescentes. Algo adentro de mí sentía que yo era la peor.

—*¿Por qué la peor?*

—Porque estaba enganchada sexualmente de un adulto desde los catorce. Enganchada de un adulto que me había tocado los pechos. Y después fue mucho más: enganchada de un adulto que me tocaba delicioso, que me tenía obsesionada, con sólo pensar en él se me arqueaban las caderas. Me daba una vergüenza horrible. Lo de Vane, Daniel y Renato al menos era entre niños. Entre adolescentes, luego.

—*Era entre dos adolescentes y una niña. Por eso usted huía. La perturbaba.*

—No me gustaba el hacinamiento. No me gustaba oírlos reírse, y a Vane llorar. No conocía el término pero ahora lo conozco: era promiscuo.

—*Promiscuo significa que desde el principio usted sintió que pasaba entre ellos algo… anormal.*

—No sé, no sé. Como le digo, promiscuidad es una palabra que estoy usando ahora, *a posteriori*. Antes no la conocía.

—*Pero acaba de usarla para describir la sensación.*

—Hoy. Es algo *a posteriori*.

—*Pero la sensación no es* a posteriori. *Ya la tenía. Porque sabía que dos adolescentes le hacían algo a una niña pequeña.*

—No sé. No sé. Esta sesión ha sido demasiado larga. Me voy.

—*Bueno, dejemos aquí. Pero seguimos mañana con esto.*

Mi psicoanalista abre la sesión: —*Diana, desde el principio usted sabía estas cosas, lo que pasaba en el cuarto, lo que le hacían a Vanessa. Y yo se lo pregunté muchas veces y usted decía que no se acordaba.*

—Pues es verdad. No me acordaba. Tenía un bloqueo.

—*Siga contando de la visita que le hizo a Vanessa anteayer.*

—Pues anteayer cuando Vane me dijo que nuestros padres habían apoyado a Daniel, yo me puse furibunda. Pedí una reunión de los cinco para ese mismo día: Daniel, papá, mamá, Vanessa y yo. Los conminé. Y llegaron. Donde Vane. Les dije lo que yo había oído en las noches cuando vivía en la casa, antes de irme a Bélgica. Cómo obligaban a Vane a meterse en la cama jalándola del pelo, Vane llorando. Que eso probaba que Vane decía la verdad.

—*¿Usted sigue teniendo buenas relaciones con sus padres?*

—Tengo lo que me propuse: relaciones distantes, pero corteses y civilizadas.

—*¿Y cómo reaccionaron antier Daniel y sus padres?*

—Reaccionaron pésimo. Daniel y mamá dijeron que yo a los diecisiete había provocado un escándalo social espantoso y un sufrimiento inmerecido a Magda. Que yo era una zorra, una puta y lo

había seguido siendo al vivir cinco años con Felipe en pecado, sin casarme. Que yo no tenía autoridad moral para que me creyeran. Daniel afirmó que yo era la deshonra de la familia. Yo respondí que lo de Sergio había pasado mucho tiempo atrás. Mamá dijo: “Las deshonras no se borran, Diana”. “Menos lo que hiciste vos”, dijo Daniel, “genio y figura hasta la sepultura”. Y entonces yo grité: “Papá, defendeme”. Pero papá no me defendió. Se quedó callado.

—¿Y ahora usted se siente mal porque queriendo ser útil no pudo ayudarla?

—Sí. Yo no sabía que seguían teniendo ese bendito escándalo tan vivo. Empeoré la situación. Cuando Daniel y mis papás se fueron, Vane me dijo que su única esperanza era encontrar a Renato.

—¿Y si usted intenta hablar con sus padres por aparte, sin Daniel? Bueno, por hoy terminemos aquí.

En la sesión de la semana siguiente mi psicoanalista abre: *—¿Habló con sus papás?*

—Sí. El viernes pasado. Ni para qué. Les rogué que dejaran atrás el escándalo de Sergio y que por favor le creyeran a Vane. Papá dijo que desde el día que yo los fui a ver, a mi regreso de Francia, él me había agradecido que yo no me enredara con Sergio Aguilar. Que para él era un asunto pasado y que la prueba de su perdón era que me había dado una casa. Pero Daniel y mi madre todavía estaban furiosos porque yo, no más llegar y antes de presentarme ante la familia, había ido a aquella fiesta en Cocles sólo para buscar a Sergio. Mamá, que había estado callada, levantó la voz: “Fue horrible, horrible lo que hiciste”.

—O sea que por mucho que trató de pasar desapercibida, en esa fiesta la vieron. O Daniel los informó.

—Daniel les dijo. Más tarde Magda les contó otras cosas. Pues cuando el viernes pasado fui a hablar con mis padres le juré a mamá que después de esa fiesta en Cocles yo no había vuelto a ver a Sergio. Les aseguré de nuevo que lo de Vane era verdad. Y que si Renato no estaba muerto y se presentaba, lo aceptaría. Que yo había oído los llantos de Vane y no les había contado porque la relación con Sergio me daba vergüenza. Me hacía sentirme pecadora. Entonces papá acotó: “Como ya dijo Daniel, no tenés autoridad moral”. Estuve de acuerdo pero les hice ver que eso era cosa del pasado, que ahora yo era una mujer hecha y derecha que me ganaba la vida honestamente y que aunque ellos y yo éramos diferentes, yo era una persona honrada. Entonces papá dijo que Renato no iba a aparecer. Que para ayudar a Vanessa había que cerrar el capítulo. Dar a Renato por muerto. Yo le advertí que eso terminaría de destrozar a Vane.

—*¿Y cómo reaccionó su papá a la advertencia?*

—Llevándome la contra. Yo le expliqué: “Papá, ella cree que si Renato vuelve dirá lo que le hicieron cuando niña y Daniel no tendrá más remedio que aceptarlo. Pero mientras eso no pase, Daniel seguirá siendo inocente y ella una pobre enferma, loca”. Papá no dijo nada, se quedó pensativo. El problema es que esa noche, como a eso de las nueve, mamá llamó a Vane y le dijo que había que dar a Renato por muerto. Yo estaba con Vane. Se puso a gritar. Si Renato estaba muerto ella perdía toda esperanza. Daniel tendría la razón y ella sería la delirante, la loca por siempre. No se podría ya hacer justicia.

—*¿Y cómo sigue Vanessa?*

—Muy mal. Hizo un intento de suicidio. Está internada.

—*¿Y usted?*

—Furiosa con mis padres.

XVI

La sesión siguiente empiezo yo:

—Voy a interrumpir este tratamiento —le digo a mi psicoanalista —. No me sirve.

—¿Qué ha pasado, Diana? ¿Tiene algo que ver con el agravamiento de Vanessa?

—No. Tiene que ver con mi última gira. No me pude controlar.

—¿Entró al cuarto de sus colegas?

—No. Pero sólo porque no me abrieron. Era tarde, no sé, tal vez ya estaban dormidos. Hacía mucho calor. Yo estaba calientísima por dentro y por fuera pero no me decidía. Duré horas entre que si iba a pedirles que me dejaran entrar o si no. De pronto llegó el diablo. Me quité toda la ropa, toda, no me dejé ni siquiera los calzones, y me fui a parar ante su puerta. Pero allí dudé otra vez. No los oía. Hasta que me decidí. Me les metería en la cama aunque estuvieran dormidos, sería fácil despertarlos. Despertarlos con besos y tocándolos, iba a ser maravilloso. Traté de abrir. Pero habían cerrado con llave. Yo no contaba con eso. Golpeé. Nadie abrió. Volví a golpear. Nada. Dejé de insistir. Regresé a mi cuarto. Me salvé por un pelito. Este tratamiento no me sirve. No me sirve este diván. Voy a buscar una terapia que sí sea efectiva. Tengo verdadero terror de perder mi trabajo.

—Lo que me llama la atención es que no se quiera controlar. Porque poder, puede. Pero no quiere. Allí es donde sale, aunque usted no se da cuenta, el amor. Y los Sergios. ¿No ve que hay varios Sergios? Le confieso que no entiendo por qué no llegamos a la escena primera. Es una escena de amor. Tiene que ver con amor. Usted no quiere controlarse porque está buscando amor. ¿Quién fue el que le dio y le quitó el amor hace muchísimo tiempo?

—No tengo la menor idea de lo que quiere decirme. Estoy fatal.

—No es cierto. Ha estado a punto, sí, pero no se ha entregado a sus colegas. No la han echado del trabajo que ama. Durante todos estos meses en que usted ha venido al diván, ha logrado protegerse.

—Lo único que me protegió la última vez fue la llave. Ay, ese día estaban tan bellos. Deliciosos. Sobre todo mi escogido, el encargado de giras.

—No, Diana. No la protegió la llave. La protegió el que usted se demorara. La protegió su propia indecisión, su duda. Véalo así: venir a

estas sesiones la ha ayudado a no pasar al acto. Usted tiene las ganas y la fantasía pero no lo hace.

—Es verdad. No lo hago. Pero vivo con esa tortura. Esas ganas espantosas.

—*¿Qué asocia a tortura?*

—Vanessa.

—*Dígame, a su abuelo materno lo llamaban Checho pero ¿cuál era su nombre?*

—Bueno, los hijos de mi tío Ricardo, el hermano de mi madre, lo llamaban Checho. Pero yo, la nieta mayor, lo había bautizado "Oy".

—*¿"Oy"? ¿Qué asocia?*

—Nada. Absolutamente nada.

—*Diga…*

—…

—*¿Cuál era el nombre de su abuelo Checho?*

—Luis.

—*Si se llamaba Luis, ¿por qué le decían Checho, que es tan diferente?*

—Porque se llamaba Sergio Luis.

—*¿Su abuelo materno se llamaba Sergio?*

—Yo no dije Sergio, dije Luis, Sergio Luis.

Estoy pensando seriamente en no volver donde el psicoanalista. No, no es caro el diván pero llevo casi un año y el deseo torturante de mostrarme a mis colegas junto con el terror de perder el trabajo continúan. La verdad, no entiendo a los psicoanalistas. ¿Una orden? ¿Alguien me dio una orden para conseguir placer? Un placer que me deja relajada, feliz, satisfecha, pero también me rompe el mundo.

Hoy es 15 de diciembre, ya entré a vacaciones. Voy manejando por la carretera —sí, ahora hay carretera— directo al río Dos Lunas. Ya Pauli Tazio me advirtió —ah, Pauli el agüizote, el Ahuizotl— que Santamaría era un bananal horrible y el río Dos Lunas ya no tenía transparencia. Su agua ahora es verde mate por el sulfato de cobre, el fungicida que le echan al banano. La idea de Sergio: el bananal. La finca ahora es de la *Dole*. O de *Del Monte*. O de *Chiquita Brands*. No sé ni me interesa.

Ya voy llegando. Sí, Pauli tenía razón, el sulfato de cobre huele horrible. No voy a detenerme en Santamaría. Voy a buscar a Kate. Ahora vive en El Inocente.

Después del puente sobre el río Dos Lunas está la carretera a Penshurt. La tomo. Manejo tal vez una hora. Hasta que mi pequeño cuatroporcuatro, un Jimmy, no puede seguir. Lo estaciono y me apeo. El camino va ahora de barranco en barranco y luego es un trillo que se

mete en el bosque, lo que me alegra.

Al ver y oler el bosque denso —por partes primario— todo mi cuerpo se relaja. Los bejucos me reciben. Las chicharras me cantan. Amo el denso olor a humus primordial, a vegetación impenetrable. Veo un cedro enorme, altísimo. Lo abrazo. Lloro de alegría. Tantos pájaros. Mi sangre es vegetal. Mi cuerpo es tierra. Agua también pero ya no del río Dos Lunas porque está hedionda y sucia de sulfato de cobre.

Me tiendo un rato entre los árboles. Siento que los bichitos escarban en mí. Soy una termitera, un hormiguero. El sol entra tamizado y me desgaja. Estos son trozos de mí. Esta es mi paz.

El canto de una oropéndola mece mi cuerpo con dulzura. Abro los ojos, la veo en su danza.

Me levanto. Sigo. Veo un sendero. Al rato distingo la casa. En la puerta está Kate. Me abraza con emoción, no con tristeza. Ríe. No le resiente el que no la haya buscado antes. Igual le pido perdón. Kate sacude la mano como espantando una mosca. Su expresión cambia, se pone seria; dice: "Salvada que no se casó con Sergio. ¿No vio lo viejo, lo calvo, lo panzón, lo feo que está?" "Apenas para Magda", le comento. Nos reímos. Pasamos a la sala, nos sentamos. Me ofrece agua de sapo.

—Diana, ¿cierto que usted se casó?

—No. La única vez que estuve dispuesta a esa burrada fue por Sergio. Y me salvó usted.

—Usted se salvó sola, Diana.

—Sí, también me salvé sola. Digamos que entre las dos —volvemos a reírnos—. Pues me junté con un maje aquí en Costa Rica. Cinco años me duró y me imagino que eso es un matrimonio de hecho según la ley. Ay, Kate, gracias por no permitir que se llevaran a Rosa de Bijagual. No sé qué hubiera hecho sin la yegua cuando volví de Francia, porque regresé… digamos… frágil. Cuénteme una cosa, Kate, cuando trabajaba en nuestra casa ¿usted notó alguna vez algo raro entre Renato, Daniel y Vanessa?

—¿Algo raro como qué?

—Que Daniel y Renato se la llevaran a un lugar escondido. Es que desde que Vane tenía cuatro ellos la tocaban. Y la obligaban a chupársela.

—Imposible que lo viera. Yo me fui de su casa cuando Vane tenía tres. ¿Y usted cree que eso tiene que ver con sus depresiones?

—Por supuesto que sí. Pero Daniel, papá y mamá lo niegan.

—Don Carlos y doña Coralia son muy insensibles. Me acuerdo lo mal que la trataron a usted.

—Sí. Quiero aprovechar la visita y pagarle aquella plata que le había quedado debiendo papá.

—Diana, cómo se le ocurre. Han pasado veinte años.

—Calculé los intereses. Acéptela, Kate.

—Bueno, pero hablemos de otra cosa. Cuénteme de su marido, o su concubino. ¿Cómo era?

—No muy inteligente. Eso sí, guapísimo. Al final me aburrí.

—¿Y allá en Europa?

Los ojos se me humedecen.

—Allá tuve mi único, mi verdadero amor.

—¿Quién era?

—Una mujer. Un ser infinito.

—Diana, ¿a usted los amores se le acaban muy rápido?

—No tanto, no. Viví ocho años con ella.

—Pero ocho años no es mucho. Diana, yo tuve tres.

—¿Se juntó con otro después del papá de Álvaro?

—Sí. Me duró dieciocho años. Creo que fuimos felices. Pero ya cerré la puerta. No más hombres.

—Ni mujeres.

—No más nada. Tengo setenta y cinco. Aquí vivo sola. Los nuevos dueños de la finca me tratan maravillosamente.

—¿Mejor que papá?

—Su papá era muy raro. Este patrón es más estable. Y no soy sirvienta, soy administradora. Ya manejo Excel.

—No me diga que hay internet aquí arriba.

—No, aquí no. En las oficinas, por el cruce de Penshurt.

—Ay, qué alivio. Si llega internet a los bosques primarios creo que me daría un soponcio.

—Entonces no siga la carretera. No vaya al Caribe sur. Está todo lleno de torres para celulares.

—Kate, ¿puedo pasar la noche aquí?

Necesitaba oír los ruidos. Las lechuzas. Los cuyeos. El deslizarse de las culebras entre las hojas. Despertar en la mañana con el largo y denso concierto de aves.

No le hago caso a Kate y después de hablar con ella toda la mañana y almorzar juntas, tomo el camino de la costa rumbo a Manzanillo. Tiene razón, hay torres de celulares por todo lado y muy poca selva. Creo reconocer el lugar al que me llevó Sergio ocho años atrás, donde quería hacer el amor. Está pelado. No hay ni un árbol.

El pueblo de Manzanillo está bastante feo, pero queda el mar, el

mar fabuloso. Mi Caribe infinito con su doble rompiente.

Voy a apearme del Jimmy cuando suena el celular. Un celular que me dieron en el trabajo.

Atiendo: “¿Aló?”

—¿Diana?

—Sí, habla con Diana.

—Es Renato Tazio.

—¿Renato? ¿Mi hermano? ¡Estás vivo, huevón!

—Estoy más o menos vivo. Por eso necesito verte.

—¿En dónde estás?

—Ahora no puedo decirte, pero es Costa Rica.

La explosión de alegría casi no me deja hablar. Tartamudeando quedamos de vernos en un bar bohemio de clase media baja el martes a las seis. Regreso inmediatamente a la capital. No sé cómo voy a esperar de domingo a martes Llamo a mi psicoanalista. Le pido cita para un día después de mi encuentro con Renato.

El martes a la hora convenida entré al bar convenido. Llegué puntual. Me senté en una mesa para dos, en una esquina. Le dije al mesero que esperaba a alguien. Que no quería ordenar nada por el momento.

Entraban y entraban, en general hombres. En general solos. Unas pocas parejas. Una que otra mujer. Se iban a la barra. Todo tipo de personas: jóvenes y viejas, guapas y feas. Había pasado media hora y no aparecía Renato. No había quedado su número en mi celular, decía “Número privado”. ¿Y si me deja plantada? Pensé. ¿Y si fue un espejismo? Un hombre muy viejo, muy arrugado, totalmente canoso, me veía con insistencia. Me puse de mal humor. Qué descaro, viejo verde. Porque hasta hizo un intento de venir a acompañarme.

Cuarenta y cinco minutos y nada de Renato. Me pongo de pie. Entonces el viejo viene a mi mesa. Se me acerca mucho y murmura: “Diana”.

—¿Usted me conoce? ¿Qué se le ofrece?

—Diana, soy yo, Renato.

No fue exactamente que volví a sentarme, no. Me desplomé en la silla, desmadejada. Ese hombre envejecido, al que había calculado unos sesenta y cinco años, es mi hermano Renato, que tiene treinta y ocho.

Se sentó. Metió la cabeza entre los brazos. Ninguno lograba hablar. Finalmente yo pude: —¿Dónde te metiste todos estos años? ¿Por qué estás así?

¿Y si este no es Renato, pensé, si es una trampa política?

No. Muy poco a poco he ido reconociéndolo: el lunar en la frente,

las pestañas muy chusas, la nariz que se había quebrado surfeando a los quince. Pero necesito estar totalmente segura. A raíz de una caída de caballo le reconstruyeron la clavícula. Le pido que me muestre.

Me muestra la cicatriz. Es Renato.

—Estuve muchos años en Nicaragua. Ahora vivo en Belice.

—¿Tendrás tiempo, hermano mío? Tengo muchísimo qué preguntarte.

—Y yo necesito contarte cosas que me pesan, que me han envejecido. Vos en cambio estás muy linda.

Me alzo de hombros. Le pregunto:

—¿Por qué te fuiste a Nicaragua apenas saliste del colegio?

Se cubre la cara con las manos.

—Porque Daniel y yo le hicimos a Vane algo terrible que duró mucho tiempo.

—Sí. Lo supimos.

—¿Cómo? ¿Lo supieron?

—Vanessa lo contó. Daniel negó todo. Papá y mamá no le creyeron. Vane está muy mal. Con terribles depresiones. Hace poco hizo un intento de suicidio. La tienen internada.

—¿A Vane?

—Renato, ¿no lo sabías?

—Diana, desde hace diez años yo vivo en Belice. Soy alcohólico. Estoy hecho mierda. Tengo cáncer terminal. ¿Cuándo se empezó a enfermar Vanessa?

—Cuando se desmovilizaron los soldados que combatían a la Contra y vos no apareciste. Y el intento de suicidio lo acaba de hacer porque papá y mamá te dieron por muerto.

—¿Entonces su enfermedad tiene que ver conmigo?

—Completamente. La primera vez que se puso remal su terapeuta sugirió que contara lo que ustedes le hacían. Ella reunió a papá, mamá y Daniel y contó todo lo que año tras año ustedes dos le hicieron. Pero como te dije, Daniel declaró que eran inventos. A papá y a mamá, en su indiferencia, les era más cómodo creerle a Daniel. Después de todo Vane era la depresiva, la loca, y Daniel el *businessman* exitosísimo. Y totalmente cuerdo, según ellos.

Renato llora con sollozos tan fuertes que el mesero se acerca y nos ofrece de beber. Yo pido dos wiskis dobles. Insisto: —Si ahora que estás aquí te reunís con ellos aceptarán la verdad. Serán dos contra uno. Les contarás detalles que Daniel no podrá desmentir. Tendrán que creerle a Vane. Y dejará de ser la loca y tal vez se le quiten las depresiones y deje los intentos de suicidio. Renato, son las siete, llamemos a Vanessa ya. Le pediremos que venga. Y que oiga lo que

vas a decirme. Puede que con eso se cure.

—No. Diana, no puedo. Primero tengo que contártelo a vos sola.

—Algo me dice que debemos llamar a Vanessa de inmediato.

—Con Vane aquí no podría contar lo que tengo que contarte. Respetá mi decisión. Yo me fui de Costa Rica porque lo hecho ya estaba hecho y me mataba la culpa.

—¿Y por qué antes de irte no le contaste todo a papá y a mamá?

A Renato le siguen corriendo lágrimas por las mejillas.

—No podía contarlo todo. Nadie me iba a creer a mí.

—Cómo que nadie te iba a creer a vos. Claro que les iban a creer a vos y a Vane. Dos contra uno.

—Yo me sentía horriblemente culpable. Ya lo hecho estaba hecho. No se podía eliminar ni borrar.

—Pero sí abrirlo a la luz.

—Daniel me dijo que si yo hablaba me mataría.

—¿Y le tenías miedo al huevón de Daniel?

—Lo sabía capaz de hacerlo pero ese no es el punto. Morir no me importaba.

¿Cuál es el punto, entonces?

—Que Daniel y yo éramos culpables y no lo éramos, ¿entendés?

—No. No entiendo nada. Nada.

—Por eso estoy aquí. Por eso vine. Porque también tiene que ver con vos.

—¿Conmigo? Estás loco. Yo nunca le hice nada a Vane.

—Claro que no. Oíme bien, Diana. Tengo cáncer de páncreas, cáncer terminal. Puedo morirme en cualquier momento. Por eso vine, por eso necesito hablarte. Porque no sé si vos…

—¿Si yo qué?

—Yo no sabía si vos te acordabas. Si vos te acordás. Voy al grano. ¿Te acordás de lo que nos hacía Checho?

—¿El abuelo Sergio Luis?

—Sí, el hombre de alcurnia, el hombre de pro, el nieto de un presidente y bisnieto de otro…

—Me acuerdo de lo que hacía conmigo.

—¿Sí? ¿Te acordás?

En los ojos de Renato nace una chispa de esperanza.

—Sí. Me dio el gusto por el francés. Me regaló sus libros de los poetas simbolistas. Leíamos juntos Verlaine, Baudelaire…

Renato hace un gesto de exasperación.

—No me refiero a eso, Diana, ¡acordate!

—Me quería mucho. Fui su primera nieta.

—Sí. Te adoraba. Ay, Diana, Diana, no te acordás. Yo sí me

acuerdo. Voy a contarte. Tal vez así despierte tu memoria.

—¿Te hacía algo a vos?

—Sí. Nos hacía algo a Daniel y a mí. Es una historia muy larga. Preparate.

Viene el mesero. Pedimos más wiski.

—Soy toda oídos.

—Bueno, el asunto es que yo, como desde los tres años, era un maniático sexual. Sí, todos los chiquitos se masturban y juegan de doctor y exploran. Pero lo mío era distinto. Estaba obsesionado con tocarme y con tocar a todo el mundo. No me podía dejar de masturbar. Desde los tres. Claro, por supuesto que me escondía. Pero al crecer me fui volviendo más osado. Yo no sabía qué me pasaba. Como a los seis lo hacía con mis compañeros de escuela y a los siete me di cuenta de que Daniel estaba igual que yo. Entonces íbamos juntos y tocábamos a las hijas de los peones, en Santamaría y en Bijagual. Ya no estaba solo, éramos Daniel y yo los atacados. Una vez nos descubrieron en la escuela, yo tenía ocho, Daniel seis. Llamaron a papá y mamá. Nos castigaron. Logramos parar un tiempo. Después todo recomenzó. Un día nos fijamos en Vanessa. Tenía cuatro años. La obligábamos a que nos la chupara. Y le metíamos la puntita y más adelante entera.

—Sí, hasta que tuvo once, cuando le vino la menstruación.

—Sí, ahí paramos. Pero durante todo ese tiempo, desde que me volví maniático sexual…

—Renato, un niño no se vuelve “maniático sexual”.

—Vieras que sí. Dejame seguirte contando. Decía que todo ese tiempo yo tenía unas sensaciones difusas muy raras. Asociaba mi furor con el vaho de agua caliente que quedaba en el baño de…

—En nuestra casa no había agua caliente.

—En la de Abeva y Checho sí. Y se me ponía dura cuando pensaba en estar en Bijagual de noche. Y un día, recién cumplidos mis catorce, me acordé de una escena precisa. En esa escena yo tenía cuatro años y Daniel dos. Vivíamos en la casa de Checho y Abeva. Checho no había cerrado la puerta de su cuarto con llave. Yo fui a buscar unas bolsitas de citrato de magnesio que él tenía guardadas y entonces abrí. Los vi. Daniel estaba sobre la cama y Checho lo estaba tocando. La puerta del baño estaba abierta y el agua muy caliente corría, llenando todo de vapor. Checho alzó a Daniel, fueron al baño, lo sentó sobre el lavatorio y acercó la boca a… en ese momento temí que me descubrieran y me fui. Te imaginás el golpe que fue para mí recordar eso a los catorce, en pleno despertar sexual. Le propuse a Daniel que paráramos todo con Vane pero Daniel no quiso. Seguimos dos años. Le

conté de la escena que había recordado, de verlos a él y a Checho. Daniel no se acordaba y se enojó. En ese momento me dije que yo tenía que saber por qué al pensar en las noches en Bijagual se me ponía dura. Como a los dieciséis, cuando paramos de hacerle cosas a Vanessa, yo me acordé. Sí, Diana, me acordé de lo siguiente. Tengo… ¿un año? ¿Año y medio? En la casona de Bijagual hay muchos cuartos. Dormimos solos y nos da miedo. Yo tengo miedo. Terror nocturno. Grito. Lloro. Checho y Abeva no duermen en una cama matrimonial sino en dos camas individuales juntas; están pegadas pero son dos camas distintas, lógicamente tienen una división. Cuando yo grito en mi cuarto los abuelos se levantan. "Pobre Renato, tiene miedos nocturnos", dice Abeva. Checho me pone en su cama, no en la de Abeva. Y despacito, muy muy suavecito, me empieza a tocar. La respiración de Abeva indica que ya está dormida. Me sigue tocando…

—¿Qué edad tenías?

—Ya te dije, al comienzo como un año o año y medio. Después dos. Dejame seguir. Cuando la respiración de Abeva le indica que duerme profundo, la pobre ronca durísimo, me hace otras cosas.

Tengo los ojos abiertos como platos. No puedo creerlo.

—¿Y eso era todas las noches?

—No. Sólo algunas.

—¿Y Abeva lo sabía?

—Yo creo que no. Y si lo supo se hizo la tonta.

—¿Y cuándo te tocó por última vez?

—Ahora, a mis treinta y ocho años, sé que lo hizo antes de que yo aprendiera a hablar en forma articulada. Para que no pudiera contarlo. Terminó conmigo y siguió con Daniel. No, creo que por unos meses nos lo hizo a ambos. Checho era un hombre leído, inteligente. Contaba con que no íbamos a recordar porque éramos demasiado pequeños. Y tuvo razón en cierta medida: Daniel nunca se acordó. Estoy seguro de que por eso, por no acordarse de lo que Checho le hacía, Daniel amenazó con matarme si yo hablaba. Yo sí me acordé, lo que prueba que se pueden recordar cosas que uno vive muy muy niño. Checho nos marcó. Yo, Diana, era un maniático sexual desde los tres, un loquito desquiciado. Una vez traté de tocarte. ¿No te acordás?

—No.

—Te estabas bañando y te toqué las nalgas.

—Ni me di cuenta.

Le pido al mesero la tercera ronda de wiskis y dejo a Renato llorar. El mesero los trae. Le ruego a Renato que se lo tome. Se lo toma llorando y atragantándose. La gente nos mira. El trago le hace efecto. Deja de llorar.

—¿Ves, Diana, que no podía contarlo? No era culpa mía ni de Daniel lo que le habíamos hecho a Vane. Era culpa del abuelo que nos había desquiciado. Cuando por fin pudimos parar fue porque a Vane le vino la regla. Nos dio terror embarazarla.

—Ese era el momento de contar, Renato. O cuando recordaste todo. En ambas ocasiones ya Checho y Abeva estaban muertos.

—Ay, Diana, Diana, ¿contar algo sobre Checho, aunque estuviera muerto? Toda la familia del Cid-Gutiérrez me habría acusado de mentiroso. Me habrían declarado de imaginación perversa. ¿Ves que de nada hubiera servido el que yo volviera y apoyara a Vane? Si yo aceptaba ante todos que era verdad lo que le hacíamos, no iba a permitir que me llamaran depravado, yo tenía que decir quién era el enfermo de la historia. Yo iba a contar las prácticas de Checho. Daniel las habría negado porque no pudo acordarse. Sí, Daniel hubiera defendido a Checho. ¿Yo contra todos los del Cid-Gutiérrez y su reputación de alcurnia?

—Pero al menos Vane hubiera tenido otra persona, apoyo moral —le digo a Renato.

—Pero Vane no hubiera podido apoyarme a mí. Checho no la abusó —me dice él.

—¿Y qué sabés vos, Renato?

—Sí, en realidad no sabemos. ¿Y a vos, Diana, te tocó?

Mi psicoanalista tose:

—*Sí, ¿y a usted, Diana?*

—Yo no tengo absolutamente ningún recuerdo.

Ese martes en el bar Renato y yo nos abrazamos y lloramos y nos emborrachamos perdidamente. Un taxi nos lleva a mi casa. Yo le ruego que por favor se quede en Costa Rica para que hable con mis padres y con Daniel. Acepta. Le pido que lo cuente todo, todo. Que yo le creo y lo apoyaré y afrontaremos juntos la ira de los del Cid-Gutiérrez, que vale la pena si con eso podemos curar a Vane.

Pero anoche que Renato se quedó a dormir en mi casa para al día siguiente hablar con toda la familia, Vane se mató. Si le hubiéramos pedido que viniera al bar, como yo sugerí, tal vez se podría haber evitado.

—*No elucubremos sobre lo que podría haber sido y no fue. Y no se culpe, Diana. Usted dice que Renato se negó rotundamente a llamar a Vane. Hay muchísimas cosas que están fuera de nuestro control. Cuénteme del suicidio* —dice mi psicoanalista. Y yo puedo contarle porque dicen que pasa a menudo cuando muere alguien amado: los primeros días una no siente. Me sorprende la serenidad con que le doy todos los detalles a la voz detrás de mí.

—Como parte de las celebraciones de Navidad, Daniel daba un fiestón en su extravagante residencia. Ese día a Vane le habían dado la salida del hospital, parecía estar mucho mejor. Tomó un taxi, fue a su casa a vestirse, el marido estaba aún en la oficina. Ella le inventó una excusa y se fue, sola, a la fiesta de Daniel. Dicen que iba muy bella. Ya le he dicho, ¿o no?, que Vane es, perdón, era, alta, cabello dorado, grandes ojos grises y un cuerpo de diosa. Heredó el fenotipo de italiano del norte, como Daniel y Pauli.

Vanessa entra y se dirige a donde Daniel descorcha una botella de vino carísimo entre sus invitados. La esposa de Daniel no está, anda de compras navideñas en Nueva York. Vanessa increpa a Daniel, le dice, gritando: "Vas a contarle a toda esta gente que desde que yo tenía cuatro años me obligabas a chuparte la pinga y que cuando cumplí seis me metías la puntita y después la pinga entera, y me amenazabas con que si yo decía algo vos me acusarías de haber inventado esos juegos. Le ibas a decir a papá y a mamá que la zorra era yo. Porque eran vos y Renato los que me obligaban a hacerles esas cosas, o sea dos contra una. Yo tenía las de perder, por eso nunca dije nada. A ver, contales a todos quien sos vos en realidad".

Vane dice esto tan rápido que Daniel no tiene tiempo de moverse pero sus guardaespaldas sí. Uno se acerca y se lleva a Vanessa mientras Daniel por fin reacciona, se disculpa, dice: "Perdonen, mi hermana tiene problemas mentales, nos cuesta un platal, la mandamos a Johns Hopkins año de por medio, al servicio de psiquiatría. Pero nada que la curan". Daniel lo dice con la cara descompuesta. El guardaespaldas trata de sacar a Vane pero ella se agarra de mesas, sillas, cortinas, armarios, todo lo que hay. Además es rápida como un felino, de su cartera ha sacado una pistola y como el guardaespaldas no la ha podido arrastrar, sigue en la entrada de la sala y le apunta a Daniel. El otro guardaespaldas corre, le agarra el brazo con que apunta, y Vane, en un movimiento veloz, apunta a su propia cabeza y dispara. Parece que por el tipo de bala que usó le estalló todo el cerebro. Dejó cortinas, muebles, sillones y hasta a algunos amigos de Daniel pringados de masa encefálica.

En la madrugada nos enteramos. Renato dice que no se puede quedar al entierro, que no lo soportaría. Que no quiere ver a papá ni a mamá. Que en Belice toca el piano con una banda y que así, hecho leña, todavía toca. Que morirá pronto.

—Es verdad que tocabas piano desde los diez.

Renato no me responde. Pide un taxi.

Después de esa sesión no vuelvo al diván. Paso meses y meses en

que vivo y trabajo como dormida. Entumida. No veo a mis padres. No veo a Daniel. El marido de Vane regresa a Perú con su hijo. Sé que tengo depresión pero no tomo pastillas. Sufro el duelo. La depresión me quita las ganas de ofrecerme a mis colegas. No hay mal que por bien no venga, dicen por ahí.

XVII

Pregunta la voz tras el diván:

—*¿Entonces va a retomar sus sesiones?*

—Obvio. Por eso vine.

—*¿Pudo recordar algo?*

—Nada de nada de nada de nada.

Cumplí cuarenta años. Me siento vieja pero sé que no es verdad. Es sólo la idea de los cuarenta. Mi cuerpo es joven. Mi cara también. Estoy menos deprimida. Lo sé porque el jefe de giras me ha vuelto a atraer. Es que tiene, no un colmillo salido como tenía Shoan, sino los dos colmillos salidos. Lo que atrae no es la belleza, es la imperfección en la belleza. ¿Quién dijo eso? ¿Roland Barthes? Tal vez fui yo.

Mi psicoanalista abre:

—*¿Cómo le fue en la gira esta semana?*

—Estaba excitada, llena de deseo. Pero pedí hospedarme en un hotel distinto al de ellos argumentando que tenía mejor ventilación.

—*Me parece una buena medida protectora. ¿Cuánto le queda de vida a Renato?*

—Poco. Muy poco. Y me alegro de que se haya ido. No quiero ver su agonía ni su muerte. Con la de Vanessa basta. Y estaría jodiéndome con que recuerde. Como usted.

—*Tenemos una pista, Diana.*

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—*El exceso de sol. El encandilamiento. Y los Sergios. Dejemos aquí.*

Encontré la manera de salvar mi trabajo: durante las giras hospedarme en un hotel distinto al de mis colegas. Y si no hay hotel, alquilar un cuarto en una casa, sola. Y si la gira es a una reserva de Naciones Originarias, hospedarme lejos del equipo. Porque giras habrá siempre en este trabajo. No sé si se lo debo al psicoanálisis, pero habiendo resuelto mi problema ya no quiero hablar. Y menos recordar. Vuelvo a dejar mis sesiones a pesar de que mi psicoanalista no está de acuerdo. Interrumpo porque ya solucioné mi problema de trabajo y no voy a tirarme en el diván para no decir nada. Pero es una interrupción, no un final. Puede que regrese.

De la familia sólo veo a Pauli. Sabe que vino Renato, que está vivo.

Insiste en que les tengo que contar a mis padres que Renato está en Belmopan, que deben ir a buscarlo y oír de su boca la verdad sobre el abuelo Checho. Yo le digo que no, que Renato no quiere verlos ni en pintura. Pauli insiste en que es una cuestión de justicia elemental. Y después la agarra conmigo, me ruega, como hacía mi psicoanalista, que me exprima los sesos. Me saca de quicio, porque no recuerdo nada.

¿Y si no hay nada? ¿Y si nada pasó?

Estoy donde mi ginecóloga. Ella está atrasada, como siempre. Agarro una revista. Ojeándola topo con un reportaje. Hay una chiquita preciosa, de poco más de un año, que fue víctima de abuso sexual. De inmediato sé que esa niña soy yo y los recuerdos me inundan incontenibles. Cancelo la cita, me voy a la casa y allí, llorando, recuerdo.

Mi adorado abuelo Sergio Luis me tiene alzada. Uso pañales. Mi abuelo mete los dedos bajo los pañales y me toca. Estoy vestida con un batón blanco que le permite esconder su dedo. Nadie se da cuenta. Pero hay gente alrededor.

Casi siempre que me alza me mete los dedos. Y a veces, cuando lo hace despacito y dura mucho, siento algo tan raro, tan raro, que es casi como si me fuera a morir. Todo mi cuerpo se afloja, se vuelve de plumas. Y yo grito suavemente “Oy”. Ese es el primer nombre de mi abuelo Checho: “Oy”. Cuando esto sucede tengo menos de un año, estoy segura.

Esa tarde en que cancelé la cita de la ginecóloga, tendida en la cama cesa el llanto. Porque he recordado lo del sol.

Estoy en la playa de Bijagual con “Oy” —que todavía no se llama Checho— y dos hombres más. Todavía no sé hablar pero ya camino. Calculo que por ese entonces debo tener un año y pocos meses. El mar está quieto, las olas revientan suaves. “Oy” me desviste. Creo que va a hacer eso raro que me hace cuando me alza. Pero me hace algo diferente. Me tiende sobre la arena, bajo un almendro. Los dos hombres miran. Mi abuelo me abre las piernas. Se acerca. Hace algo que me estremece todo el cuerpo. Luego los dos hombres también me lo hacen. Ahí es cuando el sol me encandila. Me duelen los ojos. Es demasiado fuerte.

La escena se repite cada vez que vamos con mis abuelos a Bijagual, y Checho —ya le dieron ese nombre— y sus amigos me llevan a la playa.

Checho deja de hacerlo cuando aprendo a hablar. La vida sigue sin eso. Yo sé que me falta algo pero no sé lo que es. Y después olvido

completamente. Olvido hasta hoy.

—*Encontramos la escena primera* —dice mi psicoanalista.

—Encontramos la mía y están las de Renato y Daniel, aunque Daniel no lo acepte. Y tal vez la de Vane.

—*Tal vez la de Vane es con Renato y Daniel. No lo sabremos nunca. No vale la pena especular. Pero descubrimos quién es el demonio.*

—Los demonios. Son legión.

Mi psicoanalista ríe de buena gana.

—*Siento contradecirla: hay un demonio solamente. El resto son invitados especiales.*

—¿Sabe una cosa? Creo que voy a hablar. Voy a reunirme con Daniel y mis padres y a decirles lo que recordé y lo que me contó Renato, y que está vivo en Belmopan.

—*Excelente, Diana.*

Los convoco. Acuden. Están golpeadísimos por el suicidio de Vanessa. En particular Daniel.

Les cuento que Renato vino. Que tiene cáncer de páncreas, un cáncer terminal, le queda poco de vida y vive en Belmopan.

Daniel está agachado, con la cabeza baja, muy baja. Se la sostiene con la mano. Mete los dedos entre su pelo que solía ser rubio y ahora es de un color indefinido. Mamá llora. Empiezo: —Renato aceptó que él y vos le hacían cosas a Vanessa, Daniel. Corroboró mis recuerdos: que ustedes la jalaban del pelo para meterse los tres en una sola cama. Pero la culpa no es de ustedes…

Al oír esto Daniel se levanta y va hacia la puerta. Le ruego a papá que no lo deje irse. Papá me hace caso y trae a Daniel, que está tan golpeado por la muerte de Vane que no opone resistencia. Papá habla: —Diana tiene razón, Daniel. Nuestra familia está en shock, golpeadísima, no solamente vos. Vane, tan joven, se mata. Y Renato se nos pierde a los dieciocho y por más que lo buscamos no damos con él, y aparece para decirnos algo importante justo antes de morir. Tenemos que escuchar a Diana.

—Diana es una loca. Como Vanessa y como Renato —dice Daniel.

—Bueno, son tres locos contra uno que se pretende cuerdo: vos. Pero hay un suicidio y un cáncer terminal de por medio. No podemos cerrar los ojos, Daniel.

—¡No quiero que me metan en esto! ¡No quiero ser parte de esos horribles enredos familiares! ¡Yo estoy tranquilo con mi esposa, mis hijos, mis negocios!

—Típico de vos, Daniel. Escaparte. Hundirte en los negocios. No querer aceptar lo que te toca —le digo.

Daniel me mira con odio pero al fin se sienta. Respiro aliviada.

—Oigamos a Diana hasta el final —pide mi padre. Mamá ha dejado de llorar.

—Renato contó que lo que le hacían a Vane no era culpa de ellos. Era culpa de Checho.

—¿Checho? —dice asombrado mi padre mirando a mamá.

—Sí, Checho los tocaba desde que eran chiquititos. Como me tocaba a mí.

Daniel intenta irse diciendo que él no es parte de esas cosas espantosas. Que a él no lo tocó. Que él no le hizo nada a Vane. Que Vane era bipolar y se suicidó por eso.

Pero papá lo ataja y cierra la puerta con llave. Doy gracias a la vida de que en esta casa antigua haya salas que se cierran con llave.

—¡No permito que se manche el buen nombre de mi padre ni el de la familia del Cid-Gutiérrez! —grita mamá.

—Coralia, no grités. Dijimos que escucharíamos a Diana hasta el final —la reconviene mi padre.

—Pues sí, Checho, al que yo al principio nombré "Oy". Te imaginarás, mamá, que esa era mi exclamación cuando me hacía lo que me hacía. Todos los hermanos dejamos los pañales al cumplir el año. Pues yo tengo un recuerdo, muy difuso, es verdad, del dedo de Checho en mis pañales. Entonces deduzco que empezó muy temprano. Al menos conmigo. Era muy astuto, dejaba de hacerlo cuando podíamos hablar coherentemente.

Daniel me mira con espanto y se pone de pie.

—La puerta está cerrada con llave. Y no hay otra salida —le advierte papá.

—Daniel, Renato dijo que vos negás todo porque no pudiste acordarte nunca de lo que te hizo el abuelo. Checho apostó a que no recordaríamos y con vos ganó la apuesta. Por eso lo defendés. Pero nosotros recordamos, somos dos contra uno. ¿Por qué te da miedo aceptar que vos y Renato quedaron como loquitos y por eso hicieron lo que hicieron con Vanessa? ¿Te da miedo lo que digan los del Cid-Gutiérrez? Porque yo voy a contarlo a todo el mundo. Pueden irse preparando.

—No se te ocurra, Diana —me ataja mamá.

—Mamá, a vos también te lo hizo. Por eso no quisiste creerle a Vane. Por eso no impediste la huida de Renato. Por eso tenés el carácter que tenés. De otro modo no te entiendo, madre.

—¡Diana, estás loca! ¡Ese hombre intachable jamás me tocó!

—Sí te abusó pero no recordás. Te pasa igual que a Daniel. Con vos también Checho ganó la apuesta. A mí me tomó toda una vida

acordarme. Yo juraba que nadie me había tocado. Y ya ves.

—No. No voy a permitir que una zorra, una puta, ensucie la imagen de una familia ilustre y del hombre admiradísimo que era mi papá.

—Mamá, si recordás vas a sentirte mejor. Menos culpable del suicidio de Vane. Porque te sentís culpable, ¿verdad? Por lo que Checho te hizo me rechazaste a mí, sentiste mi sexualidad exacerbada. Vos luchaste contra la tuya y la domaste. Teníamos en común que no recordábamos, mamá.

—Hay que creerle a Diana —dice mi padre—. Vane se suicidó y Renato va a morir. Tenemos que ir a verlo a Belice.

—¡No! ¡Lo de Checho no es verdad! —grita mi madre.

—Si no es verdad, mamá, entonces sos incomprensible —le digo.

—*¿Y cómo terminó la cosa?* —pregunta mi psicoanalista.

—En forma muy inesperada. Papá se quedó quieto. Y después se dio un manazo en la frente y exclamó: "Fue el padre". Todos le preguntamos: "¿Cuál padre?" "El de Checho. Don Francisco del Cid-Montes. Ese hombre de alcurnia vivió un tiempo en Limón y se decía que su sexualidad era muy rara. Que le gustaban los chiquitos. Que era de doble rosca. Claro, eso circulaba como chisme. Pero circulaba. A lo mejor él le hizo de todo a Checho. O sea que Checho lo tomó de él…" Todos, hasta Daniel, nos quedamos en silencio. Yo lo rompo. Le pregunto a mamá: "¿Cómo se llamaba el padre de Francisco del Cid-Montes?" Mamá, devastada, contesta: "Don Manuel del Cid-Hernández". Todos la miramos y mamá se pone roja, grita: "Ah, pero a ese no me lo toqués, ya basta de suciedades y mentiras. Era un general extraordinario. Fue hasta presidente del país…" "Por seis meses, interino", le dice papá con ironía. Entonces yo intervengo con una voz y una seguridad que no sé de dónde salen: "Mamá, aquí no hay suciedades ni mentiras. Lo que tenemos aquí es lo que ciertos psicólogos llaman una cadena de víctimas y de verdugos que a su vez son víctimas, siempre hacia atrás. Esas cadenas solamente se cortan hablando. Si Renato hubiese hablado en vez de huir a Nicaragua, o al menos antes de huir, se habría evitado la enfermedad y la muerte de Vanessa. Y su culpa y su propia enfermedad. Esta cadena hay que cortarla, ya ha durado mucho. Yo voy a decirlo a los cuatro vientos, es la única forma".

—*¿Y cómo reaccionaron?*

—Papá me abrazó. Mamá bajó la cabeza. No quiso mirarme a los ojos. Ahora la entiendo. Si yo llegué a obedecer una orden inconsciente imprimida por Checho, la del placer con varios hombres,

ella obedeció la orden de no recordar. Daniel también lo niega todo, incluso lo de Vane. Daniel y mamá son las apuestas que Checho ganó. Papá seguía abrazándome, lo tomé como un apoyo. Daniel se mantenía con la cabeza baja. Nadie quiso hablar más.

—*¿Entonces su padre va a ir a Belice a buscar a Renato?*

—Sí, yo le di el nombre de la banda con que toca, es muy conocida.

—*¿Y su madre va con él?*

—No sé.

—*¿Y no les contó de la confidencia de Abu?*

—No. Eran demasiadas cosas. No podía implicar a Abu. Lo que supo lo supo en forma tangencial. Hay que dejar que los muertos que no están directamente implicados descansen.

—*¿Va a volver a sesiones?*

—¿No cree que esto es un fin de análisis?

—*Aún no lo sabemos.*

—Yo lo llamaré cuando lo necesite.

—*Está bien, Diana.*

—*Cuénteme*.
—Tomaría muchas sesiones.
—*Para eso vino acá, Diana. Para saber qué está en juego.*
—Vine acá para cambiar. Para que no me echen del trabajo.
—*Vino acá para cambiar, sí. Una cura en el diván implica saber qué se juega. Hábleme de esa primera vez. Tomará las sesiones que sean necesarias.*
—Es una historia larguísima.

Diana, su psicoanalista y el diván. Así inicia *Tocar a Diana*. A partir de esta primera escena en la que Diana confiesa su irresistible obsesión, empieza a narrar su vida con la ayuda de las intervenciones precisas y verosímiles de su psicoanalista.

Hija de una familia de la alta burguesía, con cuyos principios no se identifica y rechaza, escoge una rebeldía a la que sólo le ponen coto la naturaleza y su yegua. Hasta que descubre el amor y el sexo. Entonces comienza su búsqueda, primero del placer sexual y, después, de la razón de su pulsión erótica. Un estilo narrativo fresco, ágil, con distintas técnicas y voces, arropado por un lenguaje poético, de gran belleza pero duro y realista. Ésta es la nueva obra de Anacristina Rossi, que se adentra en espacios fuertes como los juicios sociales contra la sexualidad abierta y natural en manos de una mujer.

La novela erótica debe causar sensaciones en el lector, y *Tocar a Diana* lo logra.

© Daniel Mordzinski

Anacristina Rossi nació en Costa Rica y vivió largo tiempo en el extranjero. Entre sus novelas destacan *María la Noche* (1985), Premio Nacional de Novela de Costa Rica, traducida al francés por Actes Sud en 1997; *La Loca de Gandoca* (1992) con casi un millón de ejemplares vendidos, considerada la primera novela ecofeminista de Costa Rica y probablemente de Centroamérica; *Limón Blues* (Alfaguara, 2002), Premio Latinoamericano de Narrativa José María Arguedas en Cuba en 2004; *Limón Reggae* (2007), traducida al italiano por Aracne en 2010, y *La romana indómita* (2016). Sus cuentos han sido traducidos y publicados en antologías tan diversas como *Novel of the World* (Fondazione Mondadori, Milán 2015), *13 Ficciones del país sin soldados* (UNAM, México, 2015) y *Los cuentos que Pessoa no escribió* (Madrid, 2018). Es autora de un cuento para niños sobre el cambio climático: *Ana Rana tiene sed* (2015).

Sus ensayos, publicados en libros y revistas, giran esencialmente alrededor de tres temas: la primera literatura escrita afrocostarricense, el cambio climático y la sexualidad. En 2004 el gobierno de Chile le otorgó la Medalla del Nacimiento de Pablo Neruda, por el conjunto de su obra. Tiene una maestría en Mujer y Desarrollo por el Instituto de Estudios Sociales de La Haya, Holanda, y un Diploma de Estado en traducción de la Escuela Superior de Intérpretes y Traductores de París.

Tocar a Diana es su sexta novela.

Tocar a Diana

Primera edición digital: abril, 2019

D. R. © 2019, Anacristina Rossi D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520, Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House, por el diseño de cubierta D. R. © iSTOCK by Getty Images, por la ilustración de portada D. R. © Daniel Mordzinski, por la fotografía de la autora Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-317-781-8

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación